

-¡Lito! Mañana vas a estrenar el traje campero que te regalé. Nos vamos de cacería-le dijo el padre entreabriendo la puerta de su cuarto. El niño, que jugaba con su ordenador, aceptó la decisión sin especial interés. Para Lito, que tenía 11 años, iba a ser su primera montería. Su padre quería que se aficionara a la caza, continuando así una tradición familiar.

Al día siguiente, se despertó contrariado al tener que levantarse tan temprano. Durante el trayecto, pasó la mayor parte del tiempo durmiendo; intentando aislarse del jaleo de las voces de los cazadores, que hablaban de sus "hazañas caceriles".

-Pues el dueño del coto está muy cabreado; dice que una pareja de lobos se le ha metido en su finca.

-Sí; a mí también me habló el guarda de esas alimañas- dijo otro cazador.

Los comentarios sobre los lobos, espabilaron a Lolito.

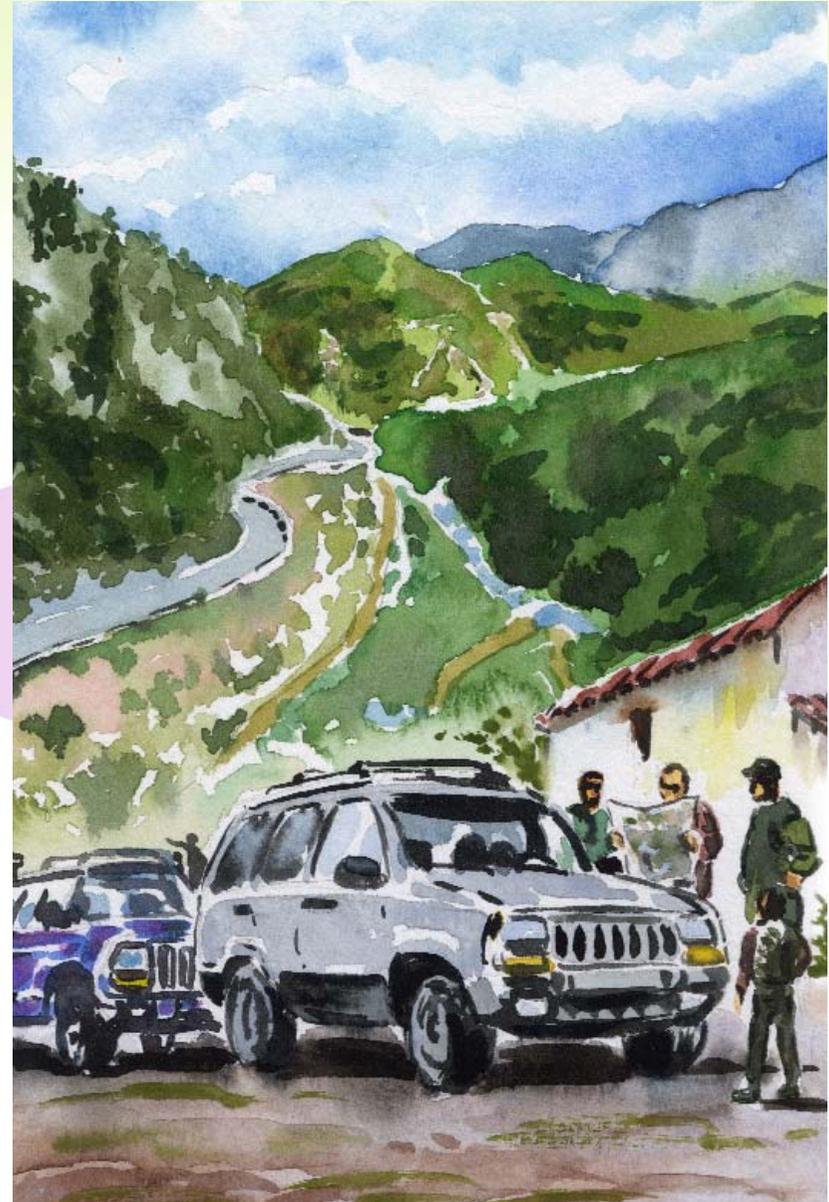
-¡Caramba! Entonces es muy probable que haya más fieras. Los lobos siempre van en manadas-
respondió su padre.

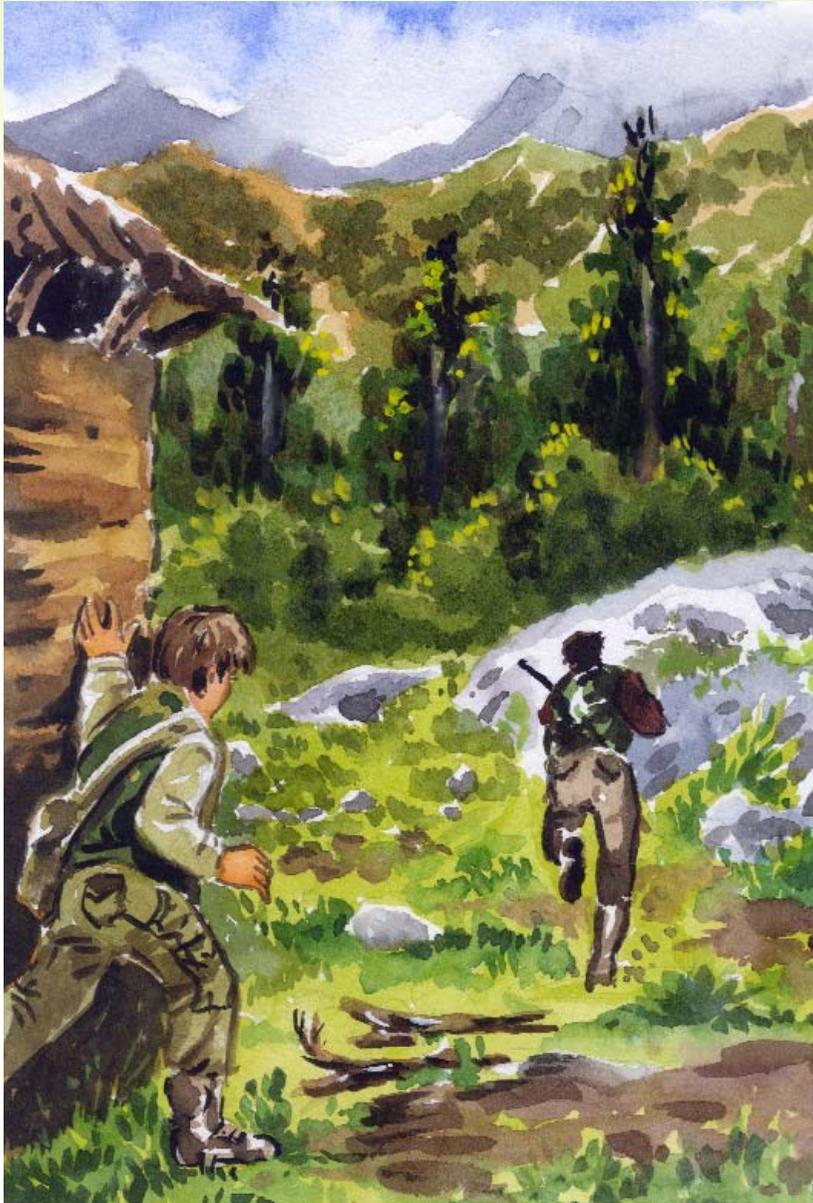
-Seguramente. También me dijo que si nos encontramos con algunos, que no dudemos en dispararles; que hacen mucho daño a la cacería.

-La verdad es que si matamos a un lobo, sería un estupendo trofeo de caza-dijo el último cazador de la cuadrilla.

El niño se estremeció, y sintió pena por esos extraordinarios carnívoros. Había escuchado o leído, no recordaba dónde, que los lobos están protegidos por la ley; y que no se les podía matar impunemente. Quería comentárselo a su padre, pero delante de los demás cazadores le dio corte y se calló.

Se habían citado con otros monteros, en el histórico pueblo de Las Navas de Tolosa, en la provincia de Jaén. Desde este punto, el contingente de cazadores avanzó con sus todoterrenos en fila india hacia el coto, situado cerca del Paso del Despeñaperros.





El objetivo primordial de caza de los monteros eran los ciervos, que como los lobos habitan desde tiempos inmemoriales en estos parajes de Sierra Morena.

Ya en el coto, los cazadores tomaron posiciones en sus puestos de tiro y esperaban el paso de los animales para abatirlos. Lolito, como era natural, se colocó junto a su padre. Pasado un cuarto de hora se aburría como una ostra.

De repente, se armó el revuelo. Alguien gritó: ¡Los lobos! ¡Los lobos! ¡Por aquí andan los lobos! -Lito, sobresaltado, salió de su letargo.

-Quédate aquí; vuelvo enseguida-le dijo su padre abandonando el puesto de caza.

El niño vio cómo a unos doscientos metros su padre se reunía en la pradera con varios cazadores. Y cómo después de unos momentos de charla se dispersaron cada uno en una dirección.

Transcurrida casi media hora, su padre aún no había vuelto. Durante ese tiempo sonaron esporádicos disparos y voces lejanas aquí y allá.

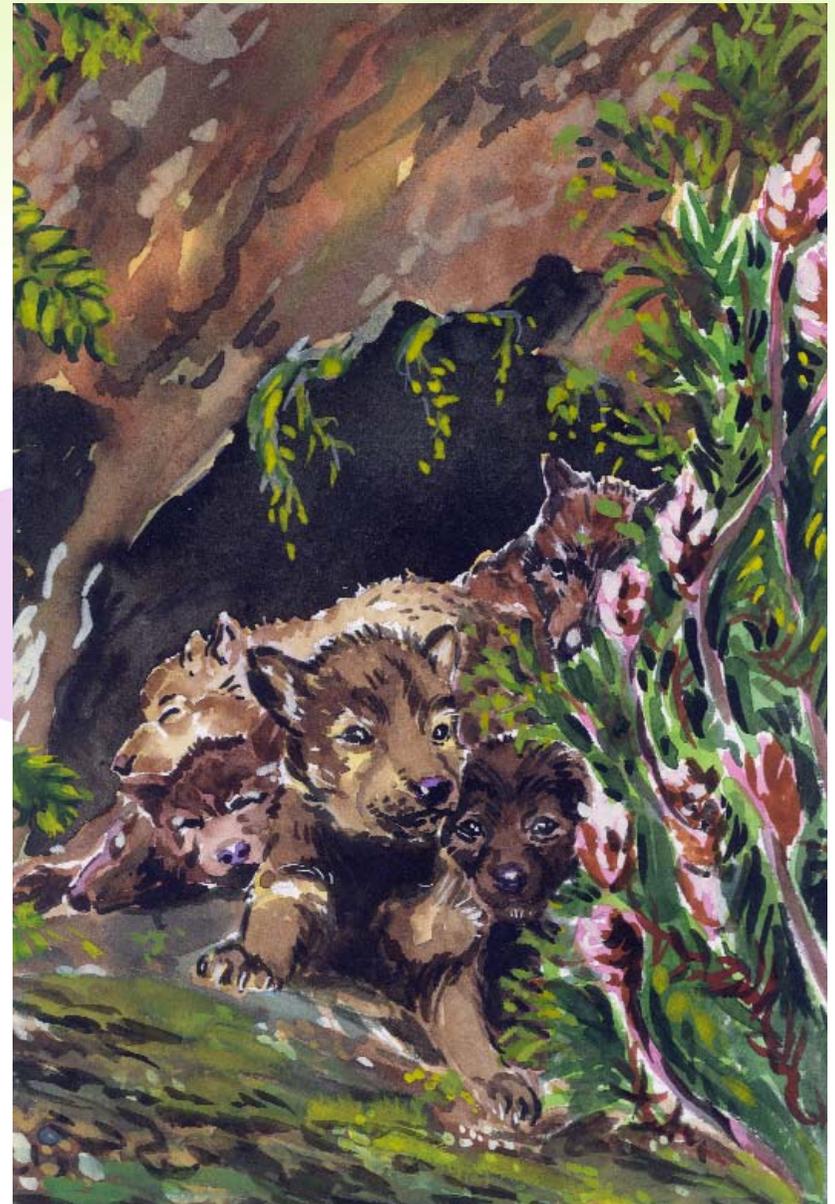
Inquieto, el propuesto candidato a cazador dejó el sitio y subió a una pequeña loma por si podía desde ésta ver algo de lo que estaba pasando. Pero, salvo la hermosa calma de la pradera, nada veía.

Sin embargo, en el silencio, le pareció escuchar el llanto de una criatura. Creyó que eran imaginaciones suyas; pero de nuevo escuchó un lamento a su izquierda. Y uno más, que lo orientaba a dirigirse hacia el lugar de donde provenía el sonido quejumbroso.

Tremenda sorpresa le sobrevino, cuando descubrió en un hueco en la misma base de un gran alcornoque la camada de seis pequeños lobeznos de pocos días.

Emocionado miró en derredor, como para asegurarse de que él era el único que había hecho el descubrimiento.

Nadie estaba cerca de allí. Pero Lolito sí era observado a bastante distancia desde la espesura de un matorral, por unos ojos pardos y profundos: los ojos de la loba madre, que amedrentada por los tiros respiraba jadeante e inquieta.





Lito se atrevió a coger uno de los lobeznos y lo tuvo entre sus manos. La loba que lo observaba aun más inquieta, parecía dispuesta a abandonar su escondrijo y dirigirse a defender su camada.

-¡Lito! ¡Dónde andas!-Su padre lo llamaba a gritos desde el puesto de caza. El niño iba a decirle donde se encontraba y lo que había descubierto, pero enmudeció al recordar la conversación entre los monteros durante el trayecto de la ida. Entonces se dirigió despacio hacia donde estaba su padre.

-¿Dónde te has metido? ¡Por qué no me has respondido cuando te he llamado ?-le abroncó el padre.

-¿Habéis matado a algún lobo?-preguntó Lito ignorando el tono severo del padre.

-No; no hemos matado a ninguno-. La respuesta tranquilizó al niño.

Toda la escena del niño hablando con su padre la contemplaba inmóvil la loba desde la espesura boscosa.

-Esos malditos lobos nos han estropeado el día de caza-dijo un cazador.

-El dueño del coto está que trina; pues sabe que la loba ya ha parido-se lamentaba otro. Todos se quejaban amargamente por el mal día de caza que habían tenido.

Bueno a decir verdad, querido amigo de los lobos, todos no; pues Lito, el supuesto futuro cazador, y la pareja de padres de los lobeznos, estaban muy felices por lo que había acontecido.

Los lobos, porque se había salvado su camada y habían reconocido ese día a un ser humano aliado suyo, ya que el niño no confesó nunca su descubrimiento. Y Lito porque, aun no sabiendo muy bien el motivo, consideró su secreto un tesoro de gran valor.

Y en verdad que sí lo era; pues con su actitud ayudó a la conservación de una de las joyas faunísticas que tenemos en Andalucía.

Además ocurrió algo maravilloso que selló para siempre la amistad entre el niño y los lobos.





Cuando la comitiva de monteros se dispuso a partir de regreso a sus casas, la pareja de lobos dieron un concierto de aullidos en agradecimiento a Lolito.

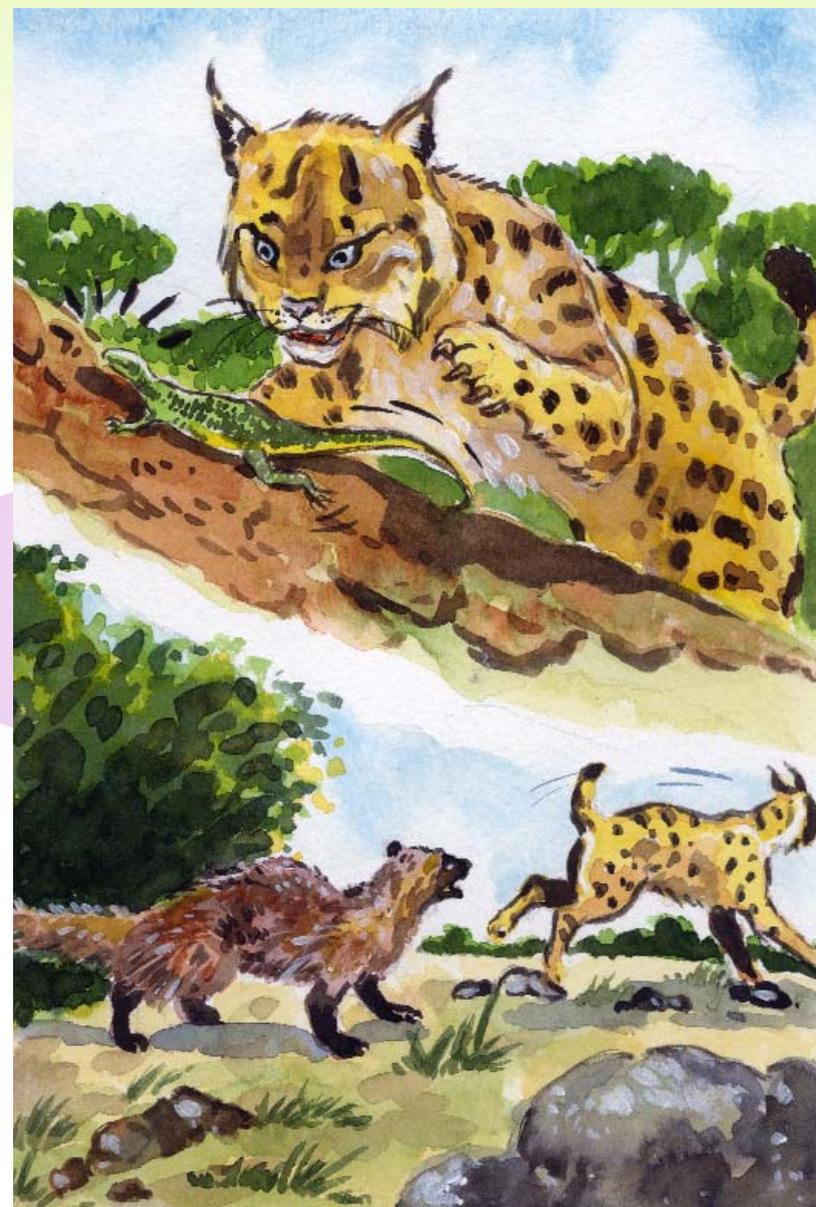
FIN

Esta historia que a continuación te vamos a contar, le pasó a un lince no hace mucho tiempo. Los hechos sucedieron así.

La madre llevaba varios días hostigándole para que abandonara el territorio; pero Mures se hacía el remolón. Hasta que una mañana su querida madre se despertó con las barbas erizadas decidida a acabar con tanta pereza. Tenía que hacer cumplir la costumbre de dispersión que tienen los lince para encontrar nuevos territorios. Así que se lo dejó claro a su hijo nada más amanecer, dándole unos cuantos gañafones. Entonces Mures, que ya tenía poco más de un año, comprendió que la cosa iba en serio, y se fue sin despedirse.

2 Durante tres días vagabundó por extensos territorios, en los que la comida que pudo conseguir fue escasa y poco succulenta. Además tuvo que soportar la agresividad y humillación a la que le sometieron otros ejemplares de su misma especie de mayor tamaño. Incluso un meloncillo se sobrepasó con él.

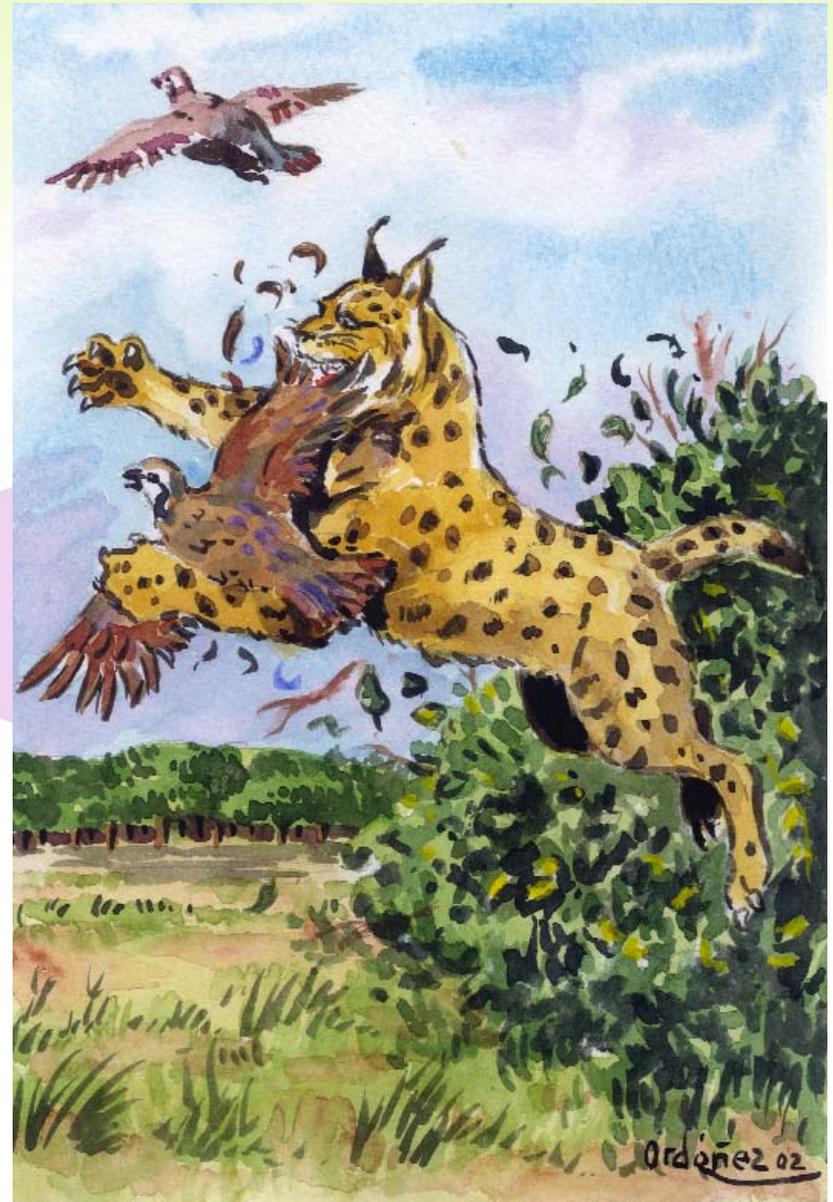
Hasta que un día se encontró con Bast: una preciosa y joven lince que no le demostró ninguna



antipatía, con la que se puso a jugar después de los correspondientes saludos y olisqueos, algunos rozándose los hocicos. Al cabo de una hora de juerga, se apartaron unos metros y permanecieron relajados durante un tiempo. Pero el instinto de Mures le decía que tenía que marcharse. Que ése no era su territorio. Entonces se acercó a Bast, la olisqueó de nuevo, y miró al horizonte con la cabeza muy levantada percibiendo la brisa; y al momento partió.

Caminaba como al trote. No sabía por qué, pero ahora se sentía más seguro en la búsqueda de su propio territorio. Pronto consiguió el sitio que quería.

El tiempo pasó; y Mures se convirtió en un lince esbelto y buen cazador. Un día llegó a su olfato un olor peculiar. Los efluvios de aquella fragancia, nada tenían que ver con los olores que expelían otros animales que formaban parte de su dieta; ni con el de la variada flora del bosque mediterráneo. Sin embargo, era el olor más estimulante que jamás había percibido. Con la cabeza erguida caminó como entre nubes, dejándose llevar por la brújula de su extraordinario sentido olfativo.

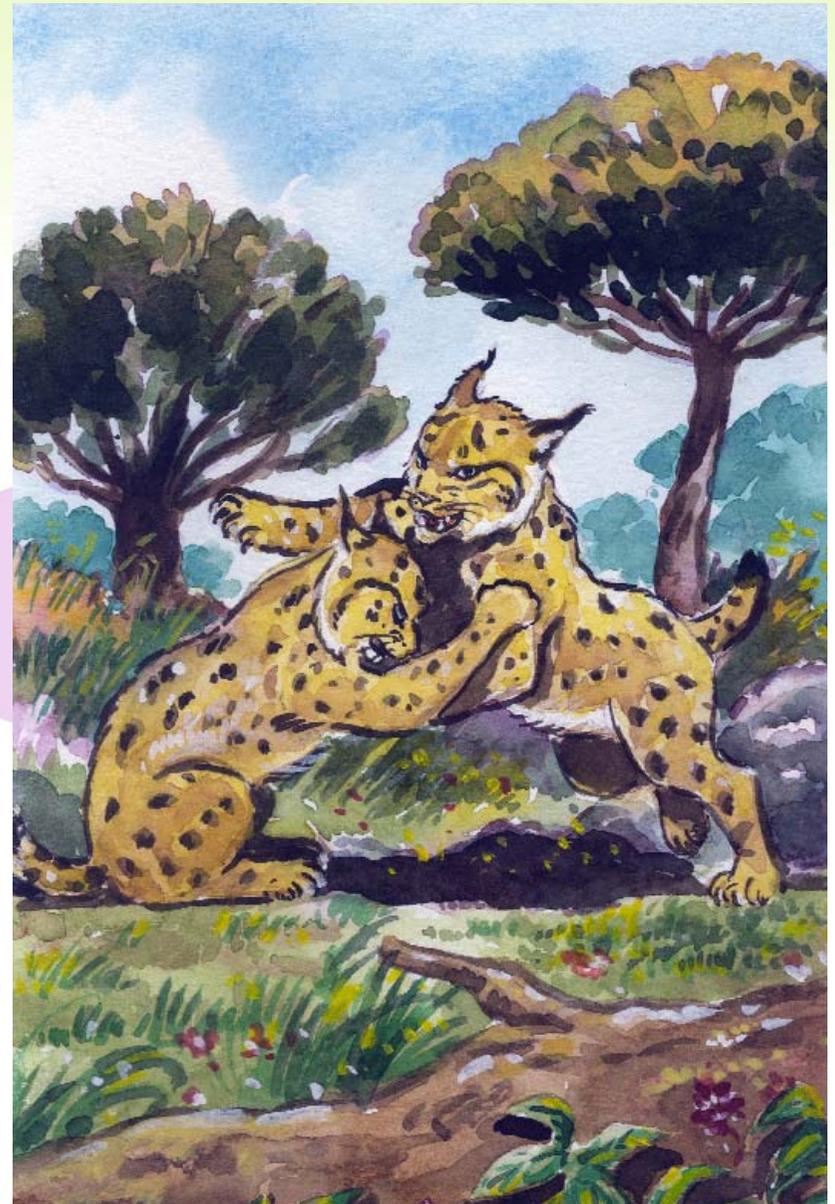


¡Eureka! ¡Qué feliz sorpresa se llevó ! En una pradera se encontró con Bast, que entre las altas hierbas asomaba sus orejas puntiagudas, observando su acercamiento. Los dos lince se alegraron al verse otra vez, saludándose con los olisqueos de costumbre. Entonces Mures comprobó que el particular olor lo producía Bast; que estaba en celo y receptiva para el amor. Jugaron, pero esta vez el juego tuvo otro sentido; pues los dos lince se enamoraron.

Después de consumir el apareamiento, y aunque Mures estaba muy enamorado, el instinto territorial le decía que tenía que volver a sus dominios. Sabía que si no lo hacía otros lince se apoderarían de ellos.

Y así lo hizo. ¡Cuántas jornadas, una tras otra, se pasó ensimismado con el recuerdo de su amada Bast ! Pero él era un gran lince, y no podía abandonar su propio territorio. Así que controlaba sus sentimientos con mucho tesón.

Un día que se encontraba dormitando, de nuevo le llegó aquel llamativo olor inundándole todos los sentidos.



El deseo de reunirse con Bast fue irresistible, y corrió a su encuentro.

"Umm...Bast; mi dulce Bast.., pensaba Mures sin perder la orientación y el rumbo aromático. Nuestro enamorado lince flotaba en una nebulosa. El bosque le parecía aún más hermoso. Sin reparo, siguiendo la pista, se dispuso a cruzar una línea negra y ancha que se interponía dividiendo el territorio. Y fue entonces, queridos niños, cuando se produjo una circunstancia fatal.

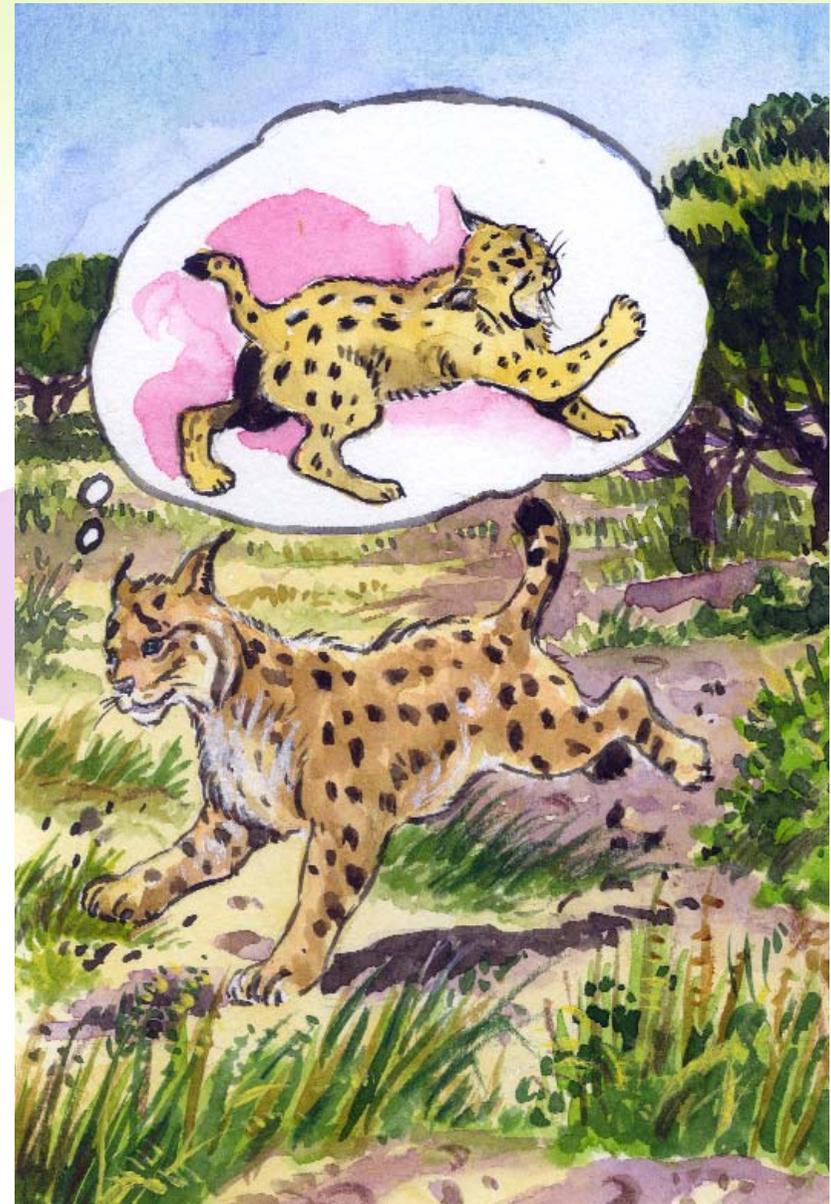
Un monstruoso aparato se avalanzó sobre Mures, provocándole graves heridas. Los tres ocupantes del vehículo se apearon de él y observaron al lince moribundo.

-¿Qué bicho es éste?-preguntó uno de ellos-.

Mures gruñía de dolor.

-Es un lince. ¡Ten cuidado! ¡No te arrimes tanto, que aún vive y te puede atacar! -dijo el conductor.

-¿Qué hacemos? ¿Llamamos a algún sitio?-dijo el tercero de los ocupantes.



-¡Que va ! Este bicho está ya listo-contestó rápidamente el conductor-. Si llamamos tendremos problemas; además del multazo que me pongan.

-Si claro; la verdad es que...ibas un poco lanzado, y el pobre lince no ha tenido opción-respondió con cierta compasión uno de los dos acompañantes.

Ante tal comentario el conductor hizo oído sordo, y un silencio se hizo entre ellos. Mientras, el pobre Mures, se retorció de dolor y se le nublaba la vista. La vida se le escapaba.

-Bueno, vamos a resolver. Que aquí no hacemos nada- habló de nuevo el conductor -apartémoslo de la carretera y vayámonos pronto, que nos están esperando para comer la paella.

Los dos acompañantes asumieron la decisión del conductor sin rechistar, y apartaron al lince (aún vivo) a puntapiés hasta el arcén.

Un cuarto de hora después, otro vehículo pasó por allí.

-¡Mira, papá ! ¡Ahí en el arcén hay un bicho!-gritó el benjamín de la familia.

-¡Sí, parece que está muerto!-dijo su hermana.

-¡No, no está muerto! ¡Yo he visto que se movía!
¡Para el coche papá!

Pararon a poca distancia de donde se encontraba el lince. Impacientes, los niños se adelantaron a sus padres para contemplar de cerca al animal herido.

-¡Papá, mamá! ¡Rápido venid! ¡Es un lince !-gritaron los chavales.

-¿Veis como os dije que está aún vivo?-dijo el chavalín.

-¡Ay, qué pena !-musitó su hermana-. ¿Quién lo habrá herido?

-No lo sé, hija-respondió la madre; pero desde luego no tenían que haberlo dejado moribundo tirado en la cuneta.

-Vamos a llamar al ayuntamiento más próximo para que vengan a por él. A lo mejor aún pueden salvarle la vida- decidió el padre.



Las asistencias no tardaron mucho en llegar. Mures aún seguía vivo. La decidida y generosa atención que le prestó aquella anónima familia, salvó al lince Mures de una muerte segura. Lo curaron en un centro de recuperación. Aunque le quedaron algunas secuelas físicas del accidente, ya que perdió un ojo y tuvo dificultad para caminar. Pese a todo, Mures no perdió el deseo de encontrarse con su enamorada Bast.

Dramática historia es ésta, querido niño, en la que un lince buscando a su enamorada cae mal herido, absurdamente, por no respetar los humanos las zonas en las que habitan.

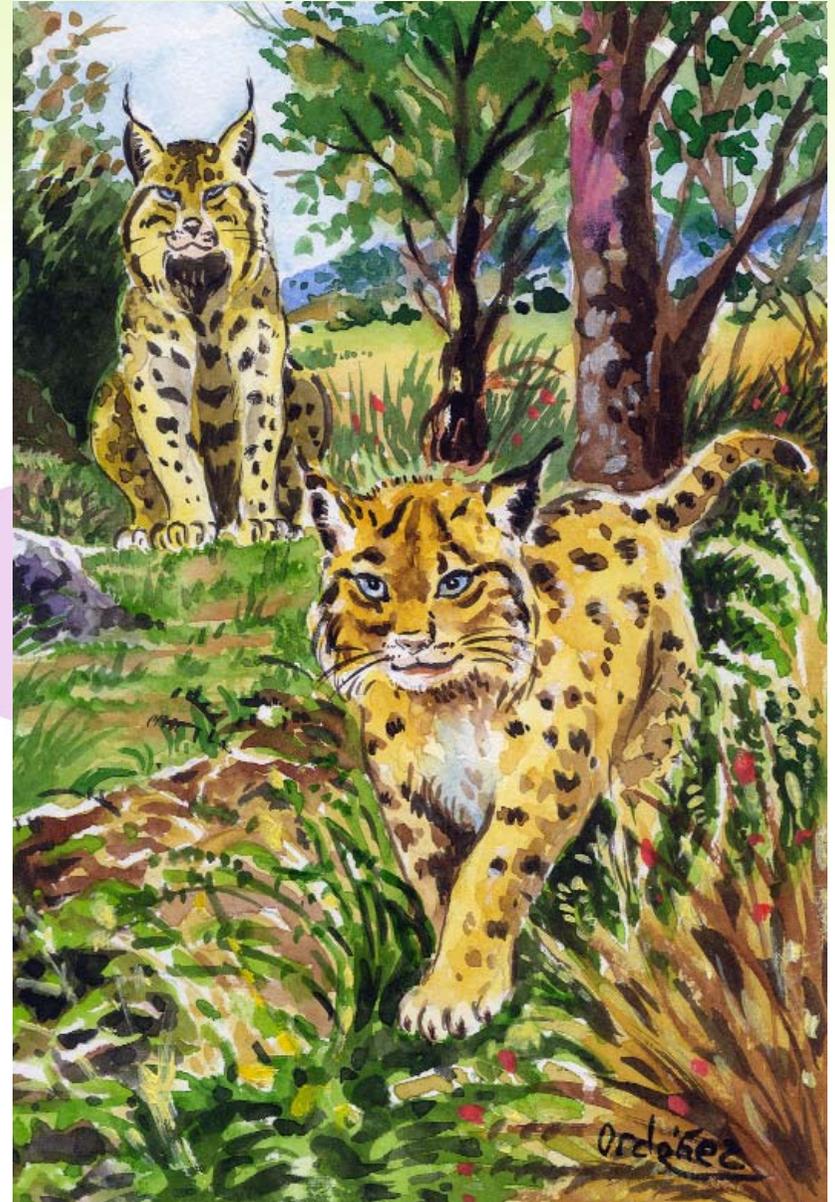
Tenéis que saber, que el lince ibérico, nuestro lince, es el felino más amenazado de extinción del planeta.

Así que, por favor, si un día circulais, por una carretera que atraviese una zona en donde vivan los lince; decidles a vuestros padres que vayan con cuidado, que respeten los límites de velocidad establecidos y otras señalizaciones que los protegen.

Pero la historia de Mures no termina aquí. Pues su encuentro amoroso tuvo trascendencia. La bellísima Bast parió a Esperanza, en el hueco de un gran acebuche. Esperanza creció. Y hoy es una bella adolescente de lince, que está a punto de emanciparse de su madre para buscarse un nuevo territorio.

¡Ay, Esperanza... Si tu conociéras a Esperanza!...

FIN



Saltando de piedra en piedra por la ribera del río Borosa mientras se comía un bocadillo, Vero se alejaba del lugar de descanso elegido por sus padres. Las continuas advertencias de su madre para que no se distanciara mucho y no se perdiera, la hicieron pararse delante de una pequeña charca. En ese instante, una rana la sorprendió con un salto olímpico, y pensó que la ranita volvería a saltar otra vez.

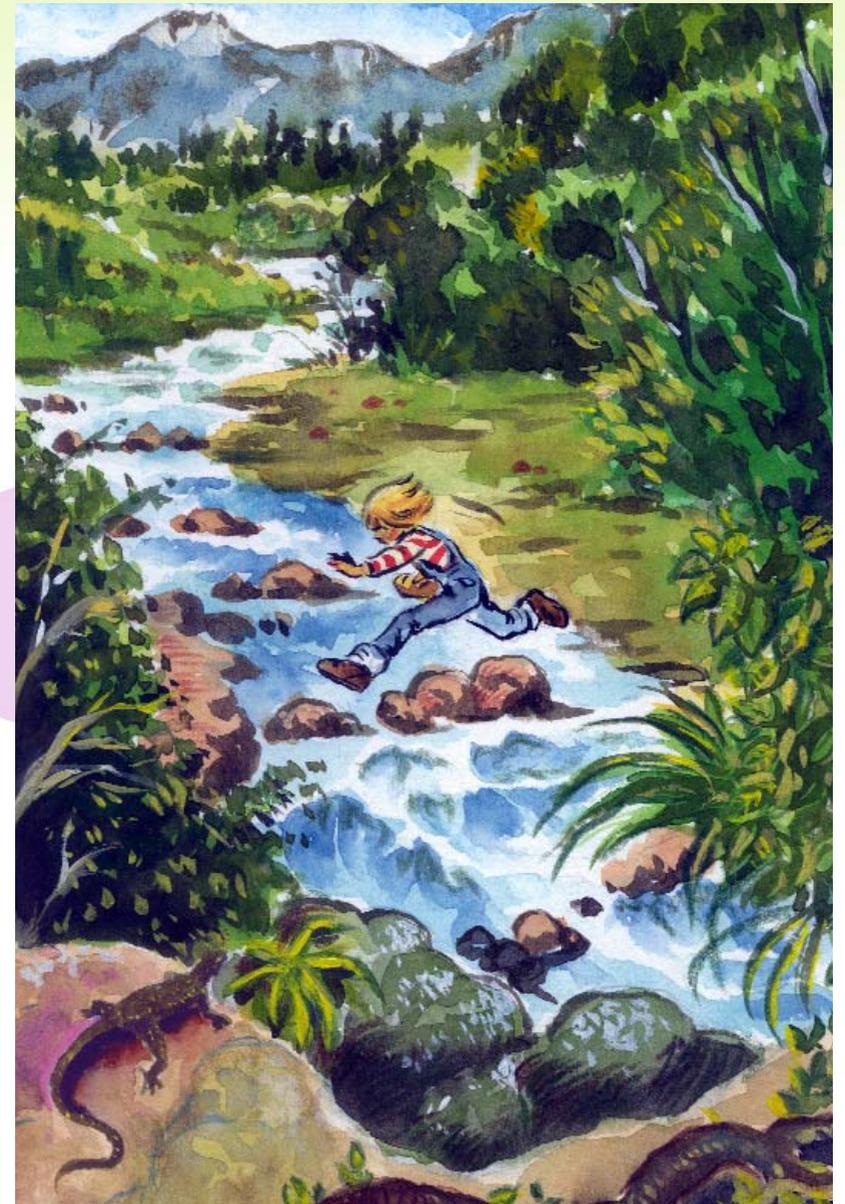
Pacientemente esperó, pero la rana ni se inmutó.

De repente, escuchó a su izquierda unos sonidos parecidos a siseos.

-¡Pss..! ¡pss..!

2 Creyó que era una chicharra, u otro bicho parecido que chasqueaba sus alas. Sin embargo, no vio ningún insecto en los alrededores. ¡Pero sí algo vivo que desprendía unos destellos ocres y cobrizos! ¿Qué era aquello?

Era una pequeña lagartija que poseía una larga cola casi el doble de lo que medía su cuerpo. El reptil levantaba el torso una y otra vez, al ritmo de: ¡Pss... pss... !





Ante tan llamativo comportamiento, Vero intuitivamente pellizcó su bocadillo y lanzó al pequeño reptil un poco de pan.

La lagartija acudió a comer la diminuta porción con descaro. Entonces Vero pellizcó de nuevo, y esta vez ofreció al animalito un trocito más succulento, pues también le quería dar un poco de chorizo; pero no se lo tiró para que lo cogiera del suelo ribereño, sino que se lo ofreció extendiendo su brazo, aunque la niña no creía que la lagartija se acercaría a comer de su mano.

Pero el reptil acudió a la carrera para "tapiñarse" lo que Vero le daba.

Aunque asustada por que pensó que el saurio la podía morder, y no sabía si el bicho era venenoso o no, Vero aguantó inquieta el trocito de comida con sus dedos, y el animalito comió de su mano.

Lo que le estaba pasando la llenó de emoción y la puso muy nerviosa.

¡Era fantástico! ¡Sería estupendo que los suyos la vieran dándole de comer de su mano a una lagar-

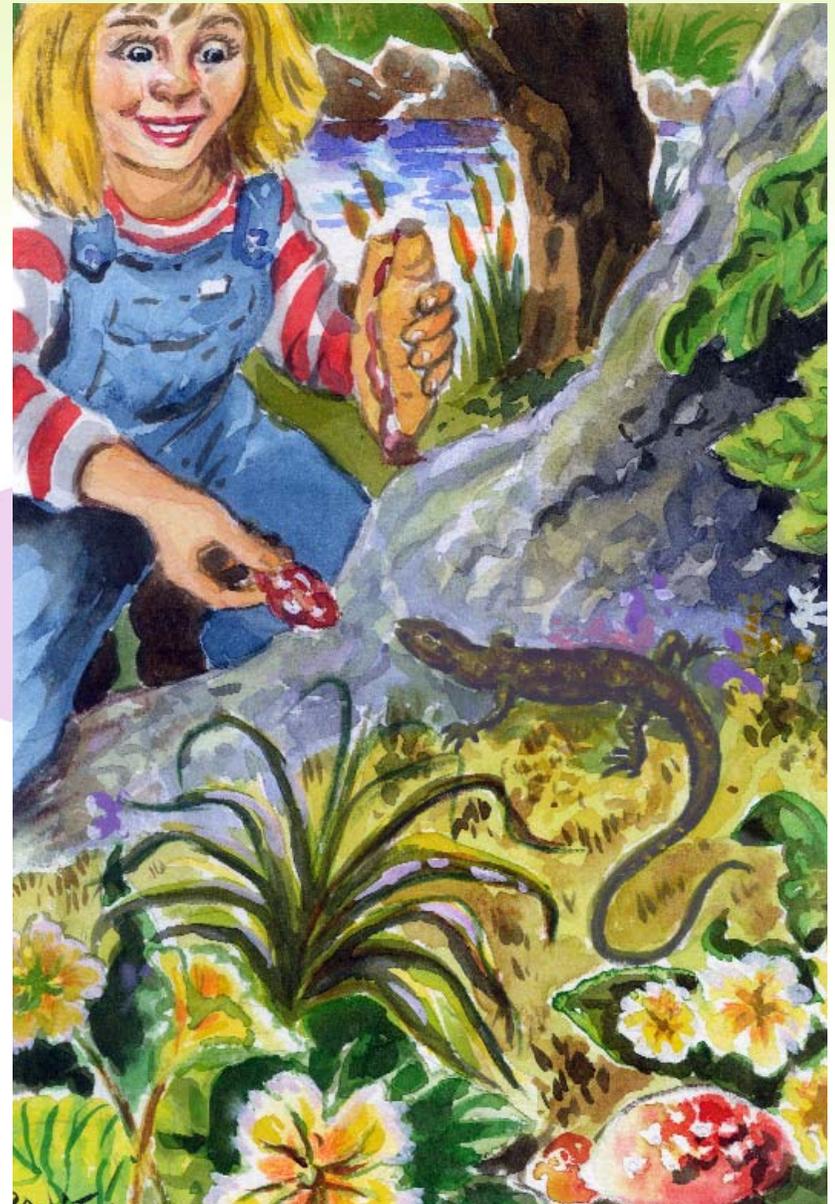
tija! Pero pensó que al gritar la lagartija se espantaría.

La lagartija terminó de comer y sacó la lengua como relamiéndose, y pareció bostezar. Entonces Vero vio que su garganta era azulada. Como el animalillo parecía confiado y como domesticado, se dispuso a llamar a su familia.

Sin embargo, antes de hacerlo, escuchó:

-Muchas gracias. Ese bocado estaba exquisito-. Si antes sintió inquietud, ahora lo que tenía era terror; porque era la lagartija la que le había hablado.

-No te asustes chiquilla, que no te voy a comer; además como es lógico tampoco lo podría hacer con lo grandota que eres. No te vayas a ir ahora, que quiero hablar contigo. -Si me he acercado a ti es porque quiero que me conozcas- dijo la lagartija moviéndose eléctricamente con el torso levantado y mirando de lado a Verónica. -Yo soy la Princesa Encantada de Cazorla-. Sabía que algún día íbamos a encontrarnos ¡Qué alegría me da verte!.





Embobada e incrédula, Vero no sabía qué hacer.
-Anda, siéntate, que para mí es muy importante que sepas quién soy- rogó la lagartija.

Ante el deseo de aquella extraordinaria y curiosa criatura, Vero reflexionó:

"¿Será verdad que estoy hablando con una princesa encantada?"

Entonces, curiosa, se sentó de nuevo para oír lo que le quería contar el pequeño saurio.

-Quiero que sepas que hace millones de años que vivo aquí, en esta maravillosa Sierra de Cazorla... Bueno yo no, quiero decir, mi especie- dejó claro la lagartija-. Un día me descubrió un biólogo de nombre Valverde, y me adoptó como si fuera su propia hija.

Desde aquel día, soy la Lagartija de Valverde. Hoy he querido que me conozcas tú, porque necesito que a mí, y a los de mi especie se nos proteja más; porque como le escuché una vez a mi famoso descubridor, soy una especie endémica que quiere...

-¿Qué has dicho que eres? ¡Ende...qué!-interrumpió Vero.

-Endémica nena, ¿No te han enseñado en el colegio lo que significa esta palabra?-preguntó la lagartija.

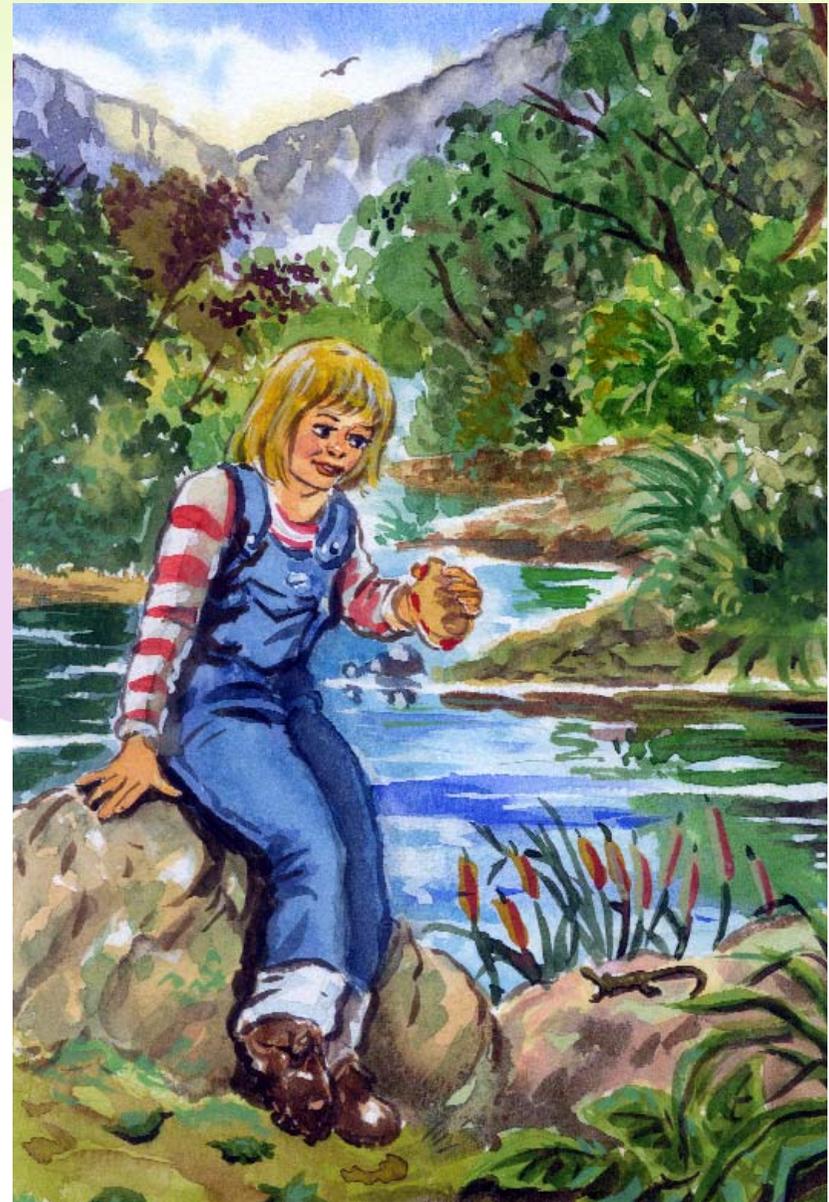
-No-dijo Vero contrariada por no saberlo. ¿Tú me lo puedes explicar?

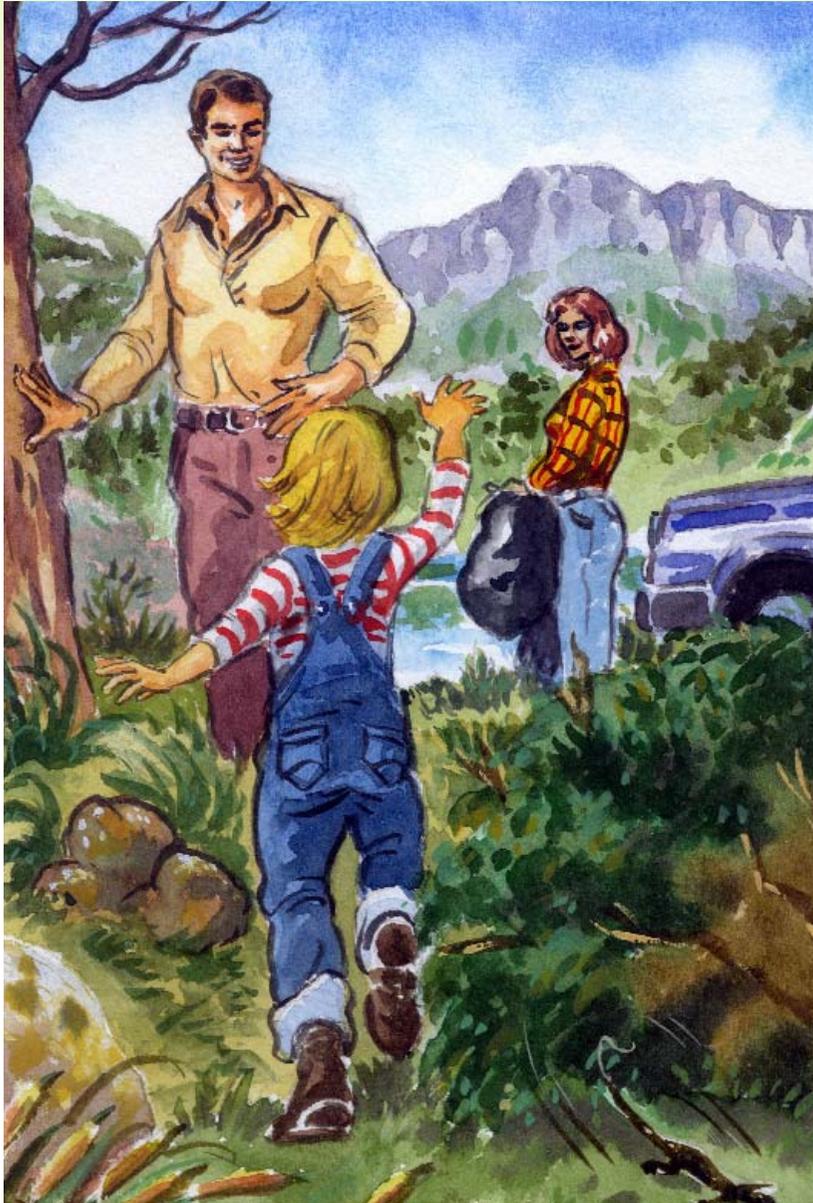
-Bueno, según le oí decir a mi descubridor, significa que mi especie sólo existe en esta sierra y en ningún otro lugar más. Bueno... en la Sierra de Castril y de La Sagra, en Granada, vive una prima hermana mía; pero yo soy más bonita, porque además soy una princesa. La Princesa Encantada de Cazorla-dijo altiva y coqueta.

-La verdad es que sí; que nunca he visto un cuerpo escamoso más bonito y brillante que el tuyo. Eres una lagartija princesa muy elegante.

A nuestra amiga la Lagartija de Valverde le halagaron estos comentarios.

-Gracias, pero lo que yo quería decirte es que





nuestra especie quiere seguir viviendo en estas sierras; y necesitamos que se protejan sus bosques, y que se sepa que los reptiles somos tan importantes como los mamíferos, ¿Me harás el favor de comentárselo a todas las personas que tú conozcas?

-¡Claro!-prometió Vero. Todos los días no se conoce a una princesa lagartija encantada, que te habla.

-¡Verooo! ¡Verónicaaaa! ¡Dónde estás! ¡Que nos vamos ya!

-¡Estoy aquí, mamá! ¡Voy ahora mismo! Bueno; Lagartija de Valverde. Te tengo que dejar. Me ha gustado mucho conocerte y saber que eres muy especial. Adiós.

Y Vero se despidió de la lagartija, tocándole suavemente la cabecita con el dedo índice.

-Adiós, chiquita. Y recuerda: ayuda a proteger los bosques para que seres como yo puedan seguir existiendo-. Vero entendió el mensaje.

Nada más ver a sus padres, les contó que había conocido a una princesa.

-Ya estás con tus fantasías- le dijo el padre sonriendo.

-No es fantasía papá; he conocido a la Princesa Encantada de Cazorla, y me ha dado un mensaje ecologista que ya os contaré.

- ¡Ah, bueno! Si te ha dado un mensaje ecologista, eso es importante. Cuando lleguemos a casa nos lo cuentas con más detalles. ¿Vale?- dijo el padre mirando a su esposa con una sonrisa irónica.



Fue Alí el último en salir. Al ser el más pequeño, sobrevivir lo iba a tener muy difícil. Su hermano, cinco días mayor que él, acaparaba casi toda la comida que sus padres, dos machos y una hembra, traían al nido ubicado en el saliente rocoso de un acantilado.

Pero Alí, el de los ojos de caramelo, había nacido con un instinto especial para la supervivencia. Aun así, ésta no la tenía garantizada. Las peleas con su hermano en el nido por la comida eran constantes, y muy agresivas, dándose en más de una ocasión la circunstancia de que a punto estuvo de precipitarlo al vacío.

No obstante, Alí aguantó valientemente los empujones que su hermano le daba.

Además Alí aprendió a ser paciente y observador; virtudes que también le ayudarían a salir adelante. Mientras que su hermano, en sus ansias por alimentarse antes y mejor, escogía la presa más grande que sus padres traían al nido, una rata o un pequeño lagarto ocelado, cuya envergadura hacía que tardara mucho más tiempo en engullirlos; Alí esperaba a que sus progenitores les lleva-

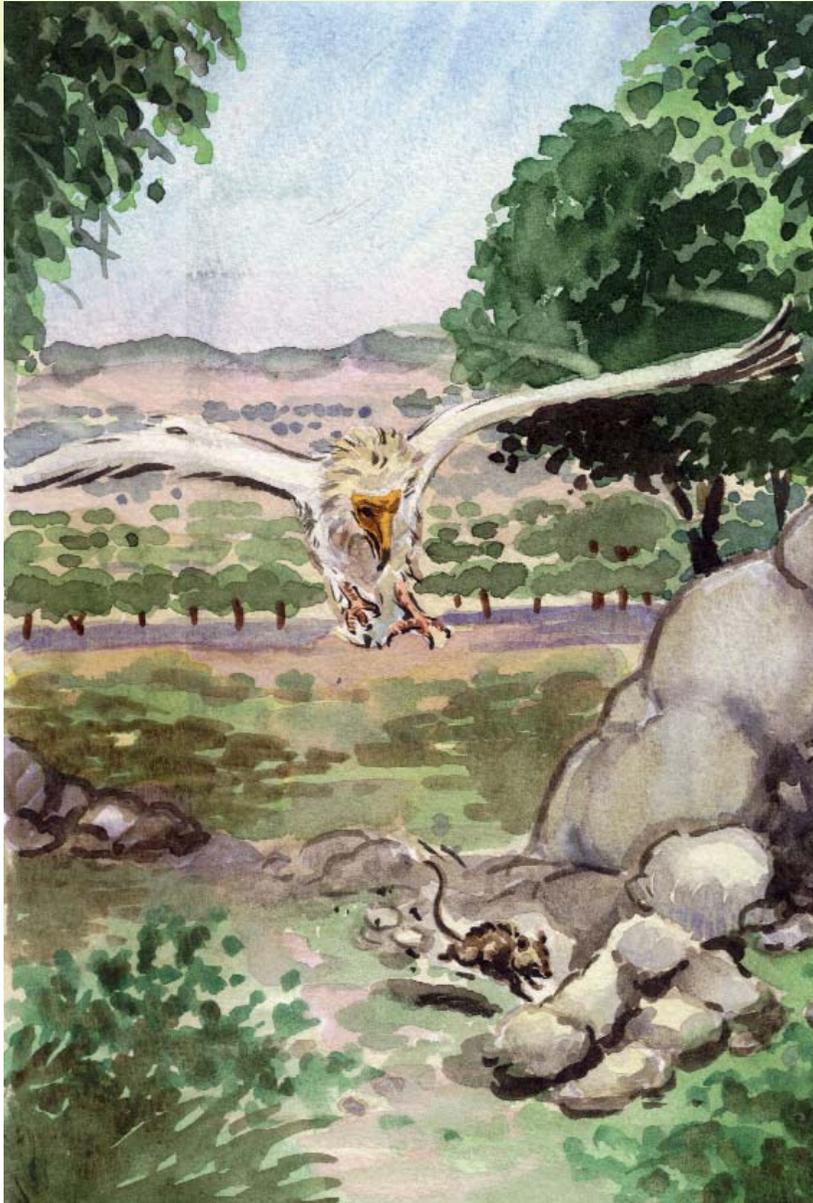
ran otras rapiñas más pequeñas: una cigarra o un joven pajarillo, y se las comía aprovechando que su hermano estaba engollipado con las más grandes.

Con esta peculiar sagacidad selectiva se alimentaba y fue creciendo, haciéndose fuerte y poderoso. Entonces ya no sólo le disputaba a su hermano la ración más grande, sino que también conseguía arrebatársela.

Alí y su hermano se pasaban casi todo el día acicalándose para eliminar de sus cuerpos las pelusillas de sus nuevos y vistosos plumajes, y ejercitando las alas dando saltos en el nido. Sus nuevos trajes plumíferos de color crema pardos, y sus patas grisáceas, les daban un porte hermoso y elegante. Se habían convertido en los carroñeros más guapos de Andalucía.

El día del abandono del nido estaba próximo. Y ver a sus padres volar los inquietaba cada vez más. Estaban ansiosos por emprender el primer vuelo. Ese día llegó, y sorprendió a su familia; pues fue Alí el primero en dejar el nido haciendo un vuelo vertiginoso y espectacular.





Alí planeaba sobre la cárcava sintiendo un goce infinito; y aunque todavía no estaba muy seguro de sí mismo, miraba maravillado a su alrededor, sintiéndose dueño y señor de las Tierras de Aroche... Así estuvo durante más de tres minutos. Al día siguiente, sobrevolando la ribera pedregosa del río Chanza, observó el movimiento de un ratoncillo que se escondía en un junco.

Con gran determinación, se dejó caer lentamente posándose muy cerca del matojo, y vio como el ratón intentaba esconderse debajo de una piedra. La misma que apartó con extraordinaria habilidad, quedándose el indefenso roedor a su merced sin tener escapatoria alguna.

Después de comérselo, levantó la cabeza y señaló con su pico amarillo al cielo como en señal de triunfo. Era su primera caza y se sentía orgulloso.

Los primeros meses de la vida de Alí transcurrieron alegres. Como no conocía el miedo, hasta se atrevía a acercarse a los núcleos urbanos, los cuales tenían fama de ser muy peligrosos para algunos congéneres suyos, aunque no para un carroñero como él, que era valorado positivamente por

los lugareños de la sierra, que sabían de su labor de limpieza de roedores y carroñas del campo y de los vertederos de la comarca.

Un día del mes de septiembre le vino la "fiebre viajera", que padecen todas las aves migratorias, y Alí lo era. Su viaje migratorio lo iba a llevar al continente africano. A la Caldera del Ngorongoro.

Allí conoció al primo que tenía peor fama entre sus parientes: el buitre torgo. Un auténtico camorrista que, cuando llegaba al lugar donde estaba la carroña, no dejaba a ningún otro pariente que comiera; pues con sus extravagantes saltos y su poderoso pico espantaba a todos sus parientes. En cierto modo, por su agresividad, le recordaba a su hermano cuando en los primeros días de su vida intentaba expulsarlo del nido.

Alguna vez Alí quiso decirle cuatro cosas al torgo, pero se lo pensó mejor, ya que era un tremendo pajarraco.

No obstante, él se las ingeniaba astutamente para quitarle algo de comida, valiéndose de la paciencia adquirida en los primeros tiempos de su vida,



y con habilidad, cortaba con su pico las tripas del animal muerto, y con un movimiento propio de un malabarista, se la enroscaba en el cuello y pico, para después comérsela solo.

Pero como dice el famoso refrán: "No sólo de tripas vive el buitre", también en el caso de un alimoche como Alí, ese antiguo dicho se cumplía. Pues su instinto estaba dotado de la habilidad para utilizar piedras como herramienta, y comerse una de las viandas más exquisitas para él: los huevos de avestruz, que rompía golpeándolos con ellas.

Así que, a pesar de sus primos torgos y de otras rencillas territoriales con otras aves, Alí se encontraba muy a gusto en África, su segunda casa.

Una nueva primavera estaba comenzando y a Alí le entraron unas enormes ganas de volver a Andalucía. A los Picos de Aroche que le vieron nacer.

De vuelta de África, Alí se enteró de la muerte de su hermano en extrañas circunstancias; pues no había sido tiroteado, ni había caído en las garras metálicas de ningún cepto vil. Su muerte fue horrible y con muchos sufrimientos.



Esta desgracia le quitó la alegría; y es que a pesar de las rencillas en el nido, Alí quería a su hermano.

La comunidad de las diferentes familias de las falconiformes: águilas, halcones, milanos, buitres negros, quebrantahuesos, que también habían perdido algunos parientes de la misma espantosa manera, se convocaron en su lugar habitual de reunión (el "Casino de los Buitres") para ver qué se podía hacer.

La llegada de Alí conocido por su ingenio, les daba esperanza. Creían que él averiguaría el porqué de esas muertes tan terribles y misteriosas, e iba a resolver el problema. La asamblea de rapaces lo nombró su detective.

Tanta expectativa hizo que Alí se sintiera abrumado; pero aceptó el reto. No quería, sin haberlo intentado, decepcionar a tantas familias que habían depositado la confianza en él. Además, también era una cuestión de dignidad propia.

Tenía que saber quién o quiénes, habían matado a su hermano; y comenzó sus pesquisas.

Lo primero que hizo fue preguntar en qué lugar había aparecido muerto su hermano y le indicaron una zona en la ribera del río Chanza que Alí conocía bien; pues cerca de allí se reunía la gran familia de sus primos, los buitres negros, a los que a veces acompañaba buscando comida.

Así que se dirigió al lugar y observó que algo fuera de lo normal pasaba, ya que era muy raro encontrarse en esos lares una pechuga de pavo pelada, y a unos treinta metros de ésta, un zorro más tieso que una vara.

Con precaución dejó las alturas y se posó junto al zorrito muerto. Y aunque el estar junto a él le abría el apetito, no se atrevió a picotearlo. Su especial instinto de supervivencia le hacía sospechar que algo extraño tenía. Además no era el momento de pensar en comer; estaba realizando una misión importante y trascendental para muchas aves. Entonces se preguntó: "¿Qué hago ahora?"

Una sorpresa mayúscula se llevó el agente de medioambiente cuando vio en el patio del cortijo, el cadáver mordido de un zorrito. Curiosamente,

no habían transcurrido más de cinco minutos de su paso por el mismo sitio, y el animal muerto no estaba allí. La primera conjetura que se hizo fue que, malherido por un disparo, buscó un sitio donde refugiarse. Pero su cuerpo tenía mucha rigidez; como si llevara muerto mucho tiempo. Entonces ¿por qué había aparecido en el patio?

De repente sintió un extraño ruido, y miró a su derecha. Sobre la alta tapia del antiguo cortijo, que se había rehabilitado para las labores de guardería medioambiental, un enorme pájaro de plumaje blanco pardo y de pico amarillo lo estaba observando. Enseguida reconoció que era un alimoche.

"Qué coincidencia más rara es ésta, que al mismo tiempo se me aparezcan este zorrito muerto más rígido que un palo, y ese pájaro que parece un fantasma"-se dijo.

El alimoche giraba la cabeza hacia un lado y levantaba sus patas como balanceándose. El agente de medioambiente decidió llamar a su compañero por teléfono. Quería explicarle el insólito suceso.

-Rafael ¿dónde estás ?... Vente para acá que ha pasado una cosa muy rara- le dijo nervioso.

-... No. cuando llegues te lo explico... Vale. No tardes-.

No quiso Juan- que así se llamaba el perplejo agente- darle más detalles del asunto a su compañero, ni cuáles eran sus impresiones sobre el caso. Pretendía de esta manera crearle más inquietud, y que así se diese más prisa en regresar. Además Juan era una persona parca en palabras.

El alimoche seguía imperturbable posado en la tapia; parecía un pájaro de escayola. Juan se sentó pensativo a esperar en un banco de madera la llegada de su compañero. No quería levantar la vista, para no ver al arrogante alimoche que lo miraba fijamente. Por un lado le molestaba su presencia, sin embargo, por otro, quería que permaneciera allí hasta la llegada de su compañero, pues la escena no podía ser más insólita. De repente sintió un ruido. El alimoche que tanta zozobra le producía, había emprendido el vuelo. Y Juan respiró tranquilo, aunque siguió inquieto hasta que su compañero llegó.

-¿Qué ha pasado? ¿Qué cosa me quieres contar, que es tan importante? Eres más misterioso que un castillo vacío- le dijo Rafael como riéndole nada más verlo.

Juan le contó los hechos de un tirón, terminando su narración con la frase: "Esperemos que la aparición insolente de ese pajarraco no sea un mal presagio".

-Parece que te has dejado influenciar por las historietas de encantamiento sobre el cortijo y sus alrededores que ayer nos contó el viejo cabrero- dijo con ironía Rafael.

-¡Qué va! Pero todo el mundo dice que estos pájaros son de mal agüero- respondió Juan, que de ninguna manera quería dar la imagen de una persona supersticiosa y asustadiza.

-Bueno; vamos a quitar este bicho de aquí. Seguro que más adelante sabremos qué le ha pasado a este zorrillo-.

-Lo pondremos en el muladar que hay cerca de la charca, y que se lo coman los buitres-.

Se disponían a hacerlo, cuando vieron una sombra aérea y escucharon un golpe seco al lado de ellos, y también una especie de maullido.

Sorprendidos, se pusieron en guardia. Jamás podrían imaginarse en la vida que desde el cielo podría caer una cosa tan insólita y macabra. Era casi la mitad de un pavo con su cuello y su cabeza, y tenía una tonalidad amarillenta.

-¡Míralo! ¡Ahí está otra vez!- exclamó Juan-. En efecto. El alimoche había vuelto y estaba posado en el mismo sitio de la tapia.



"Qué cosa más rara; qué cosa más rara"- reflexionó Rafael para sus adentros. -A que va ser verdad, lo que dijo el viejo cabrero, que este cortijo está encantado...- dijo Juan sarcástico viendo la cara de estupefacción de su compañero.

-¡Vamos hombre, no digas pamplinas!- respondió Rafael sin dejar de mirar al alimoche. Un silencio fantasmagórico se hizo entre ellos. -¡Tengo una corazonada!

-¿Cuál?- preguntó ansioso Juan.

-Pues que creo que estas presas son cebos envenenados, y ahora mismo las vamos a llevar al laboratorio-dijo con firmeza Rafael.

-¿Y cómo has llegado a esa suposición?

-Más adelante te lo diré.

-¿Qué pasa contigo? ¿Es que también te has vuelto misterioso ahora?-dijo Juan un poco molesto. Rafael no le respondió-. No me digas que piensas que ha sido el pájaro ése, el que nos ha traído esta carroña para que investiguemos si está envenenada o no. ¡Vamos, esto es el colmo! -exclamó Juan.

-Bueno; vamos al laboratorio-insistió Rafael sin responder a la insinuación de su compañero.

Los restos de los animales fueron analizados y el diagnóstico fue contundente: habían sido envenenados con estricnina. Ahora se tenía que descubrir quién o quiénes eran los culpables. Así que la cuestión de si había sido o no el alimoche el que trajo los animales envenenados a la guardería, quedó de momento aparcada.

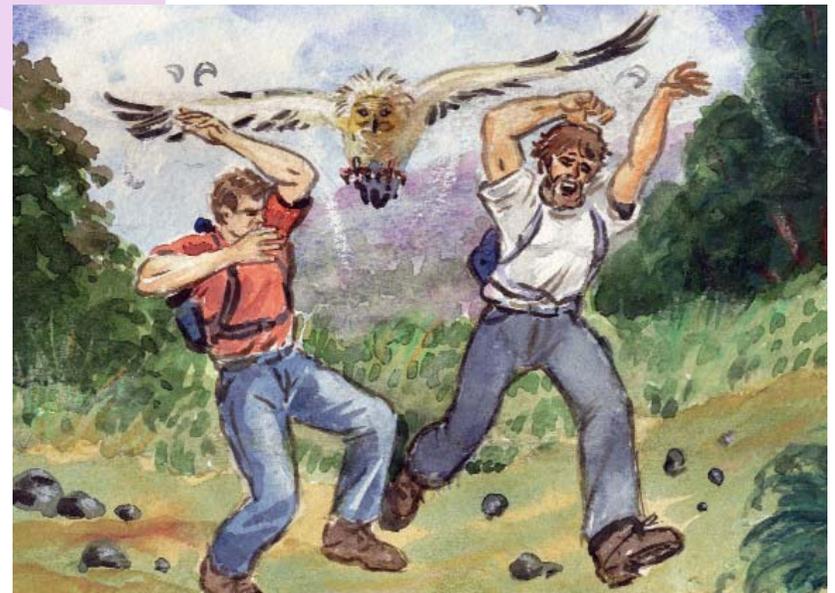
Lo que se imponía, con urgencia, era comenzar las indagaciones; y para ello los agentes iban a contar con una estimable ayuda: la de nuestro amigo Alí, "El Ingenioso Ojos de Caramelo". Y su participación sería clave para coger a los culpables.

¿Que cómo lo hizo, te preguntarás? A continuación lo vas a saber.

Porque Alí, antes de soltar en el patio del antiguo cortijo los cebos envenenados, ya había realizado sus propias averiguaciones. Pues haciendo esta labor investigadora, estuvo sobrevolando una gran extensión de terrenos de la comarca de Aroche, y

vio cómo dos individuos colocaban esos cebos, en los lugares habituales que frecuentaban las águilas y los carroñeros. Así que cuando los agentes iniciaron la investigación por diferentes lugares según las pistas que iban descubriendo, siempre aparecía el alimoche observando con su mirada afilada, lo que éstos hacían. La presencia de Alí ponía a los detectives muy nerviosos; pero llegaron a acostumbrarse, y hasta les gustaba verlo.

Al cuarto día de las investigaciones, se encontraron por una pista forestal a dos individuos y los agentes entablaron con ellos una charla.



No habían transcurridos dos minutos de ésta, cuando de repente apareció la sombra alargada del alimoche que atacó a los desconocidos, haciendo un vuelo rasante sobre sus cabezas dando maullidos escalofriantes.

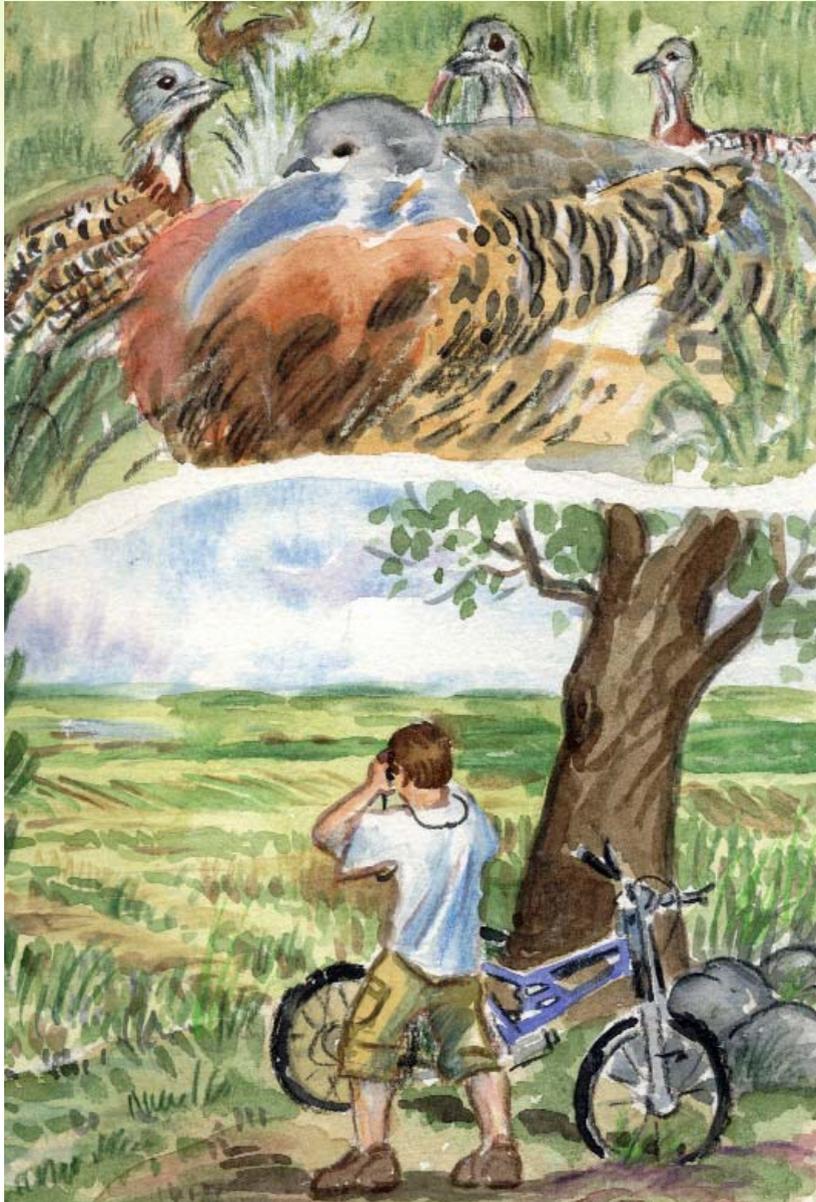
Tan extraño comportamiento levantó las sospechas de Rafael y Juan, que inmediatamente dejaron de hablar sobre el tiempo y el fútbol y les preguntaron qué hacían por allí. El nerviosismo se apoderó de los dos tipos, y las respuestas que daban no coincidían. Los agentes medioambientales les registraron las mochilas, y en ellas hallaron cebos envenenados que les culpaba de las fechorías, por las que fueron juzgados por delito ecológico y condenados a la cárcel.

Después de su fructífero trabajo de investigación, los agentes medioambientales se tomaron tres días de descanso. Lo necesitaban, después de tantas emociones inexplicables. Pero estaban orgullosos de su labor, ya que habían evitado una catástrofe enorme entre las familias de las rapaces. Aunque también era justo reconocer y agradecer la labor del ingenioso Alí, el de los Ojos de Caramelo.

Sin embargo, en sus reflexiones personales sobre el caso, el comportamiento del alimoche no lo terminaban de asimilar. ¿Era verdad como parecía, que el ave les había ayudado adrede? ¿O todo era fruto de la casualidad? Cuando de nuevo se vieron los dos compañeros, la discusión siguió queriendo encontrar una explicación más racional; pero los acontecimientos sucedidos de esa manera se entendían peor.

-No comamos más el coco, Rafa- dijo Juan despreocupándose. -Vamos a creernos que ese bicho es un duende alado benefactor de la Naturaleza- dijo con una sonrisa de complicidad.

FIN



Estaba encantado con los prismáticos que le habían regalado sus abuelos. Viviendo en una ciudad tan bonita e histórica como Osuna, el instrumento le permitía ver detalles curiosos de sus monumentos, que de otra manera era casi imposible.

Una de las cosas que más le gustaba era subir a la Colegiata, y desde allí observar el trasiego de los coches por la carretera, los labradores haciendo su labor, y a los pastores con sus animales por la campiña.

Un día montado en su bicicleta y con sus prismáticos se alejó de Osuna, en dirección a Écija. Cuando se encontró cerca de la Laguna de Calderón, vio en la lejanía una bandada de grandes pájaros. Entonces paró y se puso a mirar con sus anteojos a las aves, que parecían pequeñas avestruces. De repente, notó entre ellas algo extraño que se movía, sin distinguir cuál era su naturaleza. Tenía una apariencia redonda y abultada; y curiosamente, los pájaros que parecían pequeñas avestruces no se asustaban con su presencia, sino que algunos se le acercaban.

"¿Qué clase de pájaros son éstos?" - se preguntó

- . "Y esa cosa abultada que los atrae... ¿qué es?" Porque, a pesar de la potencia de los prismáticos, no era capaz de definir lo que estaba viendo. Para su asombro, se dio cuenta de que había más de una de estas cosas raras.

Otilio, que así se llamaba el chico, no pudo resistirse a la curiosidad, y se acercó un poco más, para descubrir qué era aquello, pero no quería que las aves se espantaran. Además tenía cierta desconfianza miedosa con esa cosa extraña que se movía. Con la precaución de un detective se apoyó sobre uno de los pocos árboles que poblaban el lugar (un robusto álamo negro) y se dispuso a hacer una observación casi científica de las desconocidas aves, y de los extraños engendros que las acompañaban a los que ahora no veía. Parecía que se habían esfumado por arte de magia.

Por fin, entre los herbazales del trigo aún poco crecido, jaramagos y amapolas, pudo ver a uno, a no mucha distancia. Pero seguía sin poder definir aquello. No cabía duda que era un ser vivo; pero parecía un pomposo abanico que caminaba..., o un globo de plumas.

"No, ya está. A lo que realmente se parece es a una bola gigante de helado de Crema Tostada", se dijo Oti muy convencido.

"Pero... ¿qué hace ahora?", se preguntó. La "cosa" hacía unos movimientos extravagantes y espectaculares en el centro de la bandada.

Era divertido verlo-. "¡Ahora sí que te veo bien!"

Vista de frente, la animada criatura presentaba un mascarón gris azulado echado hacia atrás, y un buche hinchado que parecía que iba a reventársele de un momento a otro. Sus sorprendentes y tiesos bigotes le recordaban a los del famoso pintor catalán, Salvador Dalí.

"¡Es un pavo!..." "¿Un pavo?"- Hasta cuatro veces se interrogó queriendo definir al animal que estaba viendo. Ajeno a todas las interrogantes que Oti se hacía, el "Crema Tostada" ya le había echado el ojo a una "Crocanti"

Se conocían de los tiempos en que eran unos adolescentes y en bandadas trajinaban sobre los pastizales cercanos a la Laguna de Calderón.



Crema Tostada estaba en la bandada con otros machos de su misma especie, tan ostentosos y presumidos como él, para seducir a las hembras; pero la verdad era que sólo estaba interesado por Crocanti, su hembra, a la que estaba convencido que iba a seducir.

"Esta me la llevo yo, por mis bigotes"-se decía altanero. Y era verdad, que no le faltaban razones para estar orgulloso de sí mismo.

Hacía la "rueda" como ningún otro macho para cortejar a su pretendida. Era un gran artista del contoneo que dominaba todos los estilos de bailes. Cualquiera que hubiese tenido como Oti la suerte de verlo, lo habría comprobado. Crema Tostada no se equivocó. Crocanti se rindió ante su fascinante danza y extraordinarios bigotes. Así que buscaron un lugar íntimo para realizar sus apareamientos, y eligieron un sitio hermoso florecido de trigales, amapolas y jaramagos. Un lugar que Oti bautizó en aquel momento con el nombre de "El Jardín de los Jaramagos". Enamorados hasta el último puyón de sus vistosos plumajes, los escarceos amorosos de Crema Tostada y Crocanti se producían a menudo.



Oti convirtió en rutina ir a la zona donde estaban las avutardas para observarlas con sus prismáticos; especialmente observaba a Crema Tostada y Crocanti.

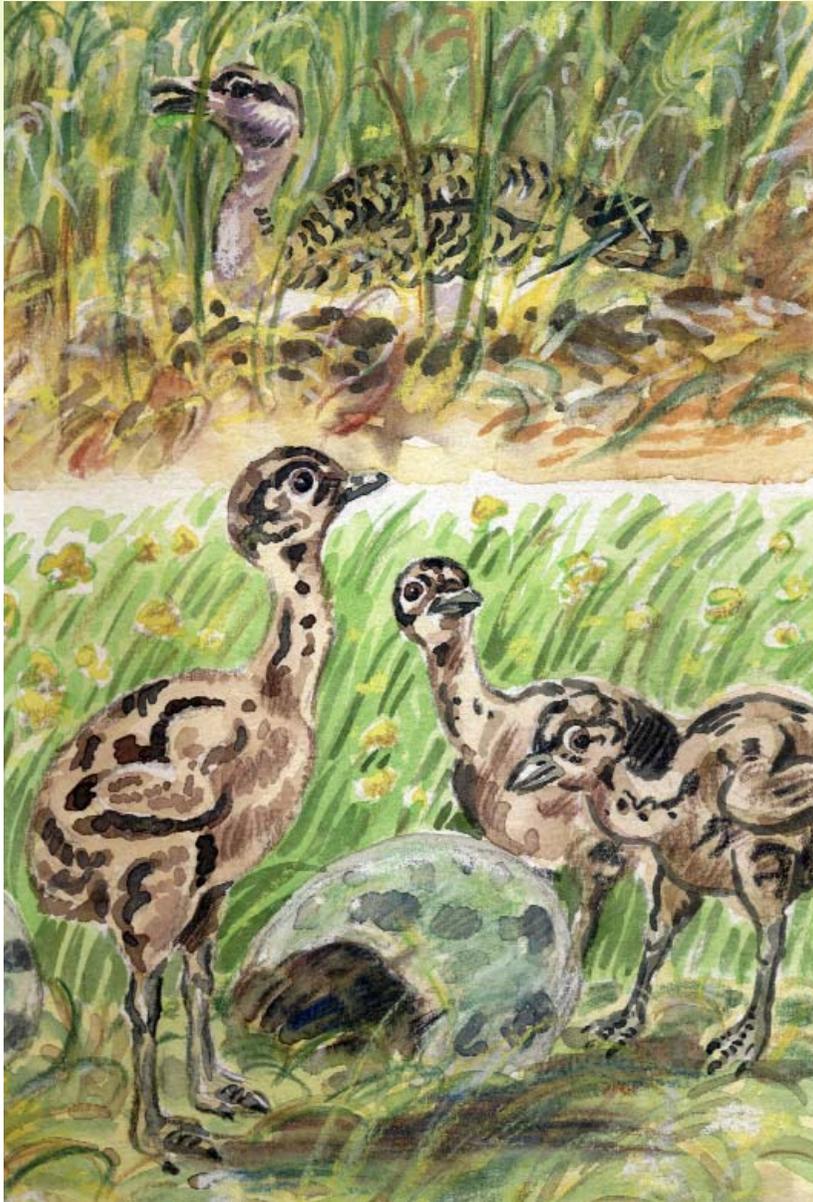
Estaba encantadísimo de haber conocido a estas magníficas aves, aunque todavía no supiera a qué especie de pájaro pertenecían. Su nueva afición le dio una alegría que no esperaba. Un soleado día de abril, la bella Crocanti puso tres hermosos huevos de color verde pistacho salpicados de motitas negras que parecían trufas.

Durante la incubación, Crocanti sólo se movía del cubil(un hoyo cóncavo no muy profundo) para alimentarse un rato por la mañana y otro por la tarde; pues era la única que se preocupaba de la labor de incubar.

Mientras, Crema Tostada se reunía como de costumbre con otros machos, para presumir de que sus barbones eran los más largos y espectaculares de todos. Aquel sitio parecía una pasarela de incorregibles presumidos.

Pero no podía ser de otra manera, ya que cada macho tenía que demostrar a los demás que quién mandaba en el territorio era él, y hacer ostentación de bigotudo era la forma.

Un día, el ruido de una máquina haciendo labores agrícolas distrajo la tarea observadora de Oti; éste no prestó demasiado interés a aquella circunstancia, y siguió con su actividad de mirón casi científico. Su persistencia hizo que fuera testigo de un hecho hermoso: a los veintiséis días de tenaz incubación vio nacer los pollitos de Crocanti. Estaba tan encantado, que parecía el padre de las criaturas.



El encuentro con la máquina se volvió a repetir, dándole esta vez una sorpresa desagradable. El artilugio se estaba aproximando cada vez más al lugar en el que se encontraban el gran grupo de las avutardas. Un hermoso macho solitario, que estaba más cerca de la máquina cosechadora, se asustó, emprendiendo una larga carrera para eludir el potencial peligro. En su precipitada huida para coger el vuelo, el pobre animal, carente por su peso y envergadura de la suficiente habilidad y capacidad de maniobra, (la avutarda es el ave más pesada que puede volar) no pudo sortear unos cables de alta tensión y colisionó con estos, cayendo fulminado. Oti observó angustiado el brutal accidente, pensando que había sido Crema Tostada el que se había estrellado con los cables. Cuando comprobó que el hecho le había sucedido a otro macho se sintió más aliviado, pero tuvo un gran disgusto por el animal abatido.

La máquina cosechadora que parecía un monstruo aniquilador, seguía acercándose hacia donde se encontraban las avutardas y provocó una gran estampida. El chaval, tan familiarizado ya con ellas, se enrabetó con la máquina y con quien la conducía.



12 Sin embargo, aun iba a tener una sorpresa peor. Pues la máquina seguía dando bocados insaciables con sus dientes acuchillados, en dirección al "Jardín de los Jaramagos"; lugar en el que se encontraba los pollitos de mamá Crocanti. Oti ya había visto a los polluelos deambular por allí, un tanto desorientados por el ruido.

Entonces, un pensamiento trágico pasó por su cabeza: la máquina monstruosa iba a llegar hasta ellos y los iba a convertir en papilla. Había que hacer algo, y ya.

Enseguida corrió hacia la cosechadora para advertir al agricultor lo que podía pasar si la máquina continuaba avanzando. Ya cerca de ella reconoció a la persona que la conducía; un pariente suyo, primo segundo de su padre. Había escuchado en cierta ocasión que su padre tenía unas tierras en común con esta persona.

-¡Mané, Mané; no siga usted! ¡Párese un momento!- le dijo Oti corriendo y a gritos. El hombre no salía de su asombro, pues creía que no había un alma en varios kilómetros a la redonda. Sin enterarse de lo que le decía el muchacho, lo saludó reconociéndolo.

-¡Hola, Oti! ¿Qué haces por aquí? ¿Has venido con tu padre?

-No Mané; no he venido con mi padre...-respondió Oti casi asfixiado-. Lo que quiero es que pare usted la máquina.., porque por aquí cerca hay unos pollitos de esos pájaros grandes que han salido volando-le pidió con cara de preocupación.

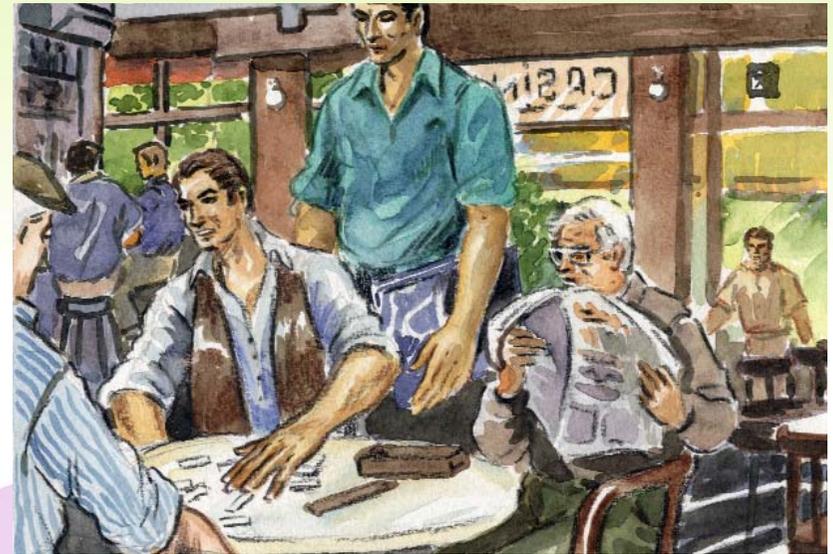
Tan sorprendente propuesta, dejó a Mané perplejo; pero al instante respondió.

-Pero hijo yo no puedo hacer lo que tú me pides. La cosecha tiene que estar recogida en esta semana, si no vamos a perder el producto ¿Sabe tu padre que tú andas por aquí? Oti no respondió esa pregunta; pero sí contestó airado:

-¡Que no! ¡Que no! ¡Que tiene usted que pararse; que va ha matar a esos pobres pollitos!-decía desconsolado el chico. El llanto tuvo su efecto.

-Bueno, cálmate. Está bien. Esta noche hablaré con tu padre, a ver qué me dice. Ahora no te preocupes, voy a trabajar en otra parte de la finca. Pero que sepas que tengo que recoger el trigo de esa zona. Yo no voy a perder dinero por unos simples pájaros; pues pájaros hay muchos, pero dinero hay poco ¿lo entiendes no?- Oti seguía llorando y no respondió. A Mané la actitud del chaval le dió lástima-. No llores más. Te prometo que hoy no meteré la máquina por ahí.- le dijo para tranquilizarlo.

Antes de tener la conversación con el padre, Mané se pasó por el casino del pueblo en el que se reunía en tertulia con algunos agricultores, y contó lo sucedido en el campo con el hijo de su pariente y socio.



Los comentarios que sobre los hechos hicieron los tertulianos fueron muy variados: que el niño de Enrique estaba muy suelto y la familia materna le daba todos los caprichos; que los maestros tenían que poner más deberes; que lo que tenía que hacer el padre era castigarlo...

Pero en la reunión estaba también un ex diputado provincial que dio una opinión muy diferente.

-Lo mismo, no recoger el trigo en ese cacho de tierra en donde están esos pollos de las avutardas, puede ser más beneficioso para vosotros...

-Mané lo miró extrañado, y lo interrumpió en seco.

-¿Estás de broma, o qué? La cosa está como para perder dinero. Y además hacerlo por unos simples pájaros.

-No es eso, hombre. No me has dejado terminar. Lo que yo quería era informarte de que las avutardas son unas aves que están protegidas por la ley porque quedan muy pocas. Si le exponéis el caso al Ayuntamiento de Osuna, lo mismo salís ganando. Todo es cuestión de llegar a un acuerdo- dijo Gervasio, el ex diputado provincial con la intención de hacer reflexionar a Mané.

-¡Bah! Seguro que no merece la pena lo que te dan. Además, qué me importa a mí si hay pocas avutardas-respondió Mané un tanto alterado.

Más tarde, Mané y el padre de Oti se vieron, y aquél le contó todos los pormenores del encuentro con el niño, y la conversación posterior en el casino con los agricultores, de la que Mané destacó la "rara" propuesta de Gervasio.

-A ese tipo no hay que echarle cuenta-dijo el padre de Oti-.

El agricultor terminó su narración diciendo: "La verdad es que me dio mucha lástima ver a tu niño llorar desconsolado defendiendo a esos pollitos; a los que por cierto yo no vi. Parecía que le iba la vida en ello".

-No te preocupes del niño, que ya hablaré yo con él y no aparecerá más por la finca. Tú siegas ese terreno y olvídate de los pájaros.

Después de que se fuera Mané, el padre llamó a la casa de los abuelos maternos de Oti para reprenderlo. La abuela le dijo que no se encontraba allí; que seguramente estaría en casa de un amiguito. Entonces malhumorado, Enrique le dio a la buena señora un recado para que se lo dijera a su nieto. El recado fue el siguiente: -que Oti no apareciera por la finca en donde estaba trabajando Mané; que si lo hacía le iba a dar un buen castigo-.

Cuando Oti llegó a casa de sus abuelos, la abuela le transmitió con cierta inquietud el recado del

padre. El chico defensor de las avutardas le respondió con un somero "vale".

De inmediato la abuela le preguntó si había pasado algo raro.

-Nada abuela. No pasa nada- le respondió fríamente. Sin embargo, Oti tenía ya una decisión tomada.

Despuntaba el Alba, cuando la máquina se puso en marcha asustando con su infernal ruido a todos los animales que había en los alrededores. Su velocidad era pausada pero constante. Un monstruo sólo obsesionado con alcanzar su presa.

Montado en ella, Mané. Quién, a pesar de ir con fijeza a realizar su trabajo, tenía un montón de dudas y contradicciones. Pero el deber era el deber, y no se podía dejar llevar por sentimentalismos.

Cerca ya de la zona del conflicto le pareció ver, como a unos doscientos metros, una figura humana, que los altos trigales y el vapor del rocío mañanero parecían difuminar.

No obstante a medida que avanzaba, se definió claramente.

Era Oti. Quien aterido de frío, pero con una voluntad de hierro, había pasado toda la noche allí para defender a las avutardas. Mané no acababa de creérselo, pero quiso disimular con los siguientes comentarios.

-¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No has hablado con tu padre?

-No. No he hablado con él. He venido a proteger de la máquina a esos pollitos para que no los mates- dijo Oti con una seriedad que asustó a Mané.

-Estás loco chico- dijo Mané queriendo mostrar autoridad-. Anda vete para tu casa, si no quieres que se lo diga a tu padre. Él está muy cabreado contigo.

-Yo no me voy a ir de aquí. Me vas a tener que cosechar a mí también- dijo Oti con determinación.

La ocurrencia de la frase hizo gracia a Mané, pero

se contuvo de reírse delante del niño. Entonces cambió de tono y argumento.

-¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar con el palo que tienes en la mano?

-No. Ya le he dicho antes que si mete la máquina por este sitio, me va a tener usted que llevar por delante-. Mané entendió a las claras lo que le decía el chaval, y quiso ponerlo a prueba arrancando el motor de la cosechadora y maniobrando hacia los lados para meterle miedo.

Sin embargo Oti no se inmutó.

Después Mané puso la máquina frente a éste. El aspecto estrambótico y horrible de la máquina hizo que Oti sintiera pavor y escalofrío.

-"¿De verdad que Mané está dispuesto a arrollarme como un criminal?"-se dijo.

"Pues no, no me moveré". "He pensando toda la noche que esto me podría pasar, y me he jurado a mí mismo que resistiría a toda costa para que no conviertan a esos pollitos en salmorejo".



Mané hacía ruido acelerando el motor de la cosechadora para intimidar a Oti. Así estuvo provocando momentos de tensión hasta que le dio por arrancar, dirigiendo al monstruo en línea recta hacia el muchacho. Oti cerró los ojos y no se movió. El mastodonte mecánico se paró a uno dos metros de él.

Cabreado, Mané bajo del artilugio echando maldiciones de todo tipo, y con la aparente intención de ir a pegar a Oti, que amparado detrás de sus brazos e invadido por el pánico, sólo acertaba decir:

-¡No me pegues! ¡No los mates! ¡Déjalos en paz!
¡Ay!

Mané, que en su vida se había encontrado en una situación tan embarazosa, se frenó, sintiendo compasión por el chico.

Se oyó una voz no muy lejos de ellos-¿Qué ocurre, Mané?, ¿Qué le pasa a Oti?-. Era Gervasio, quien cuando iba por la carretera, y pasaba por las inmediaciones de la linde de la finca de Mané y Enrique, se acordó del conflicto con las avutardas y paró su coche para observarlas.

-Os he visto a lo lejos con mis prismáticos y me ha extrañado que Oti estuviera aquí, y he decidido acercarme por si pasaba algo.; y parece que no me he equivocado, ¿verdad?-

-Es que desde ayer, este chico me tiene quemado- dijo Mané exaltado. -Y en el fondo comprendo que le haya cogido tanto cariño a esos pájaros, si lleva tanto tiempo observando; y máxime, si es verdad que ha visto nacer a esos pollitos. Pero el trabajo es el trabajo. Y el dinero es el dinero. Y yo no puedo despilfarrarlo.

-Eso es verdad, Mané. Pero las cosas no son de una sola manera- dijo Gervasio.

-¡Qué quieres decir con eso?- interrogó Mané.

-Lo que quiero decir, es que ayer te di una información para resolver el problema de otra manera.

-¿Te refieres a una posible compensación por parte del ayuntamiento por proteger a estas aves?

-Si. A eso me refiero. Todo es cuestión de llegar a un acuerdo.

-Enrique no quiere saber nada de eso. Además, seguramente no te darán ni para pipas-dijo tajante Mané.

-Tú qué sabes. A lo mejor os conviene.

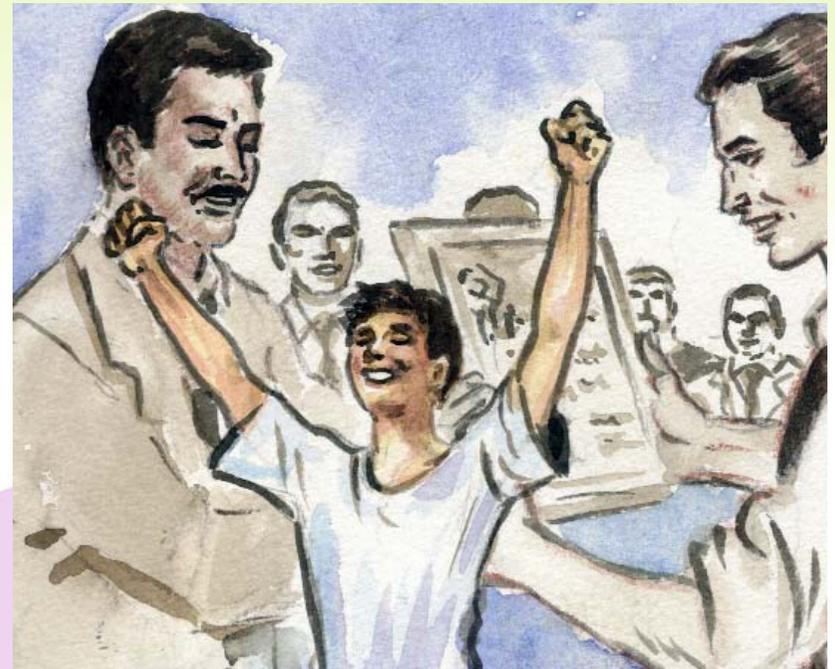
Mientras hablaban, Oti se mantenía a la expectativa. No sabía muy bien a qué se refería Gervasio, pero comprendía que lo estaba ayudando.

-Vamos a ver, Gervasio-dijo muy serio Mané. ¿Tú eres capaz de explicarle a Enrique lo que me propones y convencerlo?

-Hombre, convencerlo no sé si podré; pero explicárselo lo haré con mucho gusto, respondió Gervasio.

¿Consiguió Gervasio convencer al padre de Oti, y por tanto, que los pollitos de la avutarda Crocanti se salvaran? Ahora mismo te lo cuento.

Gervasio, medió y gestionó para Enrique y Mané un acuerdo entre los agricultores y el Ayuntamiento de Osuna, para que se respetara el terreno donde las avutardas estaban criando.



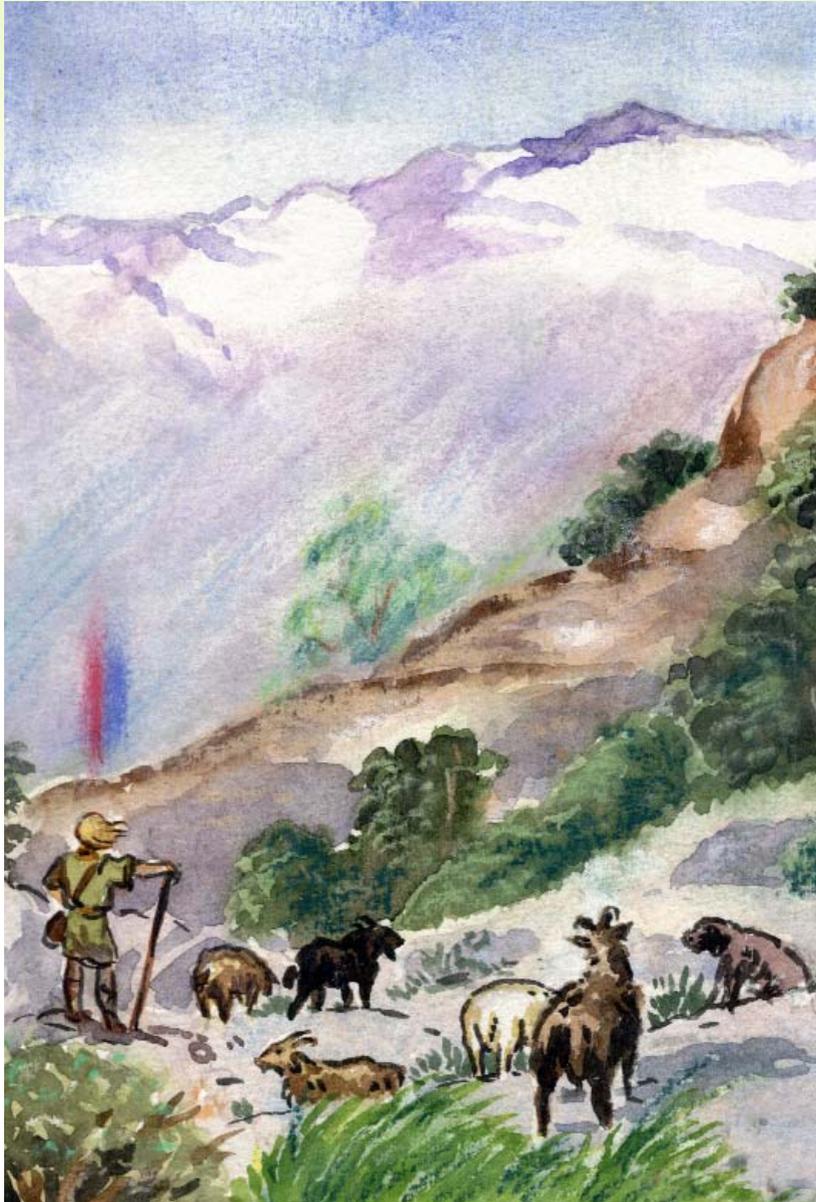
El acuerdo entre otras cosas decía: Se reconoce y premia, a D. Enrique., y a D. Mané., por su buena práctica agrícola, en pro de la salvación de las avutardas, ave en peligro crítico de extinción en Andalucía...

Con este acuerdo todos quedaron contentos; pero el más feliz fue nuestro amigo Oti, que sin saberlo se había hecho ecologista. Un ecologista ganador cuya "operación triunfo" fue salvar a las avutardas.

Y así fue reconocido en la Villa Ducal de Osuna y su comarca, pues se creó una asociación ecologista que en homenaje a su lucha, adoptó como nombre el del niño. El día de la inauguración de la sede del grupo, lo invitaron para nombrarlo "ecologista de honor". Cuando estaban todos allí reunidos, el joven presidente le dijo que pidiera lo que quisiera, que la asociación quería hacerle un regalo. Oti se sintió abrumado con tantos halagos, y le daba mucho corte referir en público lo que estaba pensando como regalo. El presidente insistió. -Anda, dí lo que quieres; no te cortes. ¿O es que quieres un ferrari?- dijo el presidente bromeando. -No, qué va- dijo Oti. Y le pidió a su interlocutor que se acercara para decírselo al oído. Cuando éste se enteró de lo que quería puso cara de asombro divertido. El público estaba expectante.

-Venga. Diles a los amigos de la asociación lo que quieres, valiente-. Oti lo dudó un momento, pero lo de valiente le picó, y entonces se dirigió a los presentes.

-Sólo quiero que me traigan un helado, pero que sea de Crema Tostada y Crocanti-. La gente se extrañó con tan peculiar petición, pero después lo ovacionaron.



"...Porque hubo una vez en tiempos lejanos de Sierra Nevada, un torbellino de viento y nieve, que a su paso abrazaba los árboles y las rocas. El torbellino daba vueltas y más vueltas, y parecía buscar algo, o algún lugar en dónde quedarse. Así fue.

Durante un buen rato, y sin perder su fuerza y como si de un taladrador se tratara, hizo en el suelo un boquete por el que podía entrar una persona. Cuando el brío del torbellino se apaciguó, quedó al descubierto una cosa de forma alargada, no más grande que el dedo meñique de un zagal, y que parecía tener vida. De unos puntos azules y rojos que tenía en sus lados, surgió como plantado en la tierra un haz de luz que combinaba esos colores.

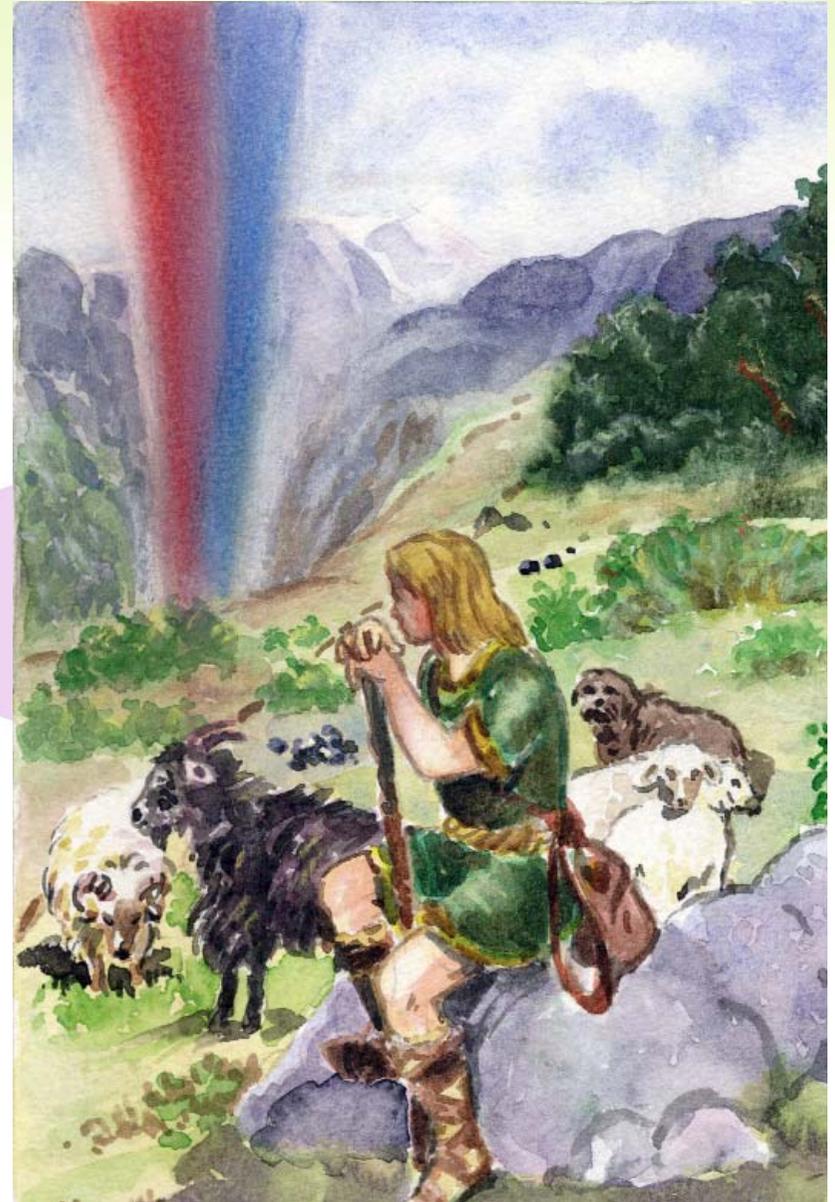
Llegó el invierno, y el hoyo donde se encontraba la extraña planta quedó tapado por la nieve, y el azul y el rojo desaparecieron. Luego llegó la primavera y la nieve se derritió apareciendo de nuevo el raro espécimen luminoso. Durante muchas, muchísimas primaveras e inviernos, el extraordinario fenómeno se repitió sin que nadie apareciera por el lugar para admirar tan maravilloso suceso.

Hasta que un día Sulayr, un niño de un poblado celtíbero situado cerca de Lanjarón lo descubrió. Este joven pastor hacía una de sus primeras incursiones en solitario a la gran montaña nevada, como responsable de la piara de cabras de la familia.

Al principio Sulayr, sorprendido y miedoso, se mantuvo a cierta distancia, y mientras las cabras pastaban él estuvo admirando, sentado en una piedra, aquel haz de colores que el viento movía como si fuese una candela. Y aunque lo que estaba contemplando evocaba calor, sentía un escalofrío en la espalda.

Cuando bajó al poblado no dejó de pensar en su descubrimiento. Tampoco le dijo a nadie lo que había visto. Estaba tan obsesionado con aquella cosa extraña que, incluso los días que no le tocaba hacer de pastor, Sulayr cogía su honda y subía al monte para contemplar el fenómeno que brotaba de la tierra y que parecía un arcoiris de dos colores.

Mirarlo le producía una fascinación enorme y un inexplicable placer, que le hacían superar su miedo situándose cada vez más cerca.

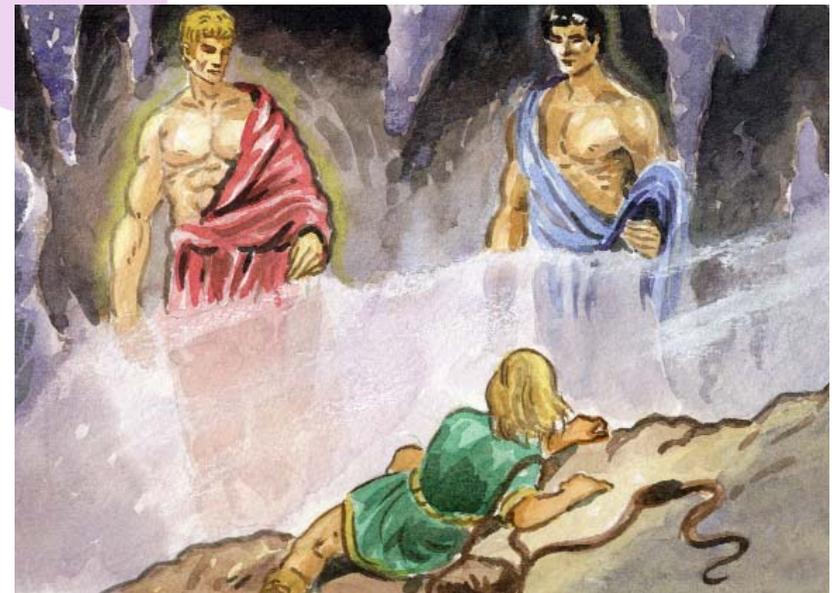


Tan cerca tan cerca, que quiso tocar los tallos de colores; y cuando los tocó, comprobó con sorpresa que su naturaleza no era sólida. Además vio como su mano se transformaba en una extraña membrana blanca y brillante en forma de corazón, y sus dedos en unas finas nervaduras oscuras. Más asustado que nunca, dio un respingo hacia atrás; pero al rato se sobrepuso. Entonces le vino la idea de apoderarse de aquel extraño "vegetal". Estaba convencido de que al tenerlo adquiriría unos poderes mágicos y se convertiría en el brujo más importante de su tribu, y por qué no, también de las tribus de los alrededores. Así que tomó la decisión: al día siguiente arrancaría la insólita planta.

Más temprano que de costumbre llegó al lugar; esta vez sintiendo una emoción especial. No le iba a resultar fácil lo que se proponía, pues el hoyo por donde brotaban los colores estaba situado en una zona muy escarpada y peligrosa. (Este lugar es el conocido hoy como el Tajo de los Machos. Desde allí se divisa un hermoso paisaje coronado por las cumbres del Veleta y el Mulhacén.) Pero su propósito era firme, y no iba a acobardarse.

Con gran entusiasmo metió la mano en el hueco luminoso buscando la raíz de aquella supuesta planta. Pero a pesar del esfuerzo no lograba agarrarla. Cambió de sitio para poder meter el brazo más profundamente, colocándose en una posición más temeraria y con más peligro de caer al vacío.

Entonces sintió que una gran fuerza lo agarraba del brazo, y lo absorbía hacia las profundidades, cayendo en una cueva subterránea. Después, se vio tendido en el suelo, y antes sus ojos aparecieron dos figuras gigantescas. Sulayr atemorizado intentó levantarse.



-No temas- dijo la figura que estaba a su izquierda-. Soy el dios Parnasio, hijo de Poseidón, dueño y señor de estas bellas montañas que un día conquisté para gloria de mi estirpe...

-También a mí me pertenecen estas cumbres- interrumpió la figura que estaba en el otro lado-. Soy Apolo, hijo de Zeus. Que la gloria de mi padre reine siempre en ellas, y dé fuerza a mis seguidores. Durante siglos, Parnasio y yo hemos combatido con la pretensión de que uno de nosotros fuera su legítimo dueño...

-Un día- prosiguió Parnasio- Tártaro, dios de los abismos, cansado de nuestra disputa por la conquista de estos territorios, nos castigó precipitándonos a las profundidades más oscuras de la Tierra. Para salir de éstas, Tártaro nos dio una única esperanza: convertirnos en un ser alado, cuyo espíritu fuera el reflejo de la pureza de los paisajes de estas montañas casi siempre nevadas.

-Pero para que esta esperanza- tomó la palabra Apolo- se cumpliera, y la transformación pudiera lograrse, necesitábamos la ayuda de un ser humano.



Durante muchos años en estas fosas abisales estuvimos combatiendo y culpándonos mutuamente por haber caído en tan miserable destino. Tanta soberbia y odio, nos impedían pensar en la esperanza que Tártaro nos había ofrecido...

-El cansancio por tanta disputa inútil- dijo Parnasio-, nos hizo comprender que si hacíamos las paces, tendríamos alguna posibilidad de ser libres.

Te juramos por los dioses, querido joven pastor, que estábamos deseando hacerlas desde hacía mucho tiempo...

-Entonces nos fundimos en un fraternal abrazo. Tan fuerte el abrazo fue, que hizo temblar la Tierra y que recuperáramos nuestros poderes de dioses. De nuestros corazones unidos surgió el haz de luz de los colores que tú viste y nos identifica...

Sulayr contemplaba las figuras de los dos héroes mitológicos como en un sueño. Volvió a intentar levantarse, pero no pudo.

-Nuestros colores-hablaba Parnasio- traspasaron las rocas y llegaron hasta la superficie.

Entonces esperanzados, rogamos a nuestros poderosos padres para que algún día alguien al descubrirlos, quisiera apoderarse de ellos y se cumpliera así el designio de Tártaro. Desde estas profundidades, sentíamos tu respiración cuando venías a contemplar nuestro arcoiris de dos colores, y ansiábamos que ese momento llegara. Hoy nuestro deseo se ha cumplido; pues tú has llegado hasta aquí...

-Decidnos, joven y valiente pastor -continuó Apolo-. ¿Quieres unirse a nosotros, dioses del Olimpo, y convertirte en un ser alado, que habite por siempre en Sierra Nevada, para su gloria y la de tu pueblo?

A pesar de que Sulayr estaba conmocionado, muchos pensamientos fluían en su cabeza con gran rapidez. No obstante, una idea se repetía en su mente: "Habitar siempre. Vivir eternamente; esto sí que significaba ser poderoso". Pero tenía que hacerlo uniéndose a Parnasio y Apolo... y transformándose en un ser alado; condición ésta que no sólo no le gustaba, sino que le asustaba. "¿Por qué tengo que tomar esta decisión?", pensó.

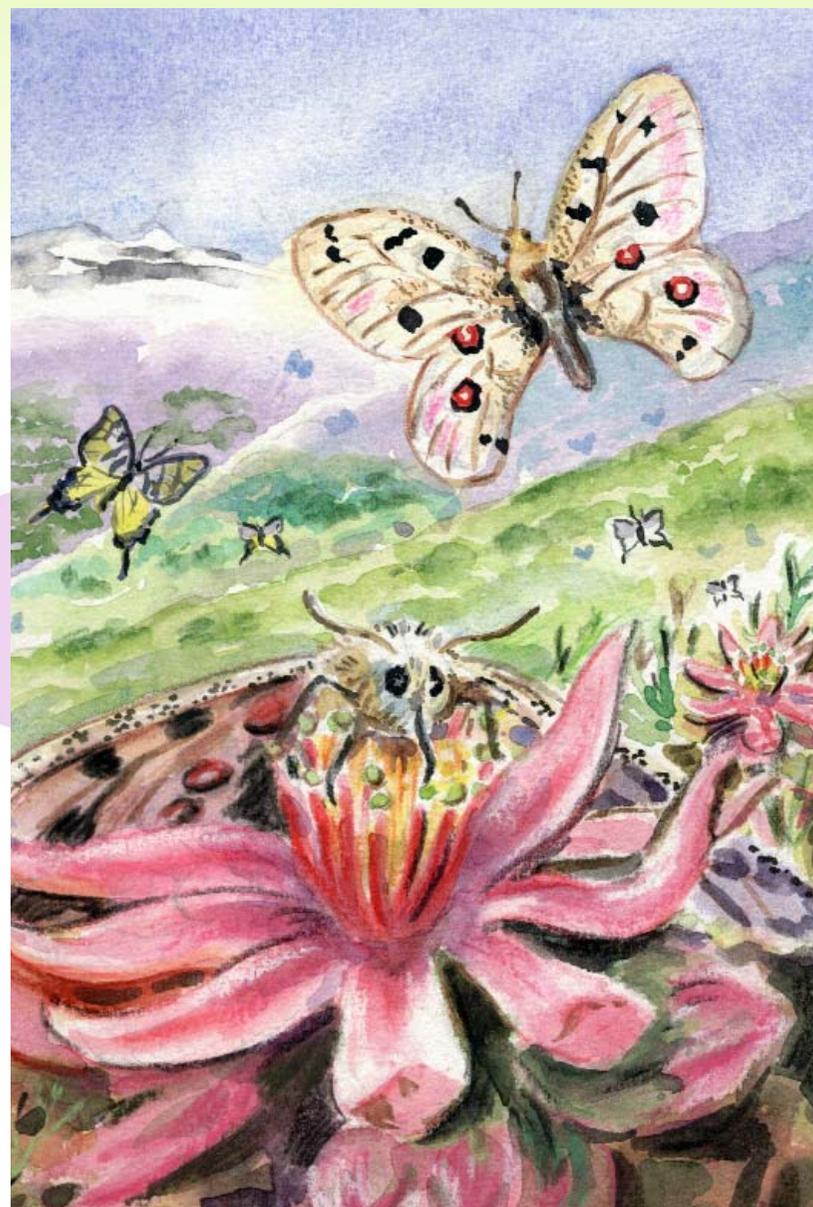
Entonces deseó despertarse de lo que consideraba que era un sueño. "Habitar siempre. Vivir eternamente." Y esta vez, este pensamiento adquirió una fuerza tan extraordinaria que hizo que Sulayr se levantara.

-¿Has decidido?-se oyeron las voces de los dos dioses retumbar al unísono en la gruta.

-"Acepto"-dijo Sulayr-. Al instante, Parnasio y Apolo se juntaron con él, envolviéndolo con sus extraordinarias capas plateadas, y los tres hicieron una mágica metamorfosis, creando una crisálida luminosa, de la que pasado un tiempo nació una mariposa blanca.

-¡Vuela! ¡Vive!-Escuchó decir a coro a Parnasio y Apolo, y ya nunca más oiría sus voces.

Durante unos instantes dudó si podría volar. Sin embargo el flujo de la sangre por sus alas hizo que estas se desplegaran, mostrando sus dibujos y las motas negras y rojas anaranjadas que las adornaban; y en el espacio infinito quedó plasmada toda su belleza. Entonces se sintió feliz y maravilloso, y voló. Voló y voló...



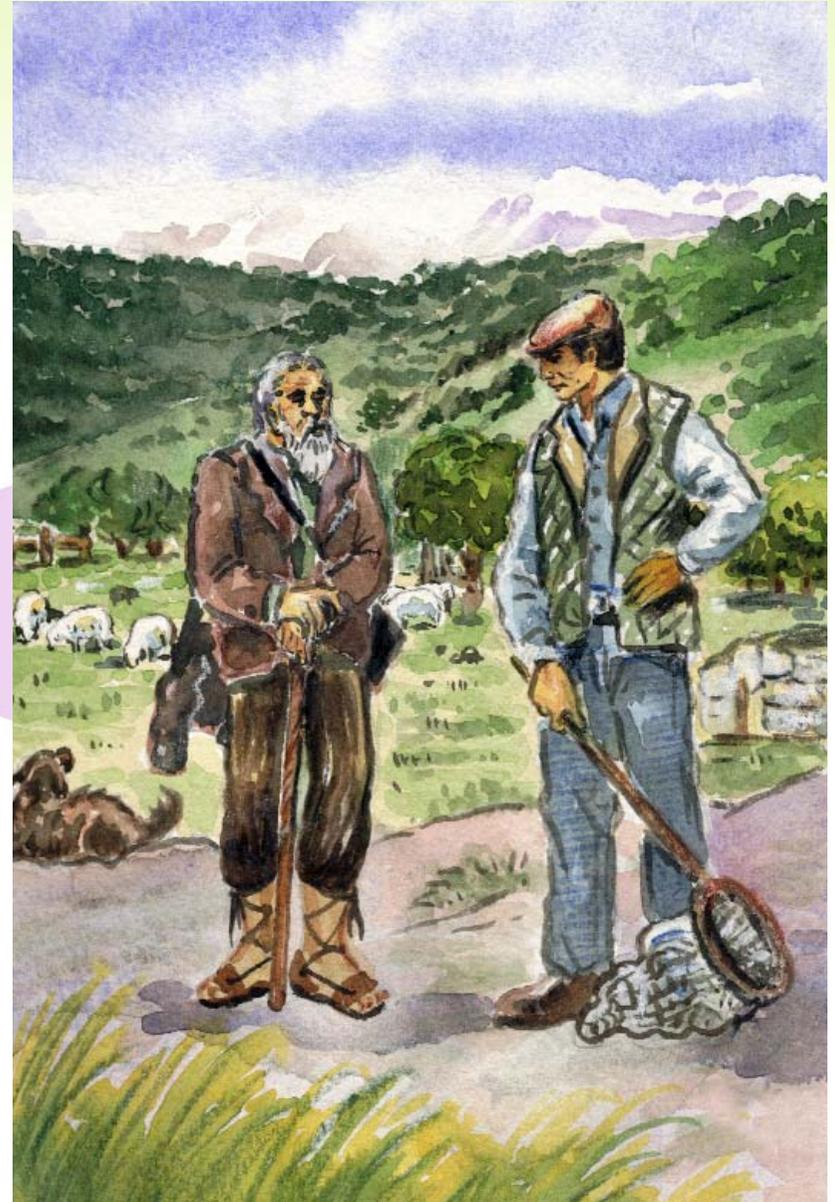
Desde ese apoteósico día, Sulayr, y los espíritus de los dioses Parnasio y Apolo, quedaron transformados en una de las especies de mariposas más bellas y hermosas de las que habitan Sierra Nevada.

Y ocurrió otro acontecimiento importante para este ser alado. Un hecho milagroso propiciado por la sabiduría de Gea, la diosa de la Tierra.

Creada esta mariposa por la gracia de la unión de dos dioses y un legendario niño andaluz, quien predominaba en ella era la naturaleza humana de éste; que como tal ser vivo, tenía que alimentarse.

Quiso entonces la diosa Gea, agradecida por la presencia de este nuevo ser que adornaba su aire, ponerle en su camino una planta esencial para su supervivencia: la Siempreviva.

La siempreviva es una planta cuya flor en forma de roseta, mantiene sus hojas siempre verdes. De ahí su nombre. Aquel suceso hizo que los destinos de estas dos especies tan distintas ellas, estuvieran ligados para siempre; pues las dos se necesitan mutuamente para vivir...



Así que cuando usted, amigo coleccionista-, le dijo el viejo pastor del pueblo de Pampaneira-. vea una mariposa Parnasio Apolo libando con su espiritrompa sobre una Siempreviva, y la vaya a coger, antes de echarle la red, mírela bien; pues además de estar contemplado una hermosa escena, verá también unos ojos rojos anaranjados que le miran. Esos ojos-continuó el viejo pastor-, son el reflejo de su naturaleza humana. Nunca lo olvide...

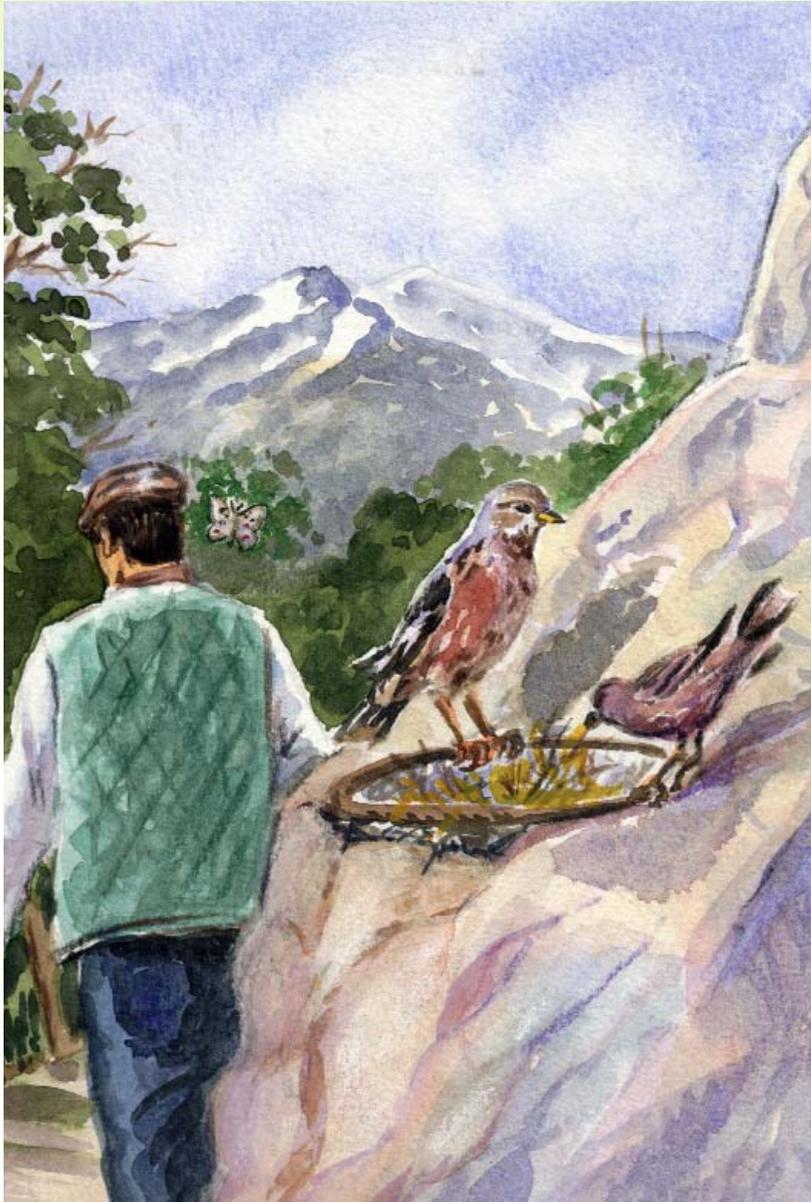
Perdóneme usted amigo si lo he entretenido demasiado tiempo; pero me parecía importante que conociera esta historia. Ha sido un placer conocerle."

El coleccionista se quedó fascinado y estupefacto por la historia que sobre el origen de la mariposa Parnasio Apolo, el viejo pastor le había contado. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza, que su naturaleza pudiera poseer un alma humana. Pero así era. O al menos eso era lo que le contó el viejo pastor, que además, se consideraba emparentado con aquel niño celtíbero. Abrumado, se dijo a sí mismo: "Y eso que sólo me he dirigido a él para preguntarle si había visto por el lugar mariposas blancas con puntos rojos en sus alas."

Quiso convencerse de que todo ello no era más que una leyenda. Un "cuento chino" de un pastor chiflado que tenía ganas de evadirse de su aburrimiento. No obstante, después de escuchar aquel relato, sus sentimientos eran contradictorios, a pesar de que él no creía mucho en esas cosas. Pero el hecho de pensar que atrapar una de esas mariposas podía suponer acabar con una vida humana, le hacía estremecerse y le daba tristeza; y luchaba para convencerse de que sólo era una leyenda más de las que se cuentan en los pueblos de Sierra Nevada.

Sin embargo, le vino al pensamiento una idea con extraordinaria nitidez. Que mientras él ejercía su afición de coleccionista de mariposas, le estaba quitando a la Naturaleza la única belleza que posee valor en sí misma. La belleza de lo que está vivo.

Entonces miró con desdén el cazamariposas, sin saber qué hacer con el artilugio. Las llamadas de unos acentores alpinos cerca de un abeto le sacaron de sus reflexiones, y se dio cuenta de que ahora los miraba de otra manera. El coleccionista disfrutaba con el cortejo que realizaban los pájaros.



- "¡Vuela! ¡Vive" !-recordó exclamándolo al viento. Y miró otra vez, extrañado, el instrumento cazador que tenía en sus manos. Iba a tirarlo por el barranco, cuando pensó en hacer algo mejor. Sobre el hueco de una roca colocó con esmero la tela del cazamariposas, y se puso a observar a los pájaros con el afán de verlos posarse en el nido que había preparado para ellos. El ya ex coleccionista de mariposas no pudo ver cumplido su deseo. Sin embargo una vez que éste se fue del lugar, los acentores alpinos lo tomaron como su nido.

Pero el ex cazador de mariposas no se fue de las cumbres de Sierra Nevada frustrado. Cuando iba bajando la gran montaña, una mariposa Parnasio Apolo, que pasaba por detrás de él, se le poso suavemente en la oreja. Al sentir el cosquilleo hizo el ademán de arrascarse, y entonces se dio cuenta del hecho. Emocionado, lloró de alegría y ruborizado se dijo:

"Este aire frío me hace llorar."

Si algún día, cuando visites las inmensas cumbres de Sierra Nevada ves unos ocelos rojos anaranjados que parecen mirarte, fíjate bien; pues puedes

estar ante una Parnassius apollo. Un ser alado nacido de los espíritus de dos dioses y de un legendario niño andaluz.

Ayúdanos a conservarla.

FIN



Estaban a poco de cumplir un año de vida, y su madre ya no les prestaba la misma atención y cuidados que antes. Además la notaban rara desde hacía varios días. Un macho se iba acercando por el río levantando ostensiblemente su hocico puntiagudo. Cira, la mamá nutria, se percató de su presencia y penetró en el río yendo a su encuentro. Los dos cachorros hicieron el ademán de seguirla, pero su madre adoptó una actitud agresiva contra ellos. Parecía querer que se marcharan. Entonces comprendieron el porqué del comportamiento de su madre.

Cira había entrado en celo, y eso suponía que en sus vidas iba a producirse un gran cambio.

Sí. Había llegado el momento de cambiar de aire. O más claramente: de río. Y por si les quedaba alguna duda, el gran macho estaba dispuesto a quitársela, pues dejó un momento el cortejo con Cira y los persiguió durante unos treinta metros. Cuando cesó la persecución, los dos hermanos estaban subidos en lo alto de un promontorio rocoso; se olisquearon y se sacudieron sus pelajes. Al rato, después de observar de lejos cómo su mamá y el acompañante jugaban con un pez, también ellos se pusieron a jugar, pero distanciándose cada vez más del territorio que los había visto nacer.

Así, con variados y divertidos juegos acuáticos, aliviaron la pena de separarse de su querida madre.

Durante unos días, Cimbre y Cimbra vagaron corriente abajo del río Cala, sin poder quedarse en un territorio concreto; pues las zonas de ribera que exploraban estaban ocupadas, bien por otras nutrias, o por otros animales como el tejón,

la garduña, o el meloncillo. Pero, al fin, parecía que habían encontrado un territorio adecuado para quedarse a vivir. Este lugar había sido la guarida de un tejón, el cual hacía varios días que había "hecho las maletas". Sin embargo, al cabo de dos semanas, Cimbra comenzó a tratar a su hermano Cimbre de una manera agresiva. E incluso cuando pescaban juntos, ésta ya no compartía la presa con su hermano; es más, si podía se la arrebatava.

A tal punto llegaron las malas relaciones, que Cimbra ya no dejaba que su hermano entrara en el interior de la guarida, pues la quería para ella sola. Cimbre comprendió que no tenía más remedio que buscarse otra casa, en otro territorio; y esta escabrosa situación le pasaba dos veces en un corto espacio de tiempo. "¡Qué dura es la vida!", pensó.

Al amparo de la hora crepuscular, se puso a buscar otra guarida río abajo no sin cierto miedo, el cual superaba jugando o pescando ranas. En su búsqueda, Cimbre descubrió que el río se dividía en dos vertientes, y abandonando la principal, el río Cala, siguió su singladura aguas abajo, por un

estrecho y desconocido arroyo que descendía en cascadas de más de un metro, por las que se deslizaba jugando, alejándose más y más de los sitios conocidos.

Aquella ribera olía de una manera diferente y le gustaba. Y si no encontraba grandes impedimentos para quedarse, la iba a adoptar como su propio territorio. Tenía que acompañarle la suerte y comprobar que éste no estuviera ocupado. De todas maneras, estaba dispuesto a luchar contra quien fuera para quedarse en aquel bonito lugar.



De repente, un bullicio diferente al que estaba acostumbrado y el sonido insólito de una campana, le hicieron parar su acción exploradora y ponerse alerta. Nuestro aventurero amigo se encontraba en una zona aledaña al pequeño pueblo de El Ronquillo. La llegada a sus límites no lo amilanó ni le quitó las ganas de seguir explorando. Y encontró sitios estupendos para hacerse la guarida que necesitaba, pero no quiso quedarse en ninguno de ellos. Sus ansias por conocer nuevos arroyos se imponía sobre la de encontrar un refugio. Y siguió explorando nuevos territorios, marcándolos con sus excrementos y orina; hasta que el cansancio le pidió echar un sueñecito, y entonces se cobijó en el follaje de unas grandes adelfas.

A la mañana siguiente, el canto de una Oropéndola que le miraba inquieta, lo despertó muy temprano y con mucho apetito. Un gordo y apetitoso cangrejo, una boga y un barbo fueron su desayuno. Después, impaciente por descubrir nuevos arroyos se puso en camino, y al rato, otra vez tuvo la duda de cuál era la corriente que tenía que elegir, pues se encontró con una nueva bifurcación aún más estrecha que la anterior, y casi cubierta de maleza.

Decidió recorrer ésta y dio con el río Rivera de Huelva, dejándose llevar por sus aguas hasta la cola del Embalse de La Minilla.

Cuando nuestra nutria macho contempló su incandescente inmensidad de color naranja, (pues atardecía y la luz del sol se reflejaba en las aguas) se quedó maravillado; y una idea le sobrevino con extraordinaria nitidez. Pensó que más allá de la inmensidad de las aguas del embalse, tenían que haber otros frondosos bosques de ribera, bonitos arroyos con abundante pesca y confortables guaridas... Y también jóvenes nutrias hembras de las que poder enamorarse.

"Seguro que más allá, existen esos arroyos", evocó. Pero sabía que su aventura había terminado. Ahora su instinto le decía que había llegado el momento de establecerse en un arroyo y territorio de los que ya conocía.

Sin embargo, a pesar de que tenía que volver sobre sus pasos, Cimbre no abandonó su espíritu explorador, y de regreso se encaminó por la senda de un cauce seco, hasta dar con el pantano de Zufre.

Desde su orilla contempló este bonito pueblo, pero no se conformó con la vista panorámica que le ofrecía, sino que en un alarde de osadía entró al atardecer en él, llevándose una grata sorpresa. Siguiendo el sonido que producía un chorro de agua, se topó con una fuente abrevadero que tenía algunas carpas, y no perdió la oportunidad para darse un auténtico festín. Cuando Cimbre estaba prácticamente satisfecho, la descubrió Eufrasio (Eu para sus amigos y la familia).

-¡Abuelo, ven! ¡Corre!- Gritó Eu desde la misma puerta de la casa.



El abuelo fue todo lo rápido que pudo. Creyó que a su nieto le había pasado algo. Cuando vio de qué se trataba, a Cimbre sólo le quedaba por comerse la cola de una carpa.

-¡Qué animal más valiente!- Exclamó sorprendido.

Abuelo ¿qué bicho es ése?- Preguntó admirado Eu.

-Es una nutria- respondió.

-¿Y es peligrosa?

-No. Pero no te acerques por si acaso-le dijo en un tono protector.

Los gritos y comentarios llegaron a otros vecinos de la plaza, formándose un gran revuelo. Entonces Cimbre, asustado, se fue del pueblo pitando.

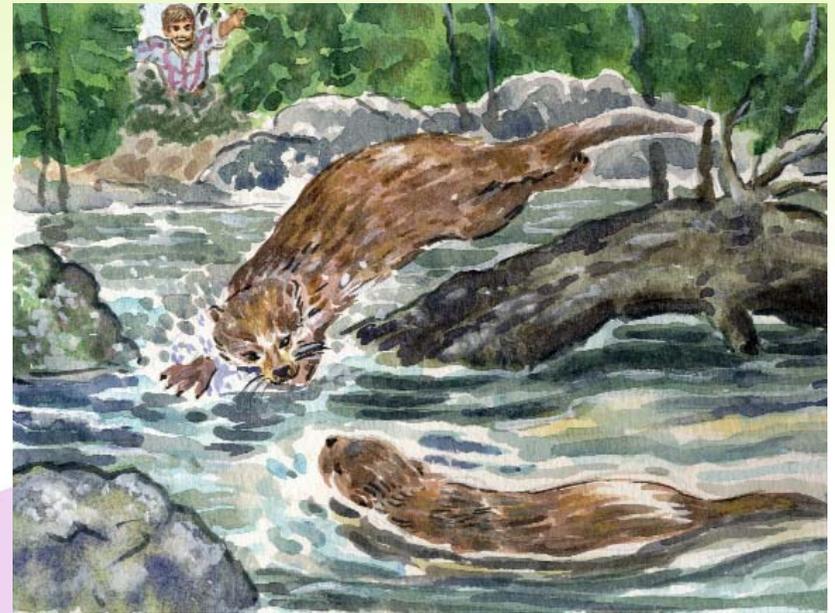
Desde aquel momento, Eu se quedó tan encantado con aquel animal del hocico puntiagudo que pensó que podría tener una nutria como mascota.

"Son más bonitas que los perros", se dijo.

Y al día siguiente se lo pidió a su abuelo con todo desparpajo, como si quisiera que le regalase una bicicleta. Éste le dijo que eso era imposible, y le explicó los motivos. El principal argumento que le dio fue que las nutrias son animales salvajes, que necesitan, para ser felices, vivir en los ríos y arroyos.

Mientras tanto, Cimbre llegó a la zona conocida como el Barranco del Beso. Allí, entre las raíces de una higuera gigante que volcaba su copa hacia el río Beso, construyó su casa-guarida. Aquel era un hermoso lugar para vivir. Además por este arroyo merodeaban un par de nutrias hembras con las que algún día no muy lejano, podría llegar a tener familia.

Durante toda la semana, Eu pensó en la fantástica nutria que había visitado el pueblo y se había comido las carpas del abrevadero. Al llegar el sábado, hizo una excursión en solitario a uno de los arroyos en el que, según su abuelo, vivían las nutrias. Un sonido parecido a ladridos de perros llamó la atención de Eu, que como un explorador indio buscó su procedencia. La casualidad quiso que ese mismo día, también Cimbre conociera a

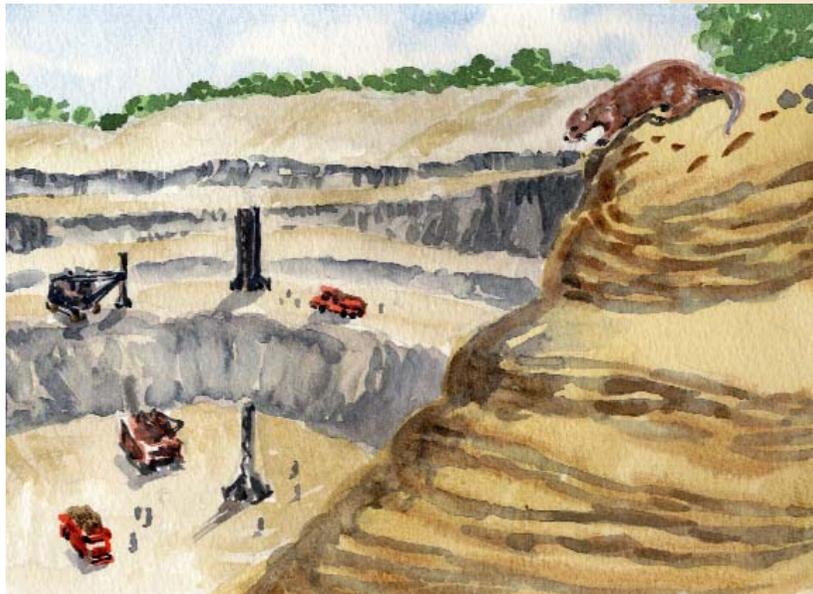


una de las nutrias; y que de ese fascinante encuentro, Eu fuera testigo privilegiado. Aquel fue un rato inolvidable para el chaval de Zufre, pues se lo pasó bomba viendo cómo se divertían los mustélidos dando saltos y zambullidas en el agua, y cómo se olisqueaban amorosamente.

Entonces se prometió que volvería al lugar para verlas de nuevo; aunque no siempre que iba conseguía su propósito. Pero a Eu no le importaba, pues mientras se presentaba la oportunidad de ver a las nutrias, miraba la Naturaleza de una

manera distinta a como lo había hecho antes, pareciéndole ahora más maravillosa.

Pero toda esa hermosa realidad que vivenciaba Eu, y la felicidad de Cimbre, estaban a poco de irse al traste; pues los dos ignoraban el nefasto proyecto que se estaba fraguando en la comarca. Un proyecto ideado por una empresa minera extranjera, la cual tenía previsto extraer cobre haciendo un enorme y profundo agujero en un campo, no lejos del pueblo. (A este tipo de mina se le llama de "cielo abierto", y son las minas que más contaminan y destruyen el Medioambiente.)



Todo comenzó una mañana pavorosa para todos los bichos vivientes. La primera de las explosiones fue enorme, e hizo temblar la tierra en varios kilómetros a la redonda. Después de la gran explosión, los estallidos se produjeron casi de continuo. Las aturdidas especies que habitaban la zona no sabían qué estaba pasando. Aquel día Cimbre apenas durmió, ni tuvo ganas de pescar o jugar en el río. El suceso había roto la armonía natural de aquellos parajes, transformando el cielo azul en una gigantesca burbuja opaca de color amarillento. La situación empeoró en los días venideros; pues la bola de polvo iba en aumento, creando una sensación de ahogo difícil de soportar.

Al atardecer del quinto día, Cimbre, en un alarde de valentía quiso conocer el origen de tan ingrata situación, y se dirigió río arriba y desde lo alto de una de las escombreras de la mina, miró estupefacto la gran hondonada circular, parecida al cráter de un volcán apagado, que habían producido las explosiones.

A su memoria llegó la imagen del lugar, recordándolo como un sitio hermoso en el que había una abundante arboleda de fresnos, adelfas, chapa-

rros, y zarzamoras. ¿Qué estaba ocurriendo allí para tamaño destrozo? ¿Quién o qué había provocado aquella hondonada mayor que una plaza de toros, y que parecía conectar directamente con las puertas del infierno? No comprendía nada de lo que veía. Ni siquiera cuando levantaba ostensiblemente su puntiagudo hocico aclaraba sus ideas.

La escena se completaba con la presencia de unas extrañas máquinas, estructuras de hierro como torres, y cajas apiladas de madera de casi un metro de largo. Sin saber exactamente por qué, aquel panorama le producía una enorme angustia.

Una semana más tarde, su angustia fue mayor cuando descubrió que las aguas del río Beso estaban volviéndose cada vez más oscuras y fangosas, y con un olor rarísimo y desagradable.

Su instinto le hizo suponer que el cambio en las aguas tenía que ver con las explosiones en el cráter arenoso y polvoriento que habían abierto, y que cada día era más grande. Sin demorarse quiso comprobarlo y se puso a investigar.



Estaba en lo cierto. Desde la mina hasta el arroyo habían colocado una tubería de cincuenta centímetros de diámetro, que expulsaba unas aguas cochambrosas y oscuras.

Entristecido, Cimbire pensó en buscar aguas más limpias y se fue más al norte, a un regajo de corrientes suaves, que ya conocía de merodeos anteriores. Sin embargo se llevó una sorpresa mayúscula. El arroyo ya no existía; había desaparecido de la noche a la mañana, y eso que era la estación de lluvias abundantes.

¿Cómo podía haber ocurrido aquello? La respuesta la conoció al poco tiempo. Los de la mina habían mandado hacer un muro que desviaba el cauce del arroyuelo, utilizando su agua para "lavar" los minerales extraídos, que una vez usada para este menester, quedaba contaminada, vertiéndose después directamente al arroyo del Barranco del Beso.

Ahora sí que el bueno de Cimbres se encontraba ciertamente desolado. Su alegría de nutria juguetona se transformó en un profundo abatimiento.

"¿Hacia qué lugar tengo que irme ahora?" se preguntó. "No. No me voy, ni puedo rendirme tan pronto", se dijo. Tenía que luchar por los ríos y arroyos que le daban el alimento y le hacían disfrutar de la vida.

16 Pero no sólo Cimbres y sus congéneres eran las únicas criaturas del río que lo estaban pasando mal por culpa de la explotación minera. También la contaminación afectaba a los habitantes de los pueblos de la comarca; a sus bosques y dehesas, y a todas las especies que vivían en ellos. Las personas comenzaban a tener problemas respiratorios, e igualmente los cultivos y el ganado tam-

bién sufrían las consecuencias de la explotación minera. Así que, después de unos meses de funcionamiento de la mina, el malestar entre la gente se hacía más evidente, y el sentimiento de frustración se palpaba en la convivencia.

"Otra vez nos han vuelto a engañar" Clamaban los paisanos.

17 Pero un día sucedió un hecho "fortuito" que lo iba a cambiar todo. Los operarios que trabajaban en la mina descubrieron que de las cajas en donde se guardaban los explosivos, faltaban cartuchos de dinamita. Pensaron que probablemente habían hecho un mal cálculo al utilizarlos. Cartucho más o cartucho menos, qué importaba. Pero la desaparición de este material continuó. Un día notaron que las cañerías que derramaban las aguas cochambrosas y contaminadas al Barranco del Beso estaban atascadas y contemplaron sorprendidos que los atascos eran producidos por las tapas de las cajas de madera que guardaba la dinamita, y por los cartuchos que estaban faltando. La producción se tuvo que parar para quitar los atascos.

Entonces llegaron a la conclusión de que alguien

estaba impidiendo que la mina funcionara con normalidad, y comenzaron las discusiones sobre quién o quiénes podrían ser los culpables. Las primeras pesquisas fueron dirigidas hacía el abuelo de Eu. "Ese lugareño brutote y protestón", -como lo calificaban los directivos de la mina- que estaba siempre incordiando sobre el daño que la mina estaba haciendo a su huerta y a sus animales, y que no quiso nunca la mina ni en fotografía.

Para los que lo conocían bien, era impensable que esa acción la hubiera acometido el viejo. Entonces... ¿Quién había provocado semejante



lío? ¿Quizá algún trabajador de la propia mina, consciente de los efectos nocivos que ésta estaba produciendo? ¿O un cabrero cabreado?

El causante no fue ninguno de ellos. ¿Sabes quién fue? Sí; has acertado. Lo hizo nuestro intrépido Cimbre.

Eligió las cajas de los cartuchos de dinamita, no porque entendiera que era el mejor material para taponar los sucios tubos, que tanta suciedad estaban echando en su arroyo, sino porque las explosiones lo estaba volviendo loco. La tarea la comenzó solo, pero luego fue ayudado por todas las nutrias.

Sólo hubo una persona que sabía lo que estaba ocurriendo; y ese era nuestro amigo Eu, quien en su empeño por ver cada vez más de cerca a las nutrias, fue cogido "in fraganti" a escasos metros de una de las tuberías atascadas, y supusieron que él era el responsable.

Salvo Eu, a las nutrias no las vio nadie, pero a él sí; aunque lo soltaron después de las pertinentes diligencias.

La noticia de que había sido el chaval el ejecutor de tan elaborado sabotaje, corrió como la pólvora, y el apoyo hacia Eu por parte de las poblaciones limítrofes a la mina, fue total.

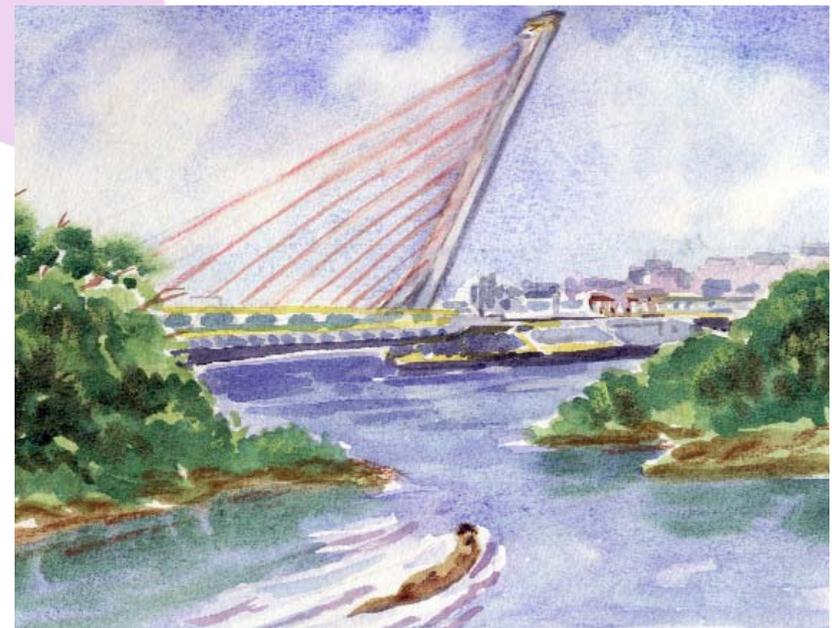
Así que, sin pretenderlo, las anónimas nutrias encabezadas por Cumbre el Intrépido, y ayudadas por un chaval de Zufre, provocaron una movilización general de los pueblos de los alrededores de la mina; a la que se le unió mucha gente de Sevilla capital, que temía que el agua de los embalses y pantanos de los que se abastecía la ciudad, pudiera un día contaminarse por los efectos nocivos que la mina producía.

Las movilizaciones de la gente contra la explotación minera tuvieron su efecto, pues unos meses después se cerró.

Durante las movilizaciones contra la mina, Cumbre siempre estuvo a la expectativa de lo que estaba ocurriendo, y valoró muy positivamente a todas las personas que habían participado en pro de su cierre.

"También la especie humana es capaz de hacer cosas buenas", pensó.

Entonces desde ese momento, quiso saber más sobre los hombres, y se dedicó a observarlos introduciéndose de vez en cuando en los núcleos urbanos de los pueblos de la comarca. Su aventurera curiosidad no se conformó con conocer a las gentes de esos pueblos cercanos, sino que decidió ir más lejos. Quiso conocer a la gente de una gran ciudad, y se aventuró con su demostrada intrepidez por el río Guadalquivir, llegando en su atrevida incursión hasta el entorno del Puente del Alamillo, al que vio como un gigantesco monstruo que daba berridos al viento.



La verdad era que no entendía nada de lo que veía. Pensaba que la "especie urbana" hacía muchas cosas raras. Porque si no... ¿Qué sentido tenía, el hacer una ribera con bloques de cemento? ¿Dónde estaban los árboles, que siempre están en estos sitios? Cimbre no halló respuesta. De todas maneras, por lo que le habían demostrado a él en la lucha contra la mina para salvar los ríos y arroyos, siguió pensando que la especie humana era buena e inteligente. Al menos Eu lo era.

FIN



Vivían en las regiones remotas de los mares en calma. Allí, donde reinaba el dios Nereo, el que les contara en la infancia y pubertad maravillosas leyendas del Guadalquivir; el Río Grande de Andalucía. Con aquellas fascinantes historias les inculcó un anhelo común: Ir a conocer cuando alcanzaran la madurez, a los diez años, el río de sus antepasados.

El momento de partir estaba cerca.

-No lo hagáis-advirtió el viejo Nereo-. Ese río ya no es como era antes. Ahora está plagado de trampas peligrosas puestas por los hombres. Podéis pagar con vuestras vidas tremenda osadía.

Neso y Turio reflexionaron el consejo del sabio de los océanos tranquilos. Sin embargo, la advertencia de los enormes peligros que podían correr les incitaba aún más a hacer la aventurera travesía. Además, Neso y Turio estaban enamorados y anhelaban que su futura prole también naciera donde ellos habían nacido, aunque no guardaban recuerdos de cómo era el río. Lo que sabían de él era lo que su tío Nereo les había contado, y ello hizo que el impulso por

reencontrarse con el río fuera irresistible. Así que la decisión estaba tomada.

Apenas habían salido de las regiones marinas del mítico Nereo, les acechó el primer peligro. Un tiburón blanco tenía la intención de convertirlos en su principal comida del día. Con rapidez y habilidad, ambos esquivaron y despistaron al depredador.

Una criatura a la que conocían de pasearse por el reino de los mares en calma; lugar en el que por "Mandato Marino" del pacífico dios Nereo, los



seres del mar hacían las paces, y no se atacaban los unos a los otros.

Pero la verdad era que Turio y Neso no esperaban tanta agresividad del tiburón, al que habían conocido pacífico y tranquilo en ese reino. Ahora ya sabían que fuera del reino de su tío, los grandes depredadores iban a ser uno de sus potenciales enemigos.

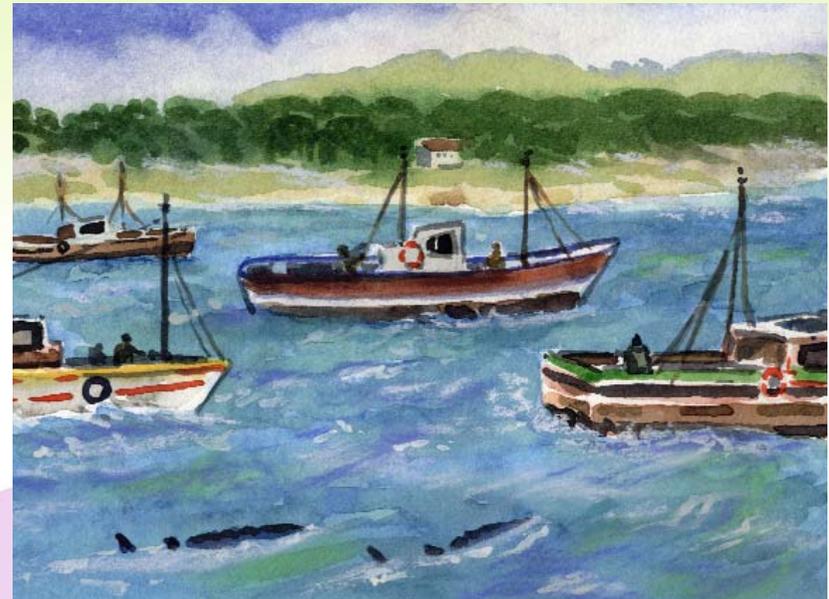
Después del incidente con el tiburón, entraron en una zona de aguas en la que todos los seres marinos tenía una actividad frenética, en busca de su alimento.

De repente, las aguas temblaron como sacudidas por un maremoto. Neso y Turio pensaron que por allí se estaba aproximando una pacífica ballena yubarta, o un cachalote. Pero se equivocaron. El extraordinario zarandeo de las aguas era producido por un enorme barco, cuya quilla profundizaba en el mar unos cinco metros. Era la primera vez que se encontraban con un monstruo de estas características, y tan inesperado encuentro amenazaba con destrozarlos. Con agilidad, los dos esturiones recalaron hacia aguas más profundas,

para evitar la temible embestida del insólito monstruo. A sus mentes llegó el recuerdo de las palabras del viejo Nereo sobre los peligros que podían encontrarse en su singladura. Sin embargo, nunca les advirtió de que les podía aparecer este enorme "monstruo sin rostro". Y este encuentro con el transatlántico, los hizo ser más concientes de que su aventura iba a resultar más peligrosa de lo que creían.

Ya en aguas más cercanas a la costa, se vieron sorprendidos por un trasiego de "criaturas sin rostros" de tamaño más pequeño que el anterior, pero eran más ruidosos. En una acción de osadía, sacaron sus cabezas de las aguas y comprobaron que encima de los extraños gigantes posados en el mar, habían hombres agitados que vociferaban al viento. Se habían topado con una flotilla de barcos de pesca.

Toda aquella agitación les producía miedo; entonces para escapar de allí, realizaron una inmersión permaneciendo en aguas profundas, a ras del fondo marino un día entero. Al siguiente día subieron cautelosos a aguas casi superficiales; pero otra cosa más extraña aún les hizo ponerse en alerta.



¿Qué era aquello? Tenía cierto parecido a la formación que hacían el krill y los pequeños peces, pero esta cosa amorfa no poseía movimiento propio; no era un ser vivo. Aunque sí parecía tener ojos. Unos ojos entrelazados, pero vacíos, que formaban una muralla que se movía alejándose, adoptando una forma abombada.

Neso y Turio comprobaron con asombro, como todos los peces y otras especies marinas que estaban al otro lado de la muralla, eran arrastrados y se agitaban desesperados, pues el espacio

para moverse se iba reduciendo, hasta estar todos prácticamente amontonados. Al instante comprendieron que aquella cosa los tenía atrapados.

La situación les horrorizó. ¿Acaso ésta era una de las trampas de los hombres de las que les había hablado Nereo? El pánico les hizo penetrar mar adentro, buscando una zona más segura. Entonces sus cabecitas de esturiones llegaron a una conclusión: Que las "criaturas sin rostros" eran más espantosas y peligrosas que el famoso tiburón blanco. No obstante, no iban a desistir en el empeño de ir al Guadalquivir; pues una fuerza misteriosa les empujaba a seguir.

No pasó mucho tiempo hasta que la pareja de esturiones sintió unas corrientes de aguas suaves y cálidas, que olían de una manera peculiar. Sus cuerpos se estremecieron. Estaban en la desembocadura del Guadalquivir, y la emoción de encontrarse con el río que los había visto nacer los estimulaba de una manera especial. En estas aguas permanecieron un tiempo, pues sus cuerpos tenían que adaptarse al cambio de las mismas para hacer la travesía por agua dulce.

Durante ese tiempo de adaptación, iban y venían de un lado hacia el otro, cruzándose como en un baile por sevillanas. Con esta euforia penetraron en el río de sus sueños.

Pero al poco de estar en sus aguas se percataron que tenían unas sensaciones algo desagradable: el agua se tornaba cada vez más oscura y de una textura grasienta que se pegaba a la piel. Parecía imposible seguir río arriba con esas condiciones. Y si nadaban en las profundidades, aún era peor, por el fango negro y grasiento.



Las sensaciones que les producían, poco tenían que ver con sus recuerdos, marcados en su biología de esturiones. Ni siquiera, con las fantásticas y hermosas historias que sobre el río Nereo les contó, y que ellos confiaban en vivenciar. Además se preguntaron: ¿Cómo iban a sobrevivir sus vástagos en aguas tan sucias ?...

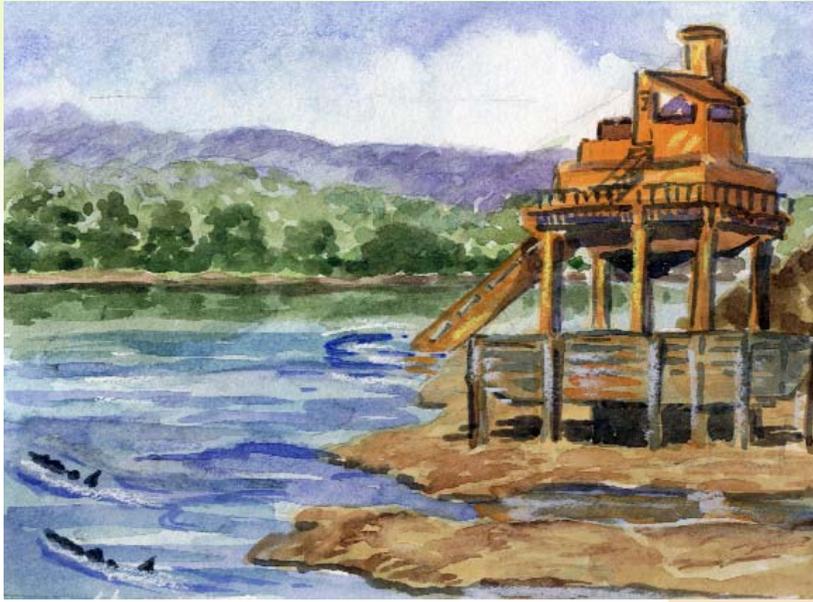
Una enorme decepción se estaba apoderando de Turio y Neso, de tal manera, que reflexionaron si debían continuar o regresar a las regiones de Los Mares en Calma, el reino de su tío Nereo. La voluntad de lucha por la supervivencia la tenían intacta. Pero... ¿contra quién había que combatir, si no conocían al enemigo? No había vuelta atrás. Y aunque murieran, su intento por conseguir perpetuar su especie, iba a formar parte de las leyendas míticas del río. Este sublime pensamiento les reconfortaba. Así que, a pesar de que la suciedad del agua les quitaba energía, aún tenían mucha vitalidad y confianza para llegar a los desovaderos, situados más allá del pueblo de Alcalá del Río, Sevilla; y sobre la gravilla del fondo del río poner los huevecillos. Entonces, imploraron la ayuda de los dioses y de los espíritus protectores de la Naturaleza.

Con habilidad en el nado, Neso y Turio siguieron río arriba para alcanzar el anhelado objetivo.

Un rayo de esperanza les llegó cuando sintieron sobre sus cuerpos una corriente de agua más limpia y suave.

El agua provenía de pequeños arroyos y riachuelos que desembocaban al Guadalquivir. Los dos esturiones aprendieron a encontrarse con estas salvadoras aguas. Neso y Turio creyeron que estos senderos acuáticos que favorecían su incursión, los había mandado el dios Fauno para ayudarlos. No obstante, tenían que volver de vez en cuando a tomar aire en la superficie, porque la contaminación del agua era una constante. Por lo tanto, el desgaste y el sufrimiento de los dos legendarios hijos del Guadalquivir continuaban. Pero seguían; aunque la grasa producida por los combustibles de los barcos que hacían travesías por el río, y los desechos industriales utilizados en la agricultura se les acumularan en la piel, impidiéndoles la transpiración.

Ya les faltaba poco para llegar a las inmediaciones del pueblo de Alcalá del Río, cuando se toparon con una nueva trampa.



Una mastodónica "criatura sin rostro" que poseía un enorme tentáculo en forma de tubo, que removía y succionaba la gravilla del fondo del río, produciendo una tenebrosa turbulencia que alteraba el entorno y aniquilaba cualquier animalillo que se acercara por allí.

Y otra vez, en un alarde de valentía, fueron capaces de encontrar una vía de agua para escapar de la barbarie que el "horrendo bicho chupador de grava" estaba cometiendo. Pero, a pesar de superar esta temible trampa, una escalofriante inquietud

se estaba apoderando de ellos. Pues Turio y Neso pensaron que la zona elegida para desovar pudiera haber sido destruida por otro monstruo chupador. Entonces ¿qué iban a hacer? Resolver esta interrogante sólo tenía un camino: Seguir.

Más adelante esa inquietud quedó al margen, cuando tuvieron que enfrentarse con la situación más complicada que se les presentaba.

¿Qué era aquello que ocupaba toda la anchura del río? ¿Acaso el río se acababa allí? Fue tan sorprendente y extraño para sus mentes de esturiones lo que veían, que del espanto permanecieron en el fondo más de una hora. Se habían topado con la presa de Alcalá del Río, que como una auténtica muralla les impedía definitivamente seguir. Sin embargo, unos huecos como toboganes por donde pasaba el agua, les infundieron cierta esperanza para alcanzar lo que querían. Por allí, contemplaron la posibilidad de superar la presa y pasar al otro lado. Pero desgraciadamente, nuestros valientes esturiones se volvieron a equivocar, pues aunque lo intentaron como titanes un montón de veces, fracasaron. La altura y verticalidad de aquellos toboganes eran insalvables.



Comprendieron entonces que su odisea por llegar al lugar en donde querían que naciera su prole, había terminado. El vaticinio de Nereo se había cumplido. Todas las trampas colocadas por los hombres en el Guadalquivir habían hecho imposible que se cumplieran sus deseos.

Pero la historia de Turio y Neso no terminó aquí, pues los dos esturiones se encontraron con una mano salvadora. O mejor dicho, paradoja del destino: con una red. La red de Ramiro, uno de los pocos pescadores que todavía se dedicaban a la pesca en el río, y que casi siempre faenaba acompañado de su hijo Agustín.

Habían salido con la barquita esa mañana, cuando de repente Agu, divisó por la proa dos grandes peces que en la superficie del agua, parecían respirar con dificultad.

-¡Papá! ¡Papá!-Gritó entusiasmado el chico- ¡Mira que "pescaos" más grandes!

Ramiro dejó de preparar unos aparejos de pesca, y en tres pasos se colocó al lado de su hijo.

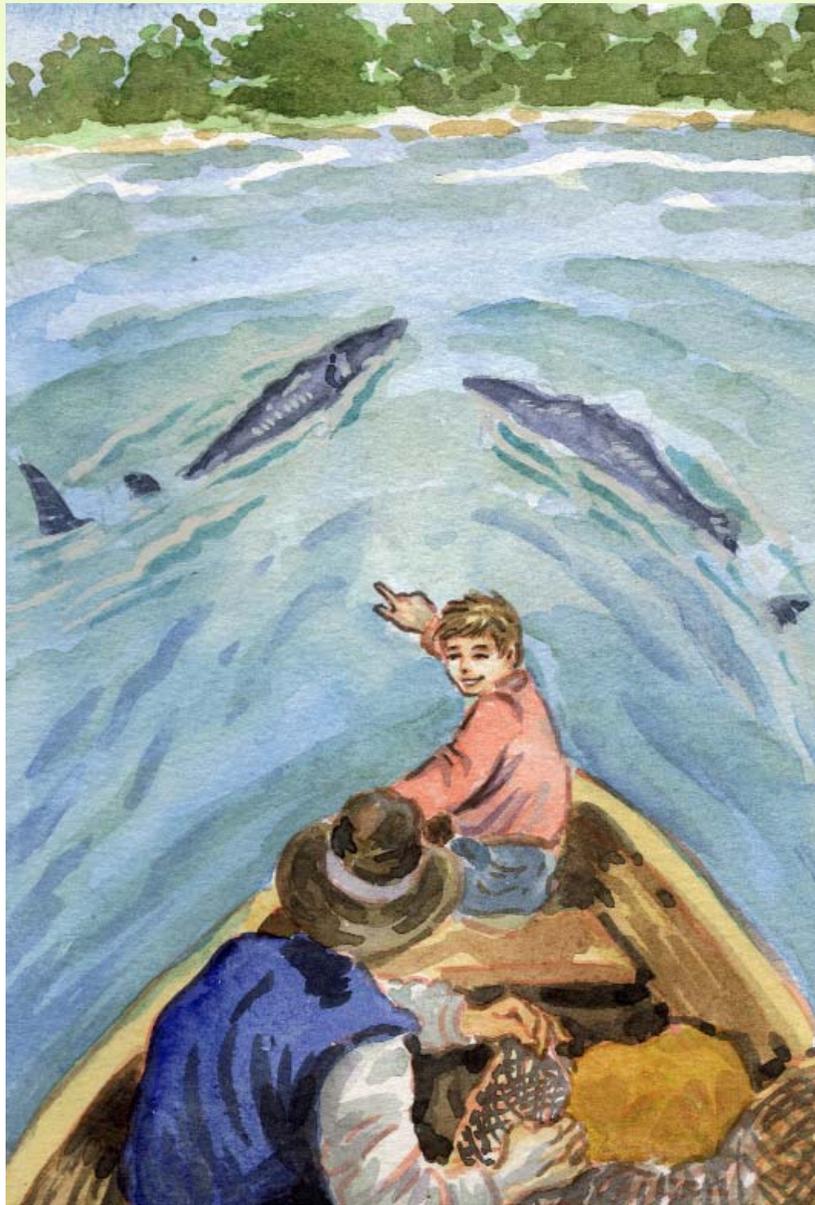
¡Esturiones!-exclamó sorprendido. Tan extraño le resultó el nombre a Agu, que preguntó a su padre:

-Son peces ¿verdad papá?

Sí hijo; son peces. Unos peces muy raros, que habían desaparecido del río- contestó Ramiro sin dejar de observar los movimientos de los legendarios esturiones. El niño caviló la respuesta.

"Desaparecido..."

Ramiro no lo dudó más y se fue hacia la popa de la barca, y cogió una red con las dos manos, y le dijo a su hijo que se callara.



Preparado esperó el momento oportuno para lanzar con fuerza y precisión la red, que se extendió como una gran sábana en el agua. Los dos esturiones quedaron atrapados, sin ofrecer excesiva resistencia; algo que produjo extrañeza a Ramiro. Rápidamente amarró la red a un madero horizontal colocado de babor a estribor en el centro de la barca, y le dijo a su hijo:

-Vámonos.

-¿Ya?- respondió sorprendido Agu. Ramiro presentía la importancia del hallazgo.

Al poco tiempo llegaron a un pequeño embarcadero, pero no sacaron la red del río. El pescador le dijo a su hijo que se quedara allí vigilando, mientras él llamaba por teléfono desde un bar cercano al embarcadero. La llamada iba dirigida a un amigo suyo empleado del ayuntamiento, que recibió la noticia con alegría.

"Vete para el barco, que ahora mismo llamo a los de Medio Ambiente"- le dijo con cierta desconfianza por que fuese sólo el niño el que estuviera vigilando la valiosa pesca.

-Bien; allí te espero.

El bueno de Agu cumplió a rajatabla la orden que su padre le había dado, y no se movió ni un palmo del sitio. Parecía una tarjeta postal.

Hasta que sintió las pisadas de su padre en las tablas del embarcadero.

-¿Qué pasa, papá ?-preguntó al verlo-. ¿A quién has llamado ?

Ramiro le explicó a su hijo la importancia ecológica que tenía la pesca de los dos esturiones.

-¡Bieeen ! ¡Y lo he descubierto yooo !- gritó alborozado. Su padre preguntó como se encontraban los esturiones, pero Agu ni se enteró de lo eufórico que estaba.

Los expertos de la Consejería de Medio Ambiente, acompañados del amigo de Ramiro y del alcalde de la localidad, tardaron más de una hora en llegar al embarcadero. Cuando vieron en la red a los dos esturiones se sintieron entusiasmados.

-Le felicito caballero-dijo uno de ellos dirigiéndose al pescador-. Esta es la pesca más valiosa que usted ha hecho en su vida ; se lo aseguro. Ramiro se sintió orgulloso, dándole las gracias tímidamente. Y recordó los tiempos en los que con el abuelo de Agu, la pesca de esturiones en el Guadalquivir era algo habitual, y beneficiaba a muchas personas de los pueblos ribereños.

-Gracias; pero todo el mérito es de mi hijo Agustín. Él fue el que los vió-.

La felicitación la hicieron extensiva al chico; además el alcalde le dijo que era el mejor pescador del mundo, lo que puso "colorao" a Agu.

La pesca de la pareja de esturiones tuvo mucha repercusión en los periódicos y en la tele. Los protagonistas del hallazgo participaron en algunos reportajes, y el chaval estaba la mar de contento porque se había hecho famoso, gracias a los legendarios peces.

Estos fueron llevados provisionalmente a unas piscinas ubicadas junto a la presa de Alcalá de Río.

Allí estuvieron poco tiempo, ya que las instalaciones no reunían las condiciones idóneas para el proyecto de reproducción en cautiverio, que querían llevar a cabo los científicos. Se pretendía que algún día no muy lejano, el esturión del Guadalquivir (*Acipenser sturio*) fuera una especie abundante en el río. Y para ello habilitaron una estupenda alberca con alta tecnología, que hiciera posible conseguir la puesta de huevos o freza.

Sin embargo, sabían que el objetivo de la recuperación no dependía sólo de la pareja formada por Turio y Neso. Para alcanzar este logro había que resolver un problema mayor: eliminar las trampas del río puesta por los hombres y mejorar la calidad de sus aguas.

La tarea era hartó difícil. Ya que para ello tenían que realizar una proeza ecológica de enorme envergadura.

Una gesta parecida a la odisea que habían hecho Turio y Neso en su anhelo por encontrarse con el río de sus antepasados, y en el que un día nacieron, y quisieron perpetuar su especie.

Pero en sus sueños imaginaban un Guadalquivir hermoso y limpio, lleno de vida. El Río Grande que les contó Nereo, y que hizo posible el mestizaje de los pueblos que viven en su entorno.

Querían que cuando los jóvenes esturiones fueran al mar, contaran la epopeya vivida por ellos, como una más de las heroicas leyendas del Guadalquivir. No les importaba estar cautivos, ni que sus vidas estuvieran en manos de los hombres. Sabían que las intenciones de estos con su especie eran buenas. Que querían que, algún día, sus descendientes habitaran un río sin contaminación.

Por otro lado, también Agu soñaba algo parecido. Después del extraordinario acontecimiento, estuvo durante largo tiempo contemplando el río esperando ver a otros esturiones. Y un montón de veces se preguntaba :

"¿Volverán los esturiones, el río atravesar?"

FIN



Desde que su amiga Verónica le contara que había conocido a la Princesa Encantada de Cazorla, Rocío fisgoneaba por todos los arroyos cuando iba de excursión. Quería tener la misma experiencia que su amiga; encontrarse con animales encantados del bosque, y hablar con ellos. Tanta era su obsesión, que cuando hacía recorridos por las riberas y era sorprendida por algún animal, fuera reptil, pájaro o mamífero, ella les gritaba: ¡Eh, criatura! ¡Párate! ¡Quiero hablar contigo! Pero ninguno le hacía caso. Tan sólo creyó, una vez, que el milagro iba a producirse.

Fue, cuando un joven y atrevido zorro se paró varias veces, cada vez que Rocío gritaba; mirándola perplejo. La niña pensaba que el raposo quería hablar con ella, pero éste salía pitando cuando se le acercaba.

No obstante, la insistente curiosidad de Rocío tuvo un día su premio. Estaba de excursión por la Serranía de Ronda, cuando paseando por la ribera del Rio Genal, curioseándolo todo como era su costumbre, llegó hasta un talud arenoso en el que había un agujero, no más ancho que su puño, y vio que desde el hoyo se asomaban una especie de rabillos.

Estaba segura de que pertenecían a un ser vivo que había dentro, y quiso saber qué bicho era. Entonces cogió un palitroque y lo introdujo en el agujero con la intención de hacerle un poco de cosquillas, para que se moviera y así poder reconocerlo.

Efectivamente. Aquella cosa viviente reaccionó, pero apenas se movió, y Rocío no pudo distinguirlo. Hasta cuatro veces metió el palito con el mismo resultado.

Pero la niña persistió moviendo el tosco palito más bruscamente, y el animalito desapareció dentro del agujero. De repente, una voz retumbó en la ribera.

-Oye pequeña ¿por qué no te vas a otro lugar y me dejas descansar tranquilo? Con el problema tan grande que tengo, lo que menos necesito es que una niña como tú venga a incordiar-me. Anda nena; vete a coger berros y déjame en paz.

Rocío se quedó perpleja. Pensó que ¡por fin! se había encontrado con una criatura mágica y parlanchina.



Pero... ¿De quién era esa voz? Tal vez, como le ocurrió a su amiga Vero, era una Lagartija de Valverde. No. No veía lagartija alguna por allí.

Entonces no podía estar en otro sitio que en el agujero.

"No me iré sin saber quién está ahí dentro-, se dijo. Y se agachó gritando hacia la madriguera.

-¡Eh! ¡El que está ahí escondido! ¿Eres tú el que me has hablado?... ¡Respóndeme!-. Durante unos instantes hubo un silencio, y tuvo duda. Miró a los árboles, por si el dueño de la voz pudiera encontrarse en la frondosa copa de uno de ellos.

-¿Aun no te has ido?- escuchó decir de repente-. Y al mirar de nuevo el agujero se quedó espantada con lo que veía. Aquel era el bicho más raro que había visto en su vida. Parecía un escorpión, pero era más robusto que éste y de color verde azulado. No, no tenía ni idea a qué especie pertenecía aquella criatura.

-¿Qué te pasa niña? ¿Es que no has visto en tu vida un cangrejo de río?-

Aunque aun estaba asustada, Rocío pensó la pregunta sin atreverse a responder al crustáceo.

"La verdad es que... no sabía que los cangrejos de río existieran", se dijo.

-Bueno, ya has conseguido despertarme ¿Qué es lo que quieres?-. Rocío estaba cortada como un limón. Pues el cangrejo, con sus enormes pinzas y los ojos fuera de la cabeza, le impresionaba.

Además pensó que, aunque se mostraba pacífico, podía atacarla. Un pellizco con aquella especie de ganzúas tenía que doler mucho-. ¿Qué pasa? ¿Te has quedado muda? ¿Para esto tanto incordio?-. Rocío se sintió obligada a responder.

-Perdona. Pero es que...

-Sí, ya sé que soy un bicho muy raro y feo. Pero eso depende de quién te mire. A mí por ejemplo, tú me pareces un ser extraño. Y mira que he visto criaturas raras en este río-. Rocío permaneció callada e inmóvil. Entonces el cangrejo, en tono conciliador le dijo-. Oye no te ofendas; que seguramente para tu gente eres una chica muy linda.

-No, si no estoy ofendida. Lo que pasa es que estoy muy emocionada por conocerte y hablar contigo.

-Bueno, bueno; tranquila que no es para tanto. Pero dime ¿Qué quieres de mí?

-Nada especialmente- respondió Rocío-. Yo no quiero molestarte, ni pretendo hacerte daño. Lo que ocurre es que llevo tiempo buscando encontrarme con un ser como tú. Hasta he pensado que sólo la lagartija que vive en la Sierra de Cazorla era la única que podía hablar.

-¿Te refieres a la Lagartija de Valverde?- preguntó el cangrejo rondeño.

-¡Sí! ¿La conoces?- preguntó Rocío expectante.

-No directamente. ¿Entonces tu eres la niña ecologista con la que se encontró esa lagartija?- interrogó el de los ojos desorbitados saliendo completamente de su escondrijo.

-No. Esa es mi amiga Verónica- dijo con orgullo Rocío.



-Ella fue la que me convenció de que existían en los bosques animales encantados con los que una podía comunicarse. Pero... ¿Y tú cómo sabes que Vero conoció a la Princesa Encantada de Cazorla, si aquella sierra está tan lejos de aquí?-

-Pues lo sé por el rumor del agua ¿O es que no sabes que todos los ríos se comunican?- dijo el cangrejo como regañándola por su ignorancia. De todas maneras, Rocío dudó lo que el crustáceo le decía. Sin embargo cosa más extraña era que estuviera hablando con un cangrejo.

Por lo tanto, el de las patas como garfios le podía estar diciendo una gran verdad.

-Bueno, me voy. Me gustaría seguir conversando contigo y saber de ti y de tu especie; pero me has dicho que estás muy cansado y no quiero seguir molestandote- le dijo Rocío con delicadeza-. Otra vez será. Adiós.

-¡No, no te vayas!-gritó el cangrejo-. Ahora sé que eres una buena criatura y quiero que me ayudes a salvar a mi especie.

-¿Qué te ocurre?- preguntó Rocío.

-Un desastre, querida niña. Pues los cangrejos serranos estamos sufriendo una horrible invasión que acabará con nosotros-dijo el cangrejo con tono desesperado.

-¿Una invasión?- interrogó intrigada Rocío-. ¿Te refieres a los turistas y domingueros que vienen por aquí?

-No chica. Esa gente también a veces nos molesta, pero no son ellos los invasores que te digo.

-Entonces ¿quiénes son esos invasores?-preguntó Rocío.

-Te costará trabajo creértelo; son parientes nuestros-.

Esta afirmación sorprendió a la niña. Ella creía que estas cosas sólo pasaban en las relaciones humanas.

-¿Entonces los cangrejos del mar llegan hasta las montañas?

-No. Con esos primos no tenemos problemas. Ellos no suben hasta aquí; porque sólo pueden vivir en aguas saladas. Los que nos agreden son unos parientes americanos de las tribus Clarki y Lenius-.

El cangrejo percibió que Rocío se interesaba por el problema que le afectaba a él y a los suyos. Dispuesto a no perder la oportunidad - su última oportunidad- de que la chica le ayudara, prosiguió su relato-. Escúchame bien lo que quiero contarte, amable chiquilla. Soy Cebrén, el cangrejo brujo de los arroyos de esta sierra-.



La niña puso cara de asombro-. Una mañana observamos subir por el río, una caterva de estos indeseables primos, y aunque extrañados por su presencia en nuestro río, al principio no nos preocupamos, pues pensamos que venían a visitarnos; y hasta nos alegramos con su llegada. Sin embargo, querida... ¿Cómo te llamas?- preguntó Cebrén, haciendo un inciso en su narración.

-Me llamo Rocío.

-Rocío... ¿Por dónde iba?

¡Ah, sí! Que desgraciadamente nuestros parientes no venían en son de paz, y eso lo comprobamos un grupo de nosotros, cuando fuimos a darles la bienvenida; y vimos estupefactos que por donde pasaban, había desaparecido toda la vegetación que nos servía de alimento, y ocupaban nuestros refugios en los taludes y piedras.

Cuando regresamos a nuestras colonias, les dije a todos, que nuestros lejanos parientes no eran pacíficos; que venían con la intención de apoderarse de nuestros ríos y riberas; y que teníamos que prepararnos para defendernos, si no acabarían con nosotros.

-¿Y qué hicisteis?-interrogó la chavala.

-Pues yo en mi calidad de brujo, preparé un elixir con unas plantas que nacen en la Poza de la Cal, para que los míos fueran más fuertes en el combate.

Aunque no sirvió de mucho para resistir las mortíferas armas químicas que poseían; ya que al sólo contacto con ellos dejaban paralíticos a los míos, y al poco tiempo se morían.

Nuestras bajas han sido numerosas.

-¡Qué horror! - exclamó Rocío, recordando las lecciones de historia sobre las invasiones de los bárbaros del norte que lo arrasaban todo a su paso. Y se sintió solidaria con el cangrejo Cebrén y los suyos.

-Entonces- continuó el cangrejo- ante la situación que estábamos sufriendo, nos refugiarnos en la cabecera del río Genal, e hice un conjuro en un salto rocoso para cortar el río, y así impedir que los invasores rojos subieran en nuestra persecución. El conjuro ha tenido su efecto; pero sólo durará un tiempo y las aguas volverán a correr por el salto rocoso, y otra vez nos atacarán - se lamentaba el crustáceo-. Ahora los de mi especie confían en que yo invente un nuevo elixir que los haga inmunes a las armas químicas que poseen esos indeseables parientes... Pero yo no sé cómo lo voy a conseguir; y el tiempo corre en nuestra contra- se lamentaba Cebrén-. Por favor, Rocío, ayúdame- le suplicó.

-Pero... ¿cómo podría yo ayudarte, contra una invasión tan terrible y agresiva?

-No lo sé muy bien; pero sí sé que tu especie tiene poderes para ayudarnos. A lo mejor uno de vuestros brujos es capaz de preparar la pócima que los cangrejos necesitamos.

-No conozco ningún brujo. Además, entre nosotros los brujos tienen mala fama. Quienes os pueden ayudar son los biólogos.

-Bueno, pues éstos.

-Sí claro. Pero debes saber que si yo cuento a los adultos de mi especie que he hablado con un cangrejo y les explico tu problema, no me van a creer y me tomarán por una chiflada - dijo Rocío como excusándose.

-Pues si tú no me ayudas, será el exterminio para nosotros- dijo Cebrén acongojado.

Un silencio triste se apoderó de la ribera. Rocío miraba el movimiento lento de las antenas de Cebrén, sintiendo su preocupación y amargura.

-Está bien- dijo Rocío en un arranque de osadía.
-Le contaré tu problema a los de mi especie, a ver si pueden ayudaros-.

-¡Oh gracias...! ¡Muchas gracias, Rocío!

-Bueno Cebrén, ahora sí que tengo que irme. Prometo contar vuestro problema a las personas que pueden ayudaros, pero no te aseguro que me hagan caso. De todas formas vendré a verte dentro de unos días, para saber cómo estáis.

Rocío se despidió de Cebrén abrumada por la responsabilidad que había contraído. Se daba cuenta de que en sus manos estaba la posibilidad de salvar de la extinción a muchos cangrejos andaluces.

Cuando se dirigía al pueblo de Igualeja, la andarina Rocío se encontró con un todoterreno parado en un camino forestal, y a dos agentes de medio ambiente comiéndose sus meriendas. Los agentes se inquietaron al ver a la niña aparecer entre los arbustos de la ribera del río Genal, en dirección hacia ellos. Pensaron que la chiquilla se había perdido.

-Buenos tardes-saludó Rocío sin mostrarse nerviosa-. ¿Me podrían poner en contacto con su director?

-¿Nuestro director?- preguntó sorprendido uno de los agentes-. ¿Qué te ocurre? --¿Te has perdido?

-No. no me he perdido. Sé que el pueblo de Igualeja está mas o menos a un kilómetro de aquí.

-Entonces ¿qué problema tienes?

-Yo... A mi no me pasa nada; pero hay una población de cangrejos que vive más allá de la Poza de la Cal que están en peligro.

La respuesta de Rocío extrañó a los dos agentes. Uno de ellos, con la intención de seguirle la corriente, le dijo:

-¿Y por qué están en peligro?

- Porque están siendo invadidos por unos parientes lejanos, que tienen armas químicas y con ellas los están aniquilando- respondió Rocío.

Los agentes se miraron incrédulos, y esbozaron unas sonrisas sarcásticas. Sin embargo, uno de ellos caviló lo que contaba la niña y se percató que había cierta coherencia entre la información

que sobre la mala situación ecológica de los cangrejos autóctonos ellos poseían, y lo que la chiquilla contaba.

Asimismo, la actitud tan seria de aquella criatura, aparecida de sopetón entre los arbustos de la ribera, le hizo reflexionar. Pero... aquello que los cangrejos tenían armas químicas, era demasiado incomprendible.

-Bueno, chica ¿Te llevamos al pueblo y así le cuentas a tu familiares o amigos tu fantástica historia?- propuso el otro agente ignorando y burlándose de lo que Rocío había contado.

Ésta se encogió de hombros y no respondió.

-¿Y dónde dices tú que has visto esos cangrejos?- preguntó el agente que había reflexionado lo relatado por Rocío.

-Bueno, yo sólo he visto a uno.

-Y por ver a uno, te inventas esa historia sobre una guerra entre cangrejos. ¡Qué chica más fantástica eres!-exclamó el agente más intransigente.

-Es que el que yo he visto-, (pensó decir con el que había hablado) es el brujo de las poblaciones de esta serranía - dijo Rocío del tirón.

De nuevo los agentes se miraron incrédulos. Aquello era el colmo de los colmos. La cosa se ponía más tensa. Porque ya no sólo había una guerra de cangrejos; sino que uno de ellos era un brujo. Rocío pensó que estaba metiendo la pata; que no se había explicando bien. Pero es que no podía explicarlo de otra manera.

-Bueno. Vamos a llevarte al pueblo para que te encuentres con tu gente- insistió el agente más severo un tanto mosqueado.

-No, espera- dijo su compañero, que parecía tener más mando-. Vamos a ir al sitio donde dice la chica que ha visto ese cangrejo. No perdemos nada con comprobar si más arriba de la Poza de la Cal queda todavía una colonia de estos. Ya sabes lo que nos informaron en la Delegación de Medio Ambiente sobre el peligro que corren los cangrejos de extinguirse.

-Está bien. Vamos- aceptó su compañero con resignación.

No tardaron mucho en llegar a la zona que les indicó Rocío. Al rato de rastreo, comprobaron que efectivamente había cangrejos, pues vieron a varios. Pero al poco de observarlos, el agente que le hizo caso a Rocío, se percató de que los cangrejos hallados tenían las patas rojas. Se puso unos guantes y cogió uno, mirándolo detenidamente.

-Son rojos - dijo categórico. Rocío no sabía qué importancia tenía eso. Sin embargo se atrevió a decir:



-El que yo vi era verde azulado.
-¿Dónde exactamente lo viste, lo recuerdas?- le preguntó el agente.

-Fue más arriba-respondió.

De repente tronó en la ribera el vozarrón del otro agente.

-¡Ven Ramón! ¡Aquí hay más!-. Los cangrejos que había descubierto este agente estaban situados doscientos metros río arriba, y eran más numerosos.

-Estos son los nuestros- dijo Ramón nada más verlos-. Los de abajo son invasores.

A Rocío se le encendió como una luz, y dijo: Entonces Cebrén tenía razón ¡Qué bien!

Los agentes la miraron, pero ya no extrañaron su comentario. De todas maneras, lo importante era el doble descubrimiento. Por un lado el de la colonia de cangrejos autóctonos, para poderla proteger; y por otro el saber que sus peores enemigos, los cangrejos rojos invasores, estaban a punto de

atacarla.

Con su acción solidaria y ecologista en ayuda de Cebrén y los suyos- pese a lo insólita que era su narración- Rocío había evitado un problema medioambiental de gran envergadura.

Pero como lo prometido es deuda, tres semanas después, Rocío volvió al lugar de su encuentro con Cebrén, el cangrejo brujo.

A su vuelta por la zona comprobó que algunos cambios se habían producido: unos letreros recordaban a la gente que no se pescaran cangrejos y



se respetara la Naturaleza.

Al llegar al sitio, vio a los mismos agentes cerca de la orilla recogiendo unas muestras de agua. Al verla se alegraron.

-¡Hombre, mira quién está aquí! ¡La amiga de los cangrejos! - dijo el agente que se mostrara más "desaborío" -. ¿Vienes a que te cuente otra historia tu amigo el brujo de los correntines de agua?

-No. He venido a ver cómo están los cangrejos- respondió un tanto cortada por el tono guasón en el que le hablaba.

-Los cangrejos están bien. Estamos vigilando que no lleguen los invasores- dijo el agente Ramón con una sonrisa de complicidad-; además parece que ahora que los estamos cuidando, hay más-. Rocío se alegró con lo que éste le contaba.

-Bueno chica, hemos terminado por hoy nuestro trabajo ¿Tú te quedas por aquí?

-Sí. Voy a seguir paseando un rato más.

-Bueno, pues ten cuidado, eh- le dijo en tono

paternal.

-Sí. Gracias-.

Rocío merodeó por allí un buen rato, intentando hallar el agujero que le servía de guarida a Cebrén.

Sin embargo no lo encontraba. Probablemente no estaba en el mismo sitio, o tal vez otro animalillo lo había tapado. Un poco más arriba vio un grupo de cangrejos que parecían tener una tertulia.

-¡Hola Cebrén, estoy aquí! ¡He venido a verte!- gritó con cierto corte, por si los agentes u otras personas pudieran oírla-.

Cebrén ¿me oyes? Nadie le respondió. Tan sólo consiguió que todos los cangrejos allí reunidos, y un pájaro carbonero se dispersaran. De nuevo lo intentó varias veces con el mismo resultado. Decepcionada se levantó para irse. Pero cuando no había caminado más de cuarenta metros, escuchó como en eco decir: "¡Hola Rocío!"

La amiga de los cangrejos volvió corriendo el mismo lugar; pero no encontró a Cebrén ni a nin-



guno de los suyos.

¿Cebrén...?- preguntó al aire con más incertidumbre. No hubo respuesta. Aunque ahora no se sintió decepcionada, sino que le invadió un sentimiento de orgullo. Orgullo por haber contribuido a salvar de la extinción a nuestros "parientes lejanos", los cangrejos andaluces.

-¡Adiós Cebrén!- exclamó como despidiéndose del lugar.

Jamás en otros veranos sintió en las galerías un calor tan agobiante e intenso. Un vapor de aire caliente y olor a resina quemada se infiltraba por todas partes. Este calor tan inusual le hizo intuir que corría un enorme peligro. Y que si salía a la superficie iba a ser peor. Por lo tanto si quería sobrevivir, debía trasladarse a otro lugar de la red de galerías y madrigueras que él mismo había construido durante largo tiempo. Así que, guiado por una brisa subterránea de aire fresco, buscó un sitio ancho en el que creyó estar más seguro; Pero el calor y el humo eran cada vez más insoportables, y la dificultad para respirar también.



El pánico se estaba apoderando de él de tal manera, que no sabía qué tenía que hacer para salvarse; y deprimido, en aquel sitio se quedó esperando su fin.

De súbito, la galería comenzó a inundarse. Y aunque esto suponía un peligro más, el agua disipaba los vapores tóxicos que le estaban asfixiando. Entonces se reanimó y, sin dudarlo más, salió corriendo en persecución de la brisa fresca, y no paró hasta llegar a la superficie. Se había salvado; pero el panorama que veía era desolador y nada halagüeño.

Todo había sido arrasado por un monstruoso incendio, y el paisaje parecía cubierto con un gran manto negro de destrucción sobre muchas, muchas hectáreas a la redonda. Sintió escalofrío, al pensar que podía ser el único superviviente de la catástrofe; y comprendía que con aquel horrendo panorama, sus posibilidades de sobrevivir eran escasas. Desconcertado, se puso a husmear por si percibía acaso algún hálito de vida. Pero sólo le llegaba un olor a muerte chamuscada e infame.

No tenía escapatoria posible.

Entonces creyó tener una alucinación por mor de los vapores tóxicos que había inhalado. En ella, se veía él como en un espejo, pero en el que su pelaje de color pardo castaño, aparecía gris cenizo; cosa nada extraña, dado el ambiente tan infernal que se respiraba.

¡Pero atención!. La figura, más allá del supuesto espejo, se movía mientras él estaba quieto. Y aunque su aturdimiento era grande, los movimientos de "su alucinación" eran demasiado ostentosos como para que lo que estaba contemplando fuera irreal. Entonces se armó de valor y se dirigió hacia su "doble". Por fin, se dio cuenta de lo que estaba pasando.

En medio de la tenebrosa catástrofe producida por el fuego, se había encontrado con otro de su mismo género, pero perteneciente a otra especie, pues éste, era un Topillo Neverón y él era un Topillo de Cabrera.

A pesar de que los primeros momentos fueron de desconfianza mutua, los dos estaban contentos de haberse visto.



-Lo tenemos chungo, primo.- dijo el topillo Neverón.

-Muy chungo, pariente.- respondió el topillo Cabrera.

De repente, un ruido ensordecedor pasó sobre sus cabecitas. Era un helicóptero, que llevaba colgando una gran bolsa de agua, la cual descargó no muy lejos ellos. Los dos topillos salieron pitando presos del pánico.

El agua caída hizo que en una pequeña vaguada se formara una charquita, en la que se metieron para aliviarse del tremendo calor que soportaban.

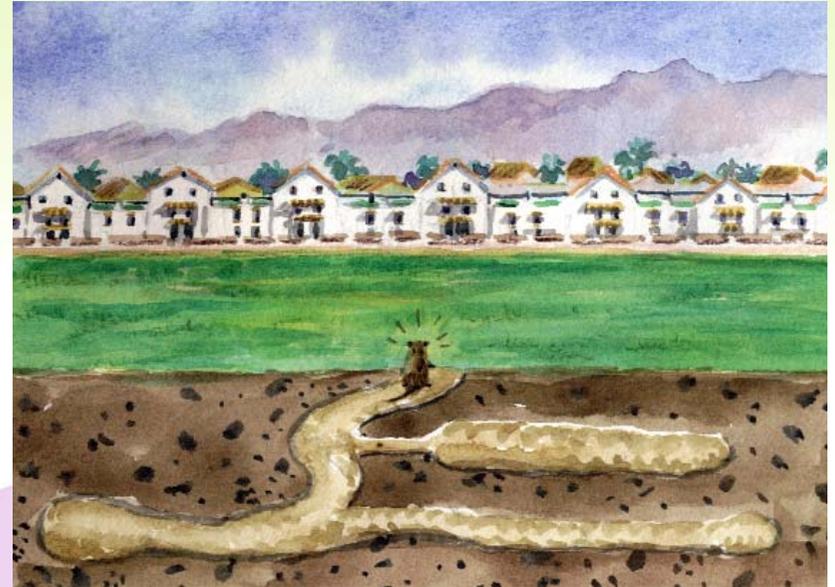
-¡Qué le he hecho yo a la especie humana para que me persiga y aborrezca tanto ?- exclamó Neverón, poniéndose erguido y extendiendo sus patas delanteras. La exclamación la hizo suya Cabrera.

-Eso mismo digo yo. Qué le hemos hecho.

-¿A ti también te persiguen?

-A mi también. Si no ¿cómo podría explicarse, que yo y muchos de los míos hayamos tenido que emigrar de nuestras praderas de toda la vida? Yo vivía en los Montes de Yergen - contaba Cabrera-, y allí un día muchos hombres comenzaron a hacer mucho ruido con unas enormes máquinas, y una gran polvareda se formó cubriéndolo todo.

La situación se fue haciendo insoportable, y tuve que irme a otra parte a vivir y construir nuevas galerías con mucho trabajito y fatiga. Llegó la época de mi hibernación, y a los cuatro meses,



cuando desperté, vi que el paisaje había cambiado y que las máquinas habían seguido comiéndose el terreno.

Ya no había tanta polvareda; pero habían crecido unas enormes edificaciones-. Mientras Cabrera hablaba, Neverón no dejaba de moverse y de mirar impaciente hacia el horizonte, como un centinela en estado de alerta-. Creí que todo aquello-continuó Cabrera- era una pesadilla, pero no; era real.

Pasó un tiempo y llegó mucha gente que ocupó los caserones y se quedó a vivir allí; e hizo una

cosa, que aún hoy después de haberlo pensado mucho, no me cabe en la cabeza.

Destruyeron amplias zonas de la pradera para después hacer lo que ellos llaman "jardines", en los que plantan un vegetal que a ellos les gusta mucho. Pero lo que más me sorprendió, es que parece que el crecimiento de esta hierba les enfada; pues siempre la están cortando con unas máquinas que parecen carritos y son ruidosas...

-No sigas compañero- interrumpió Neverón-, que lo que después te sucedió, te lo voy a contar yo-. Cabrera movió los bigotes sorprendido. -Pero antes vámonos de aquí y busquémonos un refugio para estar más seguros-.

Al borde mismo de una senda cortafuegos, encontraron refugio en la grieta de una roca, que un día partiera un rayo. Ya dentro, los dos topillos se sintieron reconfortados y tuvieron unos gestos de camaradería y afecto el uno hacia el otro, lamiéndose el pelaje mutuamente. Pero Cabrera sentía una intriga enorme por saber qué conocía Neverón de su vida y vicisitudes.

-A ver hermano por favor, cuéntame. ¿Qué sabes tú sobre lo que me pasó en el lugar en el que vivía?-preguntó.

-Pues estoy convencido de que, aunque te extrañaste con ese comportamiento de los humanos, pensastes que esos jardines eran buenos sitios para hacer galerías y comer semillas y gramíneas; pero te llevastes una desagradable sorpresa: la especie humana os vio a ti y a los tuyos como unos intrusos a los que había que exterminar, y además, os confundían con nuestros parientes los ratones. ¿no es cierto?

Cabrera estaba cada vez más sorprendido. "¿Cómo Neverón podía saber todo aquello?"

-Te sorprende que sepa todo esto. ¿Eh ?

-Mucho, Neverón. ¿Acaso tienes poderes adivinatorios...?

-Nada de eso primo. Lo que ocurre es que a mí me pasó algo parecido, y más cosas que puedo contarte... Yo vivía más arriba; en una pradera muy cerquita de unas cumbres nevadas, al lado de un lago en el que vive una princesa, que cuan-

do quiere amores, se transforma en un pájaro blanco fabuloso para seducir a los hombres más guapos, que viven o visitan Sierra Nevada.

Los topillos neverones somos los únicos seres que conocemos el secreto de la transformación de la princesa en esa ave extraordinaria. Por esta razón ella nos tiene un gran cariño; pues quiere que el secreto no se descubra, para seguir seduciendo a los hombres-contaba Neverón.

-Tiene que ser muy bella y muy hermosa-dijo Cabrera contradictoriamente, aunque después quiso rectificar-. Bueno... Quiero decir...

-Sí, ya- interrumpió Neverón. Pero dejemos a la princesa tranquila, y te sigo contando: Pues de aquella pradera tuve que emigrar a la fuerza a cotas más bajas. ¿Sabes Cabrera por qué?

-No. Dímelo ya- dijo impaciente Cabrera.

-Pues porque también construyeron en ella una urbanización de ésas; y vinieron por caminos negros que dividían nuestros territorios y separaban nuestros clanes y familias, muchos seres ruidosas que lo cambiaron todo.



Entonces no pude aguantar más tal desaguinado, y decidí con mi novia irme a vivir a un lugar más tranquilo, para que el hombre no siguiera persiguiéndonos. Y aunque añoraba las galerías de las cumbres altas, al lago y al pájaro-princesa, por aquí me he sentido muy a gusto y hasta tuvimos una numerosa prole... Que seguramente habrá matado este maldito fuego-dijo Neverón apenado.

-Querido Neverón. Ahora entiendo por qué sabías cosas que me han pasado a mí; pues los dos padecemos los mismos problemas para sobrevivir.

Dime una cosa primo- dijo Cabrera con suspense- ¿No te sentías humillado cuando los humanos te llamaban ratón?

-Mucho- respondió tajante el topillo Nival, como también se llamaba el topillo Neverón-. Y tanta ignorancia me daba rabia. Por que nosotros los topillos con nuestra costumbre de hacer galerías, logramos que la tierra sea más fértil, y eso no lo hacen otros roedores.

-Vamos, que tendrían que hacernos un monumento por la labor que hacemos, en vez de perseguirnos tanto- dijo Cabrera reivindicativo.

-Ya, Cabrera. Pero si ni siquiera nos conocen. ¿Cómo vas a querer tú que reconozcan lo valiosos que somos para el campo?-respondió Neverón.

Una terrible melancolía invadió el refugio. Nuestros dos topillos dejaron de hablar, y se pusieron a asearse cada uno por su cuenta. Lo hacían como estímulo para quitarse la tristeza que tenían. Fuera del cubil, el fuego parecía haber sido sofocado, y ya no había ruido de los helicópteros apagafuegos.

El cansancio y un ambiente más sosegado, hizo que los dos topillos se quedaran dormidos.

De costumbres más nocturnas que el topillo de Cabrera, Neverón se despertó a medianoche. Pero su despertar no fue por esa razón.

-Eh, Cabrera. Despierta- llamó con impaciencia a su primo y compañero de fatigas-. Quiero despedirme de ti-. El bueno de Cabrera aún descolocado por la soñera le dijo como pudo:

-¿Qué sucede? ¿Has olfateado a algún depredador cerca de nuestro refugio?

-No, no es eso. Es que me voy ahora mismo. Vuelvo al territorio en el que vivía-. Cabrera se rascó una oreja con una de las patas traseras.

-No entiendo, Neverón ¿Cómo puedes pensar en volver a un lugar en el que estás continuamente perseguido? ¿Por qué quieres volver a un sitio tan peligroso?- preguntó Cabrera anonadado.

-Porque he tenido un sueño en el que se me apareció un duendecillo -. Al ver la cara de asombro

de Cabrera, Neverón decidió contárselo todo-. En mi sueño estaba yo comiéndome unas gramíneas, cuando escuché una voz gritona que decía:

"¡No me comas, no me comas, que tengo un mensaje importante para ti!"

Yo no veía a quién pertenecía la voz. Pero de todas formas respondí.

Cómo podría comerte, si no te veo. Además no tienes nada que temer; los topillos nivales somos vegetarianos. Le dije yo.

"¡Entonces sácame de aquí, que estoy atascado!" Me dijo la voz desesperada.

Y de repente, ví que unas raíces de avena se transformaban en unas pequeñas patitas, que se movían más que el rabo roto de una lagartija.

Con enorme expectación, Cabrera escuchaba el sueño, restregándose los ojos de vez en cuando, como queriendo ver lo que Neverón le contaba-.





16 "¡Sácame de aquí, por favor!" - le seguía contando su compañero. Entonces, tiré poco a poco con mis dientes, de las patitas, que no dejaban de agitarse. Cuando las solté, apareció ante mí un duende diminuto verde marrón que decía llamarse Fango; que cuando se calmó, me agradeció que lo hubiera sacado del atasco y se puso a contarme:

Te traigo buenas noticias; pues me he enterado que los hombres han decidido respetar tus praderas, y ya no van a seguir construyendo más edifi-

cios y caminos negros. La pradera en la que tú vivías es ahora un hermoso vergel... Tu amigo, el Pájaro Blanco del Lago me pidió que te buscara para comunicártelo. Él quiere que vuelvas, porque te echa de menos.

Después el duendecillo se volvió cada vez más fangoso y azulado, hasta convertirse en un charco luminoso, que fue creciendo y creciendo extendiéndose por todas las galerías, iluminándolas. Me sentí feliz y agradecido, y la emoción hizo que me despertara. Entonces vi con claridad que tenía que volver a mi pradera.

Por este motivo, querido primo, he decidido partir sin más demora- dijo convencido Neverón, al que le brillaban los ojos de una manera especial.

-¿Y por tener ese sueño, vas a volver a un sitio tan peligroso? Un sueño sólo es un sueño- dijo Cabrera para que su primo fuera más realista.

-Ya. Pero cuando se tiene un sueño como ése, hay que aprovechar su mensaje- decía Neverón mientras se aseaba. Cabrera puso cara de no entenderlo-. El sueño me ha enseñado que hay

que luchar por las cosas importantes de uno. Además ¿de qué nos ha servido emigrar a las praderas de estos bosques, si también aquí el hombre nos pone en peligro, provocando desastres aún peores?

Cabrera reflexionó sobre los argumentos del topillo Nival, y pensó que llevaba toda la razón.

-¿Y, si es cierto que mi pradera se ha recuperado y está ahora como un vergel, tal como me decía el duende?- dijo Neverón con énfasis.

Este argumento hizo que por un momento, Cabrera visualizara también la pradera que había dejado, y la contempló más hermosa aún de lo que era.

-Llevas razón Neverón. Tenemos que luchar por nuestra supervivencia y hacerlo en los lugares que nos son propios. Yo también me voy a ver cómo está la pradera que dejé.

-Bueno, pues entonces aquí nos despedimos; pero podemos hacer una cosa- propuso Neverón-. Podemos vernos aquí mismo la pró-

xima primavera para contarnos cómo nos va la vida. Comprobaremos también si los hombres nos han valorado como nos merecemos. ¿Vale?

-¡Estupendo! Que así sea. Y se abrazaron y relamiéron a la manera que lo hacen los topillos.

Y como ya lo hicieran Rinconete y Cortadillo en el siglo XVI, cada uno se fue a buscar su propio horizonte de vida. El uno hacia el norte y el otro hacia el sur. Y los dos se despidieron convencidos de que otros seres también estaban luchando por su supervivencia y que volverían a verse, pues todo iba a cambiar.

FIN



¿Qué era aquello que estaban viendo? Ninguno lo sabía a ciencia cierta. Pero la creencia más fuerte entre ellos era que podía tratarse de un platillo volante posado en el mar. Aunque jamás habían visto uno, salvo en las películas y en los tebeos, ni se podían imaginar, que pudieran tener una textura como de cuero negro azulado.

No les faltaban razones para creer que su naturaleza era extraterrestre. Uno decía, atinadamente, que tenía casi dos metros de envergadura, otro que más, y el tercero que las líneas de puntos que

lo atravesaban a todo lo largo -hasta cinco contaron-eran sus luces, que, como era de día se encontraban apagadas. Mientras hacían estas disquisiciones sobre su forma y tamaño, inesperadamente, aquella cosa se hundió, dejando a los observadores patidifusos.

-Lo mismo puede ser que por esta zona haya en el fondo marino una base extraterrestre- dijo Esteban misterioso.

-O una ciudad- dijo Fede poniéndole más énfasis al hilo argumental de su amigo.

-¡Osti, qué miedo si fuera verdad!- exclamó Sergio.

Los tres se miraron estremecidos.

-¿Nos vamos ya a merendar?- propuso Fede queriendo no aparentar miedo.

-Sí. Vámonos - dijo Esteban, que era el mayor de los tres.

Y con la convicción de que en el fondo marino había extraterrestres, se fueron a merendar al

chiringuito, y durante la merienda contaron en la reunión familiar lo que creían haber visto.

-Estos niños beben demasiada coca-cola. La cafeína y el sol los están trastornando-dijo el padre de Esteban después de haber oído la insólita historia.

Al día siguiente, nada más verse, volvieron a hablar del suceso y se fueron al lugar del avistamiento: un farallón situado en el acantilado de Barbate. Allí estuvieron largo rato a la expectativa de que la visión se repitiera, y así confirmar todas las conjeturas del día anterior sobre el carácter extraterrestre de lo que vieron. Mientras esperaban impacientes, charlaban sobre los platillos volantes y el aspecto que podrían tener "los marcianos", cada vez más convencidos, de que la nueva aparición sideral iba a surgir del mar saliendo como disparada hacia el cielo. Pero este deseo no se cumplió. Ni tampoco que el supuesto platillo volante apareciera posándose en las aguas oceánicas.

A los tres días de aquel acontecimiento, dejaron desilusionados el puesto de observación, pues nada de lo que esperaban volvió a aparecer.

Sin embargo, sí aparecieron muchas dudas ¿Qué era realmente lo que habían visto? ¿Acaso había sido un espejismo marino?

Con estas interrogantes volvieron a la rutina veraniega. Pero, días después, el destino les tenía guardada una magnífica sorpresa.

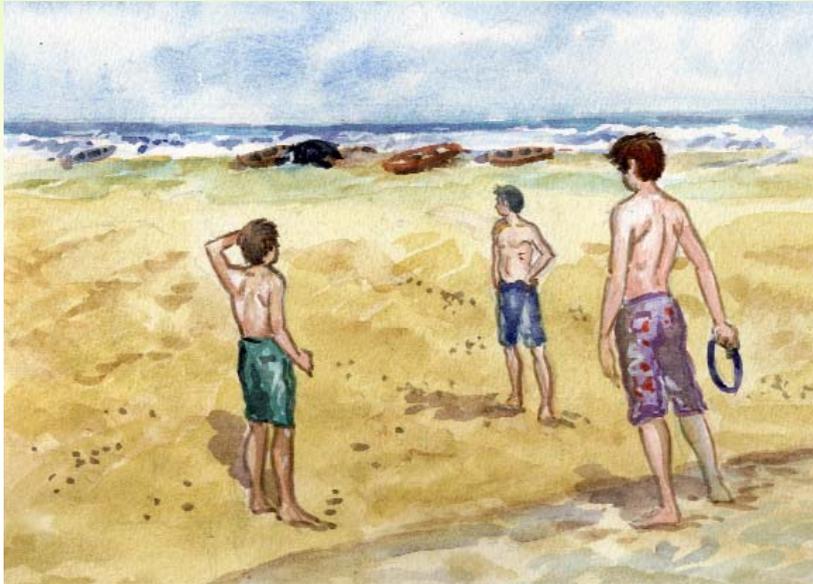
Sergio, Esteban y Fede se disponían a pasárselo bien en la playa con el juguete de moda, de ese verano. De repente, mientras sus amigos se lo tiraban, Sergio, que iba unos pasos más adelantado, se paró en seco mirando hacia el mar como petrificado.

-¡Toma, cógelo!-exclamó Fede lanzándole el artificio.

El objeto cayó en la arena, pues Sergio no se inmutó. Sus amigos se extrañaron.

-¿Qué te pasa, quillo? ¿Te has puesto malo?- le preguntó Esteban al verlo tan pálido.

-No... pero mirad lo que hay en la orilla- respondió Sergio tartamudeando.



-¿El qué?- preguntó Fede-. Sólo veo tres barquitas en la orilla.

-No. La de en medio no es una barca- aseguró Sergio.

-Sí lo es. Lo que pasa es que tiene echado encima un toldo oscuro- afirmó Esteban-. Venga, vamos a jugar-. Y Fede y él continuaron con el juego, encaminándose hacia la orilla. Pero no habían dado más de cuatro pasos cuando Sergio les dijo:

-Es el platillo volante que vimos el otro día en el mar.

Al oírle esta afirmación, sus dos amigos se pararon de golpe, y se agruparon con Sergio, mirándose un instante sin articular palabra. Después, como sin querer, Fede llegó a decir.

-Vámonos de aquí corriendo-. Y los demás le hicieron caso inmediatamente. Pero al instante Esteban reaccionó, parándose en seco.

-¡Un momento! ¡Esperad! -exclamó.

-¿Qué quieres ahora, quillo? Vámonos de aquí zumbando- insistió Fede.

-¿Por qué no volvemos para ver el platillo volante más cerca?- propuso Esteban osadamente.

Nos pueden coger y llevarnos a su planeta.., o al fondo marino.. ¡Venga, vámonos!- dijo Sergio musitando y cada vez más nervioso.

-¿Pero no os dais cuenta que si han venido en ese platillo volante es que son pequeñitos?- dijo Esteban para convencer a sus amigos.

-¿Y qué, si son pequeñitos? ¿Y si tienen grandes poderes y pistolas para desintegrarnos?

-¿Cómo nos vamos a defender? ¿Escupiéndoles?- argumentó Fede.

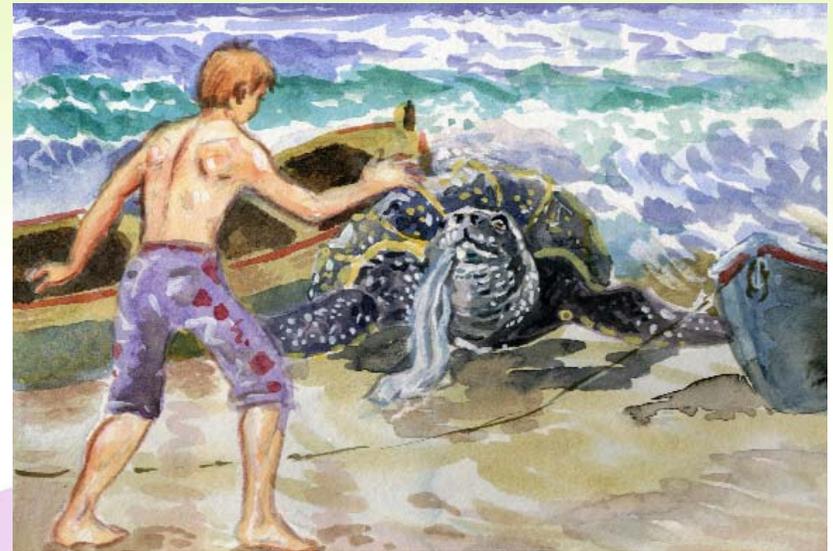
-¡Anda ya! Además, si parece que el platillo volante está vacío.

-¿Sí? ¿Y tú cómo lo sabes, listo?- volvió a la carga Fede. Esteban no respondió. Durante un momento se quedaron callados. Después, sin decir palabra, Esteban empezó a caminar hacia la orilla, y Sergio y Fede lo miraron boquiabiertos. Con temor y zozobra Sergio comenzó a llamarlo.

-Esteban... Quillo... Vente "p'acá."

8 Pero Esteban siguió andando; y sus compañeros pensaron que había sido abducido por los extraterrestres. Entonces se pusieron a seguirlo a cierta distancia y con cautela.

Al encontrarse a sólo tres metros de aquella cosa, Esteban empezó a dudar de que se tratara de un platillo volante; pero tampoco se había dado



cuenta, de que en realidad, era un extraordinario ser marino. El animal levantó la cabeza haciendo un ruido ronco y quejumbroso, y entonces, vió como parte de una bolsa de plástico le sobresalía por la boca. Impresionado, creyó aún que estaba ante un ser extraterrestre; y dio un respingo hacia atrás. Pero al instante recapacitó, e hizo una observación más realista.

9 -"¡Es una tortuga!" "¡Una tortuga gigante!", se dijo-. ¡Sergio, Fede! ¡Venid! ¡Es una tortuga gigante!- gritó Esteban-. Y los dos amigos se colocaron a su lado, despacio y precavidos.

-Y vosotros decíais que era un platillo volante-reprochó Esteban.

-Yo no. Ese era el Sergio, que tiene mucha fantasía.

-¿Yo? ¡Si fue él-refiriéndose a Esteban-el primero que dijo que era cosa de extraterrestres!- protestó Sergio.

Esta tortuga gigante que estaba en un gran aprieto se llamaba Kurma, y pertenecía a la especie denominada tortuga laúd; la tortuga más grande que existe en el planeta. Un ser viajero que conocía todos los mares del mundo, desde el Ártico hasta las aguas tropicales de Australia, y al que en su larga vida y en sus muchos viajes le encantaba visitar el Mediterráneo; "El Mare Nóstrum", como lo llamaban antiguamente los romanos, y lo definen muchos de los pueblos y etnias que habitan sus costas.

Las visitas, que Kurma y los de su especie hacían a este mar, seguían siendo un misterio para los biólogos marinos. Algunos de ellos sostenían que Kurma y su familia, los Dermoquélidos, se aden-

traban en el Mediterráneo porque les gustan especialmente las medusas(su alimento favorito) de este mar. Pero los viejos y sabios pescadores del sureste de la Península Ibérica tienen desde antaño otra teoría. Ellos dicen que vienen para escuchar el mismo lenguaje que oyen en las playas de América Latina, a sus colegas los pescadores de allí.

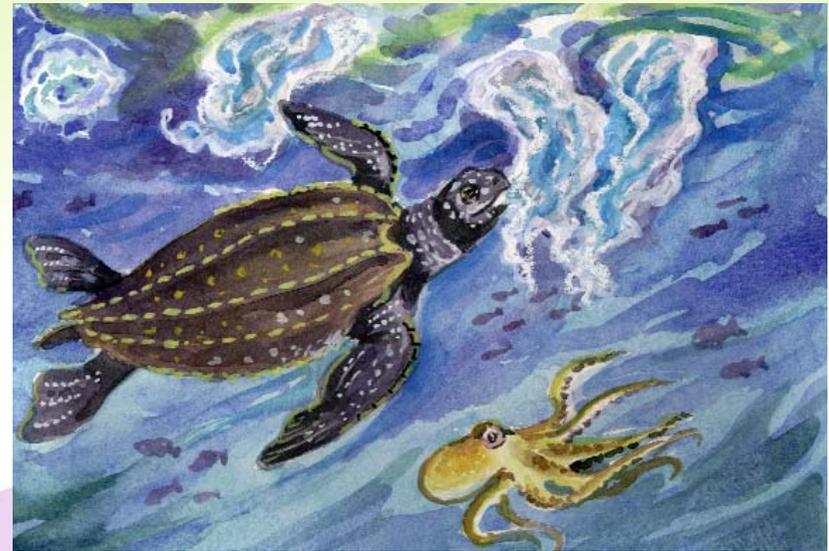
En aquellas playas lejanas se repite desde tiempos inmemoriales, su ciclo vital de supervivencia; pues nacen surgiendo de la arena e inician una carrera hacia el mar, llena de peligros, ya que son atacadas por los depredadores.



Y cuando son adultas y fértiles, vuelven para poner sus huevos, haciendo en la arena con sus patas, un agujero de ochenta centímetros de profundidad, que después cubren para proteger la puesta.

Sin embargo, esta vez en su travesía por el mar Mediterráneo, a Kurma le ocurrió un hecho indeseable y espantoso. Peor que aquél que le sucedió cuando se quedó ciega durante largo tiempo, por culpa de la contaminación de las aguas marinas cercanas a una plataforma petrolífera. Ceguera de la que pudo sanarse gracias a las propiedades curativas de las profundas y puras aguas oceánicas, y a su magnífica capacidad para sumergirse en ellas.

Kurma se encontraba junto a la costa malagueña, muy cerca de la ampulosa ciudad turística de Marbella, cuando creyó ver un montón de hermosas y exquisitas medusas, y entonces quiso darse un banquete. Fue una decisión siniestra; pues aquellas "hermosas medusas" resultaron ser en realidad una cantidad enorme de bolsas de plástico que flotaban a la deriva, igual que esos raros seres marinos.



Cuando se comió la segunda, se dio cuenta que lo que se había tragado no era el rico manjar que había pensado y comenzó a sentirse mal, pues como era lógico no había manera de digerirlas.

Esta vez, hizo lo mismo que cuando se quedó ciega, y se sumergió en aguas más profundas para aliviar sus males; pero el efecto fue el contrario y salió a la superficie para intentar mejorar de su ahogo. Enferma, Kurma tomó la decisión de volver al Atlántico. Si tenía que morir, quería estar lo más cerca de la playa donde naciera, allá en Méjico.

Las fuertes corrientes del Estrecho de Gibraltar y su estado de salud no le permitieron llegar demasiado lejos, y se dejó llevar por el oleaje hasta alcanzar una playa del pueblo de Barbate, muy cerca del acantilado del Parque Natural de la Breña.

Y fue aquí donde la encontraron los niños, que después de un rato junto a ella no salían de su asombro.

-Creo que está enferma. La bolsa de plástico que tiene en la boca no la deja respirar- dijo Sergio acertadamente.

-Qué pena. Se va a morir-se lamentó Fede.

-¿Qué podemos hacer por ella?- preguntó Esteban. Sergio y Fede no respondieron. Kurma volvió a mover la cabeza hacia arriba con la bolsa atascada en la boca como queriendo buscar el aire que le faltaba; su rostro expresaba desesperación.

De repente, en un reflejo de osadía, Esteban se acercó a la tortuga laúd y despacio, tomándose

todas las precauciones del mundo por si el animal le pudiera atacar, empezó a tirar de la bolsa con los dedos, retirando la mano al instante para evitar un posible mordisco.

Sorprendidos, sus amigos admiraron la valentía de Esteban, que en uno de esos tirones, logró sacarle un poco la bolsa maldita; lo que provocó que también ellos se armaran de valor y quisieran ayudar a la tortuga gigante.

Fueron a acercarse más, pero entonces Kurma hizo otra vez su ronquido y se movió casi un metro, creando el pánico entre los niños, que se escondieron detrás de una barca.

-Vámonos de aquí, que nos va a atacar-dijo temeroso Fede-. Será mejor que se lo digamos a la policía local.

Pero Esteban no hizo caso y volvió a acercarse despacio a la criatura marina, y vio que ésta no expresaba ira en sus ojos, sino que le salía de sus ojos un líquido viscoso, que él supuso que eran lágrimas de agradecimiento. (Al menos así lo creyó Esteban.)

-Tengo que seguir ayudándola- dijo-. Y volvió a tirar de la asfixiante bolsa de plástico, esta vez con más confianza consiguiendo sacársela un poquito más, mientras sus amigos seguían expectantes la acción, detrás de la barca.

-Chico, déjame a mí, que soy veterinario-escucharon decir detrás de ellos. Ninguno se había percatado de la proximidad de aquel hombre. Éste, observó a Kurma y dijo: -Se morirá si no le quitamos la bolsa pronto. Voy a mi coche a por mis instrumentos. No hagas nada; sólo procura que esté tranquila. Ahora vuelvo. Y no os preocupéis, esta criatura no es peligrosa. Me vais a ayudar a salvarla ¿verdad?-

-Sí... Sí... Claro... dijeron emocionados.

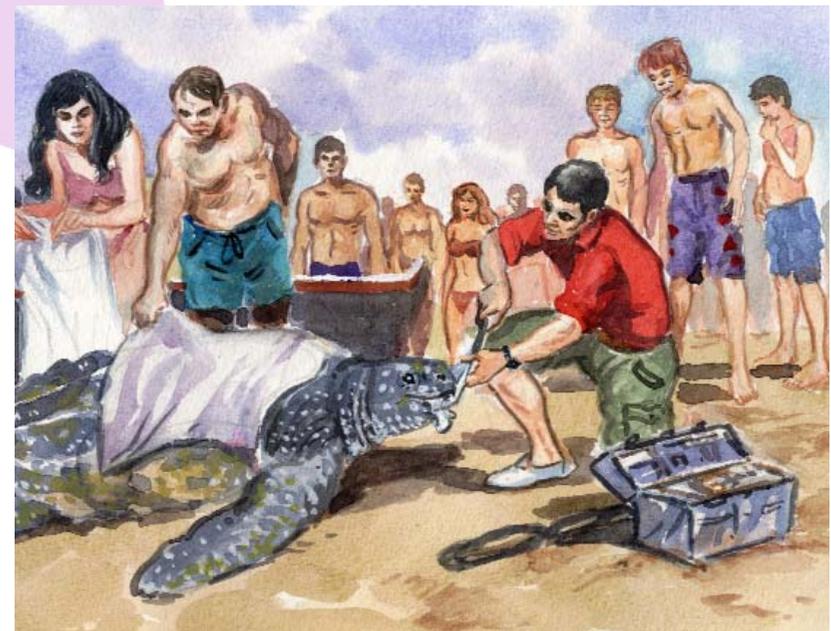
El veterinario tardó poco tiempo en volver con un maletín.

-No se ha movido. Bien; eso está bien-dijo sacando unos instrumentos muy raros.

Y poco a poco, y con los niños como ayudantes, le fue sacando minuciosamente la bolsa de plásti-

co, dándole ánimo a la tortuga que parecía colaborar.

La zona de playa en la que se encontraban no era de las más concurridas, puesto que tenía difícil acceso para los coches; no obstante, cada vez se fueron agrupando más curiosos, que se quedaban asombrados con el enorme animal. La concentración formaba cierta escandalera, que el veterinario quiso evitar pidiendo silencio, para poder concentrarse en la operación que estaba realizando.



-Si quieren ustedes ayudar, tráiganme algunas toallas húmedas para que la tortuga no se deshidrate- pidió el especialista. Rápidamente trajeron varias toallas mojadas y se las echaron encima a Kurma.

Por fin se la sacó, y todos los allí presentes aplaudieron entusiasmados.

-Un momento; que aún no podemos cantar victoria- dijo el veterinario en tono inquietante.

(Recuerda lector, que Kurma se tragó dos bolsas, y la segunda le aparecía en la boca como una lengua blanca burlona).

-Umh, ésta va a resultar más complicada - se lamentó-; pero tenemos suerte de que le sobresalga un poco.

Lo que había pasado para suerte de nuestra tortuga laúd, era que en su afán por digerirlas, sus poderosos músculos del estómago habían provocado que las bolsas se enredasen en el mismo, y cuando el veterinario le sacó la primera, tiró también de la segunda, que se quedó como ya se ha dicho.

-Vamos a intentarlo-dijo con determinación.

La expectación era total, y ahora todos los allí reunidos se conjuraron para que la operación saliese bien, mandándose callar unos a otros para respetar al máximo el trabajo del veterinario, que demostraba otra vez su pericia. Pero la tortuga parecía sentir más esta intervención que la anterior, y el sanador especialista pidió ayuda a los bañistas para que la buena de Kurma permaneciera inmóvil.

-¡Bieeen!-exclamaron todos al unísono cuando el veterinario enseñó, agarrada por unas pinzas, la segunda bolsa. Algunos abrazaron al doctor de animales colmándolo de halagos; incluso uno de ellos, al darle el abrazo, le dijo-:

-Eres un mago-. A lo que, el ya famoso veterinario respondió con ironía: -Me ha descubierto usted, amigo; pero no he terminado-. Y cogió de su maletín una especie de tubo negro, largo y elástico, conectado a un aparato electrónico, y con habilidad se lo metió por la boca a la tortuga. Miró lo que el aparato le indicaba, y dijo.

-Perfecto. La sonda me indica que no tiene más plástico en su estómago.

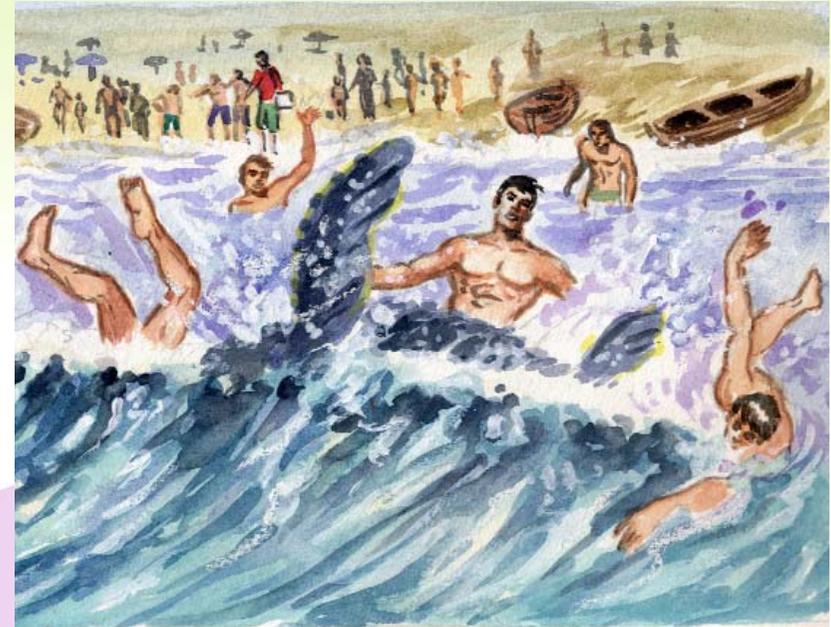
Ahora tenemos que avisar a las autoridades para que cuiden de este animal hasta que se reponga y sea devuelto al mar.

Pero Kurma, aliviada y con fuerza, desbarató esos planes. Pues al rato comenzó a caminar hacia el mar, y no hubo quién pudiera pararla. Incluso hubo gente que agarrado a ella, se metió en el agua y se llevó más de una ahogadilla.

El veterinario temiendo por sus vidas y sabiendo que la tortuga laúd se encontraba bien, ordenó: -Déjenla-. Y la tortuga se perdió de vista al poco tiempo.

Un coche de la policía local de Barbate apareció en la lejanía, y dos policías y dos personas de paisano se acercaron al tumulto y preguntaron por la tortuga gigante. Las primeras palabras que las autoridades oyeron fueron de Sergio diciéndoles, que él y sus amigos habían sido los descubridores de la tortuga laúd.

Después, uno de los hombres que habían ayudado al veterinario, les dijo que la tortuga se había escapado hacia el mar.



-No se ha escapado; se ha ido a su casa-rectificó el discípulo de Hipócrates.

-Este señor ha sido el que la ha curado- dijo otro hombre. Las autoridades le dieron la mano, contrariados por la "fuga" de la tortuga.

Durante un tiempo no se habló de otra cosa en el pueblo de Barbate. Pero como no hubo constancia gráfica ni televisiva del acontecimiento, había quiénes decían que todo era un bulo.

Muchos de los veraneantes iban a la playa donde había varado Kurma, y a los acantilados, para ver si por aquella zona marina aparecían otras tortugas laúdes, cosa que no se produjo más aquel verano.

Esteban, Sergio y Fede, contaron casi a diario a todos aquellos que les preguntaban, la historia que les había sucedido con la legendaria tortuga, lo que provocó que les asignaran un alias, llamándolos: "Los Salvaores de Tortugas". Sobrenombre que no les hacía mucha gracia, pues pensaban que se lo decían con cachondeo.

Sin embargo ellos se sentían orgullosos de haber ayudado a salvar a la tortuga laúd.

Pasaron quince días, y en Barbate prácticamente se dejó de hablar de los acontecimientos protagonizados por los niños, y de aquel excelente veterinario del que no se volvió a saber.

No obstante, en las mentes de los niños seguía persistiendo la idea de que habían tenido un encuentro con vida extraterrestre. Y en verdad que no se equivocaban, porque...

Sí. Hay mucha y variada vida extra-terrestre que tenemos que proteger.

¿Dónde?

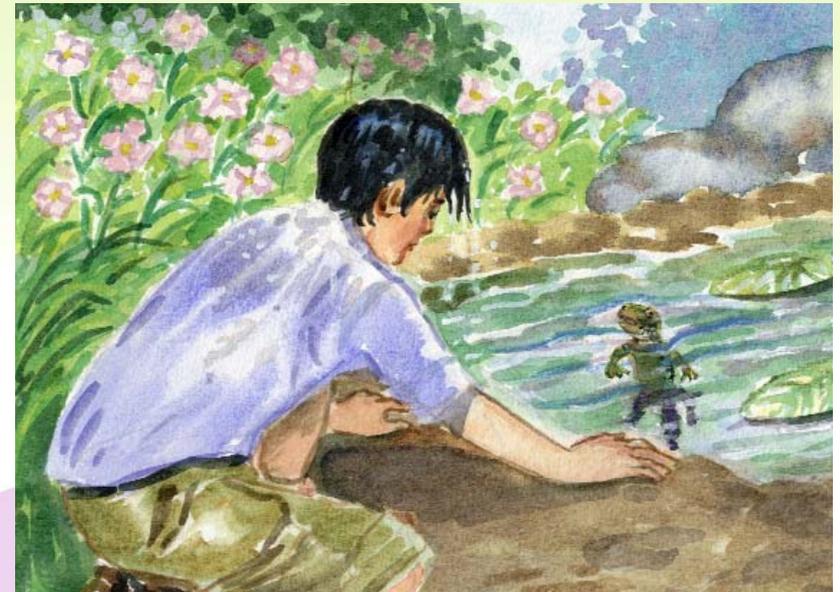
Marinero en tierra. Pon tu granito de arena.

FIN

Era el agua tan cristalina, que no pudo resistirse a meter la cabeza en aquella bañera de roca hecha por la Naturaleza. De ella salían columnas de burbujas, que parecían juegos malabares. La metió hasta el cuello mojándose la camisa, y abrió los ojos para mayor deleite de sensaciones y curiosidad. Entonces, recibió un impacto visual inesperado que lo dejó atónito: vio una cara diminuta y verde que poseía unos ojos saltones parecidos a los de ranas y sapos.

Al instante retiró su cara del agua asustado y perplejo, y en ese estado se quedó mirando la fuente. Entonces vio aquella cara canija y deforme, y unos extraños pensamientos le sobrevinieron.

2 Creyó que lo que había visto era el reflejo de su cara transformada por el agua de la fuente, a la que le otorgaba poderes mágicos para cambiar el físico de las personas. Le estaba pasando lo contrario que a aquel personaje mitológico, que se llamaba como él, Narciso, que se miraba en los reflejos de los ríos porque se consideraba muy guapo, y así disfrutaba vanidosamente de su propia imagen. Este personaje, por culpa de esa manía de mirarse tanto, quiso un día abrazar



3 su imagen reflejada y cayó en el río ahogándose, y convirtiéndose después en una bella planta. Conocía esta leyenda porque su madre se la contó un día para explicarle el origen de su nombre.

Pero como ya se ha dicho, Chicho no se vio guapo, sino que se vio deforme y como un adefesio. No parecía que tuviera la cara deformada, pero para más conformidad llamó a su tío con el que había salido de excursión a los alrededores del río Crispinejo, afluente del Guadiamar.

-¡Tito, ven! ¡Quiero que me mires la cara ahora mismo!-llamó aún aturdido.

La urgencia de la llamada sobresaltó al tío que fue presto hacia su sobrino a ver qué le había pasado, pues creyó que podría haberse hecho daño en un ojo con una rama, o algo parecido. Pero cuando lo vio se tranquilizó.

-¿Qué te ha pasado? ¿Por qué has gritado? Yo no te veo nada raro en la cara ni en los ojos- dijo examinándolo-. Sólo te veo un poco más pálido y muy mojado-.

Al chaval le daba corte explicar lo que había pensado sobre la transformación de su cara por meterla en la fuente-. Dime ¿qué te ha pasado?- insistió su tío.

-Nada, nada-dijo Chicho evasivo.

-Bueno; pues cuando tú quieras me lo cuentas ¿vale?- le dijo Antonio para tranquilizarlo.

-Vale. Te lo voy a contar- dijo Chicho después de un momento de silencio-. Pero prométeme que no te reirás de mí ¿Eh?

-De acuerdo-dijo el tío esbozando una sonrisa sarcástica que mosqueó a Chicho-.

-Pues ahora no te lo cuento ¡Ea!-dijo el chaval respondiendo a la guasa de su tío.

-Que no; que no me voy a reír! Venga cuéntamelo.

-...Lo que me ha pasado es que he metido la cabeza en esa fuente cristalina, y al abrir los ojos vi una cara muy rara y me asusté. Después me quedé mirando la fuente y al verla de nuevo, creí que era reflejo de la mía, que se había transformado, pues la vi verde y canija y con unos ojos saltones y diminutos. Por un momento pensé que el agua de la fuente me había desfigurado el rostro.

El tío de Chicho intentaba no reírse para no enfadarlo, y para aliviar la tensión, ya que su sobrino lo miraba con una expresión severa, le dijo lo siguiente:

-Pero sobrino ¿no es más lógico pensar que lo que realmente has visto en la fuente es una rana o un sapo? Tienes una imaginación que te traiciona-. El chaval se quedó pensativo.

-Bueno. Lo mismo han sido imaginaciones más. Pero esa cara que te dije la he visto dos veces; y no era la de un sapo ni la de una rana- respondió Chicho con firmeza.

-Anda mira otra vez, y verás que estoy en lo cierto- le pidió Antonio.

-¡Qué va! Yo paso. Mira tú que sabes tanto- respondió Chicho-.

Tío y sobrino se miraron un momento fijamente.

-Está bien- dijo el tito Antonio aproximándose a la fuente-. Te voy a demostrar que se trata de una rana. Miró con detenimiento y después alzó la cabeza-. Aquí sólo hay un montón de berros.

-¿Y esos qué bichos son?- preguntó Chicho.

-No son bichos. Son plantas silvestres comestibles.

La respuesta de su tío inquietó aún más a Chicho.

-Pues yo he visto una cara aplastada con ojos sal-



tones. Tú no la has visto porque no has metido la cabeza como hice yo.

Con gesto contrariado, el tío metió la cabeza en la fuente como le decía su sobrino, pero al instante la sacó bruscamente exclamando:

-¡Eureka! Ya sé qué bicho has visto. Es un tritón.

-¿Un qué?

-Un tritón. Y nos lo vamos a llevar para meterlo

en mi acuario. A tu tía le gustará ver lo raro que es este bicho.

Metieron al tritón en la fiambarrera, la llenaron de agua, e hicieron en la tapa unos agujeros para que éste respirara, y poco tiempo después regresaron a sus casas.

Cuando Antonio llegó a su casa enseñó el tritón a su mujer esperando que ésta se sorprendiera, pero a ella no le hizo mucha ilusión tener en su casa "un bicho tan raro y feo", como dijo. Pero Antonio preparó el acuario con mucho esmero siguiendo las indicaciones de un libro sobre el cuidado de estos anfibios en cautividad.

Una vez lo llenó de agua, soltó al animalito y rápidamente el tritón buscó el sitio más oculto que había en el recipiente colocándose entre dos piedras y un manojo de algas. Lo hizo porque tenía miedo, y también porque los tritones son animales de costumbres más bien nocturnas.

A partir de entonces, todos los días, Chicho visitaba la casa de su tío y se ponía a mirar el raro animal.

"Pues yo no veo que este bicho sea tan raro y feo", se decía con la nariz casi pegada al cristal del acuario contradiciendo la opinión que su tía tenía sobre el tritón. Además de observarlo, en esos días Chicho fué a una biblioteca e investigó en algunos libros sobre anfibios, y ello hizo que tuviera más conocimiento de la anatomía del animal, gustándole mucho su cola de anguila y su vientre anaranjado.

También llegó a saber que pertenecía al orden de los urodelos y que era de la especie *Triturus boscai*. O sea, un Tritón Ibérico. Y sabía que el que estaba en el acuario era macho, por el color de su vientre, el rasgo más distintivo que lo diferenciaba de la hembra. Asimismo le resultó curioso sobremanera que el órgano respiratorio más importante de los tritones fuera la piel.

Un día, su tío Antonio sacó al tritón y se lo puso en la mano para que lo tocara. Con cierto recelo Chicho lo tocó, y se dio cuenta de que la piel del bicho era suave y delicada, y le comunicó a su tío lo que sabía de la importancia de aquella como órgano respiratorio. Su tío puso en duda lo que decía.

-¡Que sí! ¡Que yo lo he leído!-dijo un tanto exaltado-. Además, el libro explicaba que éste es un Tritón Ibérico que está amenazado de extinción; y que esta amenaza la sufren otras especies de anfibios, pues son unos bichos muy sensibles a la contaminación atmosférica y del agua - dijo de un tirón Chicho defendiendo sus conocimientos como si le preguntaran una lección de naturales.

Al día siguiente, Chicho vio que el tritón estaba demasiado quieto y como suspendido en el agua. Entonces creyó que estaba muerto y llamó a su



tío preocupado. Su tío le dijo que el tritón estaba bien; que de vez en cuando adoptaba esa postura durante un buen rato. Y para demostrárselo meneo el agua del acuario y el tritón se movió rápidamente, dando un latigazo en el agua con su cola plana y escondiéndose entre las piedras. Al rato, antes de irse, volvió a mirarlo y lo encontró en la misma postura inmóvil.

"Estarás bien vivo, pero tienes una cara de aburrimiento enorme", pensó, y a Chicho le dio pena seguir mirándolo.

Pasaron tres días sin que fuera a casa de su tío para mirar al tritón cautivo. Durante ese tiempo pensó en la expresión melancólica que según él tenía la criatura, y ansiaba mirarlo para ver si lo encontraba más alegre. Sus sensaciones no cambiaron cuando volvió a verlo, pues le siguió pareciendo que estaba triste.

De repente, observó que la cara del tritón se transformaba en una cara humana de hombre con expresión melancólica.

Pero... ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso era otra

"imaginación" de las suyas? Chicho se restregó los ojos y quiso convencerse de que todo era fruto de los contrastes de luz y de los reflejos del cristal del acuario. Volvió a mirar, y vio al tritón apostado en una piedra con medio cuerpo fuera del agua sin cambio alguno en el rostro; aunque seguía teniendo la misma expresión apenada.

Pero al instante aparecieron otra vez los rasgos humanos en el anfibio y se preguntó: ¿Por qué veo esta cara? El niño tuvo la tentación de llamar a su tía-pues su tío no se encontraba en casa-para contarle lo que le había pasado. No obstante decidió no hacerlo, ya que pensó que al contar el suceso lo iba a tomar por un chalado. De modo que se fue, intentando convencerse de que esa visión había sido fruto de su imaginación, que lo volvía a traicionar. Sin embargo, había sido tan fuerte la impresión que Chicho había experimentado, que no dejó de pensar durante el día en este episodio. Asimismo, le preocupaba sobremedida la situación del tritón, aunque su tío le dijera que estaba bien, pues creía que se iba a morir de tristeza.

La "visión" se repitió al día siguiente de una

manera muy especial, ya que el tritón se colocó frente a Chicho mirándolo fijamente, desde el otro lado del cristal. Parecía que el tritón, harto ya de verse observado, quería decirle: "Ahora me toca a mí mirarte". Pero la razón de la postura del tritón era otra, pues lo que quería era comunicarse con él; y para ello utilizó el poder hipnótico que tenía, y que no había perdido a pesar de estar encerrado.

Claro que para utilizarlo debía darse la circunstancia de seducción que Chicho había propiciado con tanto mirarlo. El hipnotismo se produjo, y apare-



ció otra vez la transformación en la cara del tritón ibérico, que además, para su sorpresa, se parecía a la suya pero representaba ser más adulta.

Chicho no podía moverse. Parecía que el tiempo se había parado y que la habitación era un estanque profundo, en el que sólo estaban él y el tritón con cara de hombre.

-Tenía muchas ganas de hablar contigo- escuchó Chicho decir con nitidez pero con sonido acuoso. El chaval intentaba moverse pero no lo conseguía. Aunque tampoco tenía miedo, sino que más bien se encontraba relajado y a gusto, sumergido en ese ambiente acuático-. Sé de tus sentimientos hacia mí- continuó diciendo el tritón con cara humana-, y estás en lo cierto al pensar que estoy aburrido y triste. Cuando la garra de la arpía ensombreció las cristalinas aguas de mi fuente y fui atrapado, yo estaba cortejando a una tritona neoténica. Ella es muy diferente a mí, y esos rasgos distintos hicieron que me enamorara desde que éramos unos "renacuajos", aunque yo soy algo mayor que ella-. Después me metieron en esta cárcel - continuó el tritón que se parecía a una sirena- de agua parada, con estas plantas

que están tan mustias y melancólicas como yo. Desde entonces pienso en mi tritona, y tengo desgarrado el corazón. Ayúdame a volver a mi fuente y con mi amada, pues si tú no lo remedias moriré de pena.

Nada más acabó de hablar el tritón del rostro humano, se escuchó el sonido largo de una caracola marina, que alguien tocaba, que se fue apagando poco a poco hasta que la habitación quedó en silencio, volviendo a la normalidad. Chicho salió de su letargo hipnótico y no recordó nada de lo que le había sucedido. Pero sí sentía un escalofrío como de haber estado mucho tiempo en el agua, y esta sensación hizo que saliera a la terraza a tomar el sol. Al cabo de un buen rato de sentir la placidez de sus rayos, comenzó a llegarle a su mente la imagen del tritón con cara humana, y una voz que le decía insistente: "Llévame a la fuente de la vida".

Entonces Chicho lo vio claro. Tenía que convencer a su tío para que devolviera al tritón a su hábitat natural: la fuente en forma de bañera que derramaba sus aguas al río Crispinejo.

-¡No digas tonterías, niño! No entiendo por qué me pides que me deshaga del tritón-le respondió su tío con tono duro cuando le hizo esa propuesta- ¿No te gustaba mirarlo?... que nunca has venido tanto a mi casa como lo has hecho desde que el tritón está aquí. ¿Acaso ha sido tu tía la que te ha pedido que me lo dijeras porque a ella no le gusta este bicho?

-No; mi tía no me ha pedido nada. Y sí. Si me gusta mirarlo. Pero...-Iba a contarle la experiencia que había tenido de ver al tritón con cara humana y las voces que oía pidiéndole que lo devolviera a su fuente, pero decidió no hacerlo argumentando razones más lógicas- Es que lo veo muy triste, y creo que se va a morir. Además- y dijo esto con mucha firmeza-, es un animal que está amenazado de extinguirse.

-¡Vaya por Dios!- exclamó su tío-. No sabía yo que tuviéramos en la familia un ecologista de tomo y lomo.

-Hazle caso a tu sobrino que tiene razón, y llévate a ese bicho a su lugar de origen- opinó la esposa de Antonio terciando en la conversación.

Pasaron unos días sin que Chicho fuera a casa de sus tíos a mirar el tritón; sin embargo el chico no dejaba de pensar en éste. Pero llegó el viernes y su tío se presentó en su casa; y después de los clásicos saludos, Antonio se dirigió a Chicho haciéndole la siguiente propuesta.

-¿Te vienes mañana al campo?

-No, gracias. Ya he quedado con un amigo para jugar con la consola de videojuegos.

-¿Por qué no te vas con tu tío al campo? Antes no te perdías ni una excursión- comentó el padre-. Llevas unos días más raro...

-Voy a soltar el tritón en el manantial - dijo Antonio pausadamente casi susurrando.

-¿De veras? ¿No me engañas?- interrogó Chicho mientras su padre ponía cara de no comprender el sentido del diálogo de su hermano menor y su hijo.

-No, no te engaño- le aseguró Antonio.

-Entonces sí voy- dijo Chicho sonriendo.

Habían transcurrido tres semanas desde que el tritón fuese raptado de su hábitat, y en ese tiempo se había producido un incendio que quemó cientos de hectáreas de bosque, y a los cuatro días de esta catástrofe vino un temporal de lluvias muy fuertes. De modo que, al llegar al lugar Chicho y su tío, se llevaron una sorpresa mayúscula. El manantial en forma de bañera estaba cubierto de piedras y ramas muertas, y sólo se filtraba de allí un insignificante hilillo de agua.



Las causas de ello fueron el incendio y las lluvias torrenciales que con mucho viento arrastraron hasta la fuente muchas piedras, maleza muerta, y mucho lodo. La zozobra se apoderó de ellos.

-¡Oh, qué pena!-exclamó Chicho-. ¿Estás seguro que éste era el sitio, tito?-preguntó esperando una respuesta en negativo.

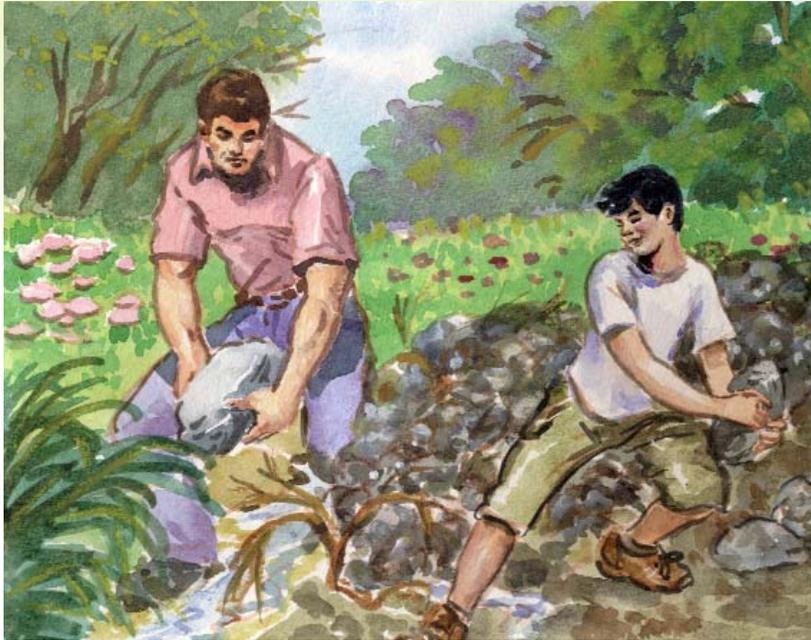
-Sí, Chicho; aquí era. Lo que ha pasado es que las lluvias han arrastrado estas piedras y ramas y la han tapado.

-¡Oh, pobre tritona!- dijo el chaval; y a continuación se puso a quitar las piedras y las ramas que tapaba la fuente.

-¿Qué haces Chicho? ¿Y por qué dices pobre tritona, si según tú este es un tritón macho? Además, también estará bien si lo soltamos en el arroyo.

Chicho reflexionó los argumentos de su tío. Entonces le dijo lo siguiente.

-Está bien; vamos a soltarlo en el arroyo. Pero



después quiero limpiar esta fuente- respondió sin dejar de quitar escombros-, porque ese tritón estaba emparejado con una tritona y puede que esté aquí todavía viva.

Antonio se quedó sorprendido y extrañado con lo que aseguraba su sobrino, y le iba a decir que otra vez lo estaba traicionando su imaginación; pero lo vio tan entusiasmado y convencido que su actitud le provocó ternura, y en vez discutir con él, se puso también a limpiar el manantial.

Después de casi media hora de sacar muchas piedras y ramas quemadas, allí no hallaron otros bichos que no fueran diferentes tipos de larvas. Pero la fuente quedó limpia y daba gusto ver como el agua manaba abundantemente, y ellos se fueron del lugar contentos por la labor que habían realizado.

A la vuelta, mientras conducía, Antonio miró a su sobrino y sonrió tocándole la cabeza, y con admiración dijo.

-¡Hay que ver la imaginación que tienes! ¡Mira que pensar que a la fuerza el tritón que cogí vivía en la fuente con una tritona! ¡Qué obstinado eres!

-Y ecologista, tito; que tú me lo dijiste el otro día- respondió Chicho. El tío le dio un pescozón cariñoso.

También Chicho pensó que no debía dejarse llevar tanto por lo que imaginaba. A pesar de ello, Chicho no dejó de preguntarse qué había pasado con la tritona neoténica. Y es que el chaval, dijera lo que dijera su tío, no se había equivocado.



Porque lo cierto y verdad era que el tritón sí estaba emparejado con una tritona neoténica; con la que, cuando su tío lo sacó de la fuente, estaba realizando su peculiar cortejo, en el que el tritón le estaba enseñando descaradamente su bonito vientre anaranjado para seducirla.

Entonces ¿qué paso con la hembra?.

Pues la hembra, cuando vinieron las lluvias, y antes de que se produjera el arrastre de piedras, lodo y ramas, aprovechó la corriente de la fuente

y de la lluvia y fue a parar al río salvándose de quedar atrapada. Así que, una vez puesto en libertad el tritón, gracias a Chicho y a la diosa Fortuna, no pasó mucho tiempo en volverse a reencontrar con su amado sireno de agua dulce.

Moraleja anfibia: Si quieres a un tritón como mascota, mejor cómprate un sombrero.

FIN